

# Cabeza de Lobo

---

# ROBERT E. HOWARD



EDITADO POR "EDICIONES LA CUEVA"

¿Miedo? Perdón, Messieurs, pero ustedes no conocen lo que significa la palabra «miedo». No, yo sé lo que me digo. Ustedes son soldados, aventureros. Han conocido las cargas de los regimientos de dragones, el frenesí de los mares azotados por los vientos. Pero el miedo, ese miedo que pone los pelos de punta, ese que os estremece de horror, ése no lo han conocido. Yo sí he conocido semejante miedo... Pero no será hasta que las legiones de las tinieblas salgan en torbellino por las puertas del infierno y el mundo se consuma entre llamas que ese miedo vuelva a ser conocido por los hombres. Miren, se lo voy a contar a ustedes. Ocurrió por esos mundos hace ya muchos años, y ninguno de ustedes verá jamás al hombre de quien les hablo. Y aunque lo viesen, no lo reconocerían. Retrocedan conmigo, pues, a través de los años, al día en que yo, joven caballero, salté atolondrado del botecito que me desembarcaba del buque anclado en el puerto. Maldije el barro que ensuciaba el muelle abierto a la intemperie, crucé con dos zancadas el desembarcadero, y me dirigí hacia el castillo a fin de corresponder a la invitación de un antiguo amigo, Don Vicente da Lusto. Don Vicente era un hombre extraño y perspicaz... un hombre fuerte, que veía más allá de los horizontes de su época. Es posible que por sus venas corriera la sangre de aquellos antiguos fenicios que, según cuentan los sacerdotes, sobornaban los mares y construían ciudades en lejanas tierras y en oscuros tiempos. Aunque su plan de negocios fue singular, resultó eficaz; pocos hombres hubieran pensado en aquello, y todavía menos hubieran prosperado como él. En la costa occidental de aquel oscuro y místico continente burlador de exploradores que era África, era donde Don Vicente tenía su hacienda. Era allí, junto a una pequeña bahía, donde él había destrozado la maleza y construido su castillo y sus almacenes, y con firmeza había arrancado las riquezas de la tierra. Tenía cuatro embarcaciones: un gran galeón y tres barquitos, que iban y venían entre sus dominios y las ciudades de España, Portugal, Francia y hasta de Inglaterra cargados de raros maderos, marfil, esclavos; las mil extrañas riquezas que Don Vicente habrá ganado mediante el comercio y la conquista, aventura loca y comercio más loco todavía. Y con todo, él hubiera podido levantar un imperio sobre aquella negra tierra a no ser por su sobrino Carlos, el cara de rata; pero no quiero contarles nada por adelantado. Vean ustedes, Messieurs. Sobre la mesa les dibujo un mapa con mi dedo mojado en vino. Ahí está el pequeñito y rudimentario puerto, y aquí los vastos talleres. El muelle sube así por la ligera pendiente con almacenes a modo de grandes barracas a uno y otro lado, y aquí me detuve yo ante un vasto paso poco profundo. Por encima de él pasaba un estrecho puente levadizo, y más allá de éste se levantaba una alta empalizada de troncos clavados en el suelo, la cual se extendía alrededor del castillo. El castillo estaba construido siguiendo el modelo de épocas muy anteriores; valía más por su aspecto poderoso que por su belleza. Había sido construido con piedra traída de muy lejos; tras años de trabajo y mil negros penando bajo el látigo, se habían levantado sus paredes, y ahora, ya acabado, tenía un aspecto inexpugnable. Precisamente esa había sido la intención de sus constructores, ya que los piratas de Berbería recorrían sus costas y sentían muy próximo el horror de una rebelión de indígenas. A cada lado del castillo se dejó un espacio aproximado de media milla, construyéndose carreteras que enlazaban el terreno pantanoso. La cantidad de trabajo requerido había sido inmensa; pero el rendimiento fue fructífero. Fue un verdadero regalo para su dueño ya que era cuanto podía pedirse. ¡Y los portugueses sabían cómo hacer trabajar a los hombres! Un ancho río, poco profundo, que se vaciaba en el puerto, corría a menos de cien yardas al este del castillo. Su nombre se ha borrado completamente de mi recuerdo; era un nombre algo así como pagano,

pero no se me viene nunca a la punta de la lengua. Pude comprobar que yo no era el único amigo invitado al castillo. Según parecía, por lo menos una vez al año, Don Vicente reunía en su solitaria propiedad una hueste de alegres camaradas, donde se divertían y regocijaban durante varias semanas, para así compensarse él mismo del trabajo y la soledad en que estaba sumido el resto del año. Cercana ya la noche yo entré y pude ver que ya había comenzado un gran banquete. Fui aclamado con júbilo por todos, acogido con grandes muestras de afecto por los amigos, y presentado a los desconocidos que allí encontré. Estaba demasiado fatigado como para tomar yo mucha parte en aquella orgía. Así, pues, comí, bebí serena y moderadamente, escuché los brindis y canciones, y fui examinando a los alegres convidados. Desde luego, a Don Vicente lo conocía yo bien, porque había intimado con él hacía varios años; también tenía buena amistad con su bonita sobrina Isabel; y había sido esta amistad uno de los motivos por los que yo había aceptado la invitación de ir a aquel pestilente marjal. A Carlos, su primo segundo, también lo conocía; pero no me agradaba: era un individuo socarrón, afectado, con cara de rata. Además, estaban allí un antiguo amigo, Luigi Verenza, italiano; y su coqueta hermana Marcita que, como de costumbre, repartía miradas provocativas entre los hombres; un estúpido alemán corto de estatura que se daba el título de barón Von Schiller; Jean Desmarte campechano noble de Gascuña; y don Florencio de Sevilla, delgado, moreno, taciturno que se llamaba a sí mismo el Español y llevaba un espadón tan largo como él. Aunque había más hombres y mujeres; ha pasado ya tanto tiempo de todo aquello que no puedo recordar ni sus rostros ni sus nombres. Pero había un hombre cuyo rostro atraía de una manera extraña mi mirada como el imán de alquimista atrae al hierro. Era flaco, de poca estatura, vestía de modo muy sencillo, casi austero, y llevaba una espada casi tan larga como la del español. Pero ni sus vestidos ni su espada era lo que atraía más mi atención; era su rostro. Un rostro distinguido, aristocrático, surcado por profundas arrugas que le daban abatida y sombría expresión.

Pequeñas cicatrices abigarraban sus mejillas y su frente como si fueran el resultado de unas salvajes garras; hubiera jurado que sus ojos grises, medio entornados, tenían en ciertos momentos una expresión fugitiva. Dirigiéndome a la coqueta Marcita, le pregunté cuál era el nombre de aquel caballero, como si no lo hubiese entendido bien cuando me lo habían presentado. —De Montour, de Normandía —me contestó ella—. Hombre raro. Personalmente no me es nada simpático. —¿Se resiste a sus burlas, amiguita encantadora? —murmuré con la inmunidad para sus iras y sus tretas que me había ganado mi larga amistad con ella. Ella optó por no enfadarse, contestándome con fingido recato, y sólo mirándome por debajo de las largas pestañas de sus caídos párpados. Mientras observaba con detenimiento a De Montour, sentía una extraña fascinación. Comía poco, bebía mucho, apenas hablaba, y si lo hacía sólo era para contestar a las preguntas a que era sometido. Al empezar los brindis, pude observar que sus compañeros le instaban a levantarse y brindar primero, a lo que él se negaba; luego se levantó, tras persistentes instancias, y se quedó callado un momento sosteniendo el vaso en la mano. Parecía dominar, subyugar todo el grupo de convidados. Después, soltando una carcajada bárbara y burlona, alzó el vaso por encima de su cabeza. —¡Por Salomón que sujetaba a todos los demonios! —exclamó—. ¡Y tres veces sea maldito por los que se dejó escapar! ¡Un brindis y una maldición al mismo tiempo! Bebió luego en silencio, con miradas de soslayo, algo vacilantes. Fatigado de mi largo viaje por mar, y dándome vueltas la cabeza por la fuerza de aquel vino que almacenaba Don Vicente en grandes cantidades, me vi obligado a retirarme temprano. Mi habitación estaba cerca del remate del castillo, y a través

de sus ventanas podía ver los bosques del sur y el río. Estaba amueblada con rudo y bárbaro esplendor, en consonancia con el resto del castillo. Me acerqué a la ventana y miré al arcabucero que hacía la guardia pasando arriba y abajo junto a la parte exterior de la empalizada; después, deslicé la mirada por el espacio desmontado, cuya desnudez confusamente se atisbaba a la luz de la luna; después hacia el bosque que se extendía más allá, y por último hacia el silencioso río. De los barrios indígenas, junto a la ribera, llegó a mis oídos el mágico son de un torco laúd, que tocaba una bárbara melodía. De entre las densas sombras del bosque un extraño pájaro nocturno alzó una voz burlona, sobrenatural. Acto seguido sonaron millares de cantos menores de pájaros, cuadrúpedos y ¡qué sé yo de cuántas clases de animales! Una especie de gato salvaje emitió un maullido que ponía los pelos de punta. Pero yo me encogí de hombros y me puse de espaldas a la ventana. No cabía duda de que los demonios atisbaban desde aquellas sombrías profundidades. Fue entonces cuando oí llamar a mi puerta; abrí para dejar entrar a De Montour. Corrió a la ventana para observar la luna, que se elevaba resplandeciente y gloriosa. —La luna está casi en su lleno, ¿no es cierto, Monsieur? —observó, volviéndose hacia mí. Yo asentí con la cabeza, y hubiera jurado que él se estremecía. —Usted me dispensará, Monsieur. No quiero molestarle más. Se volvió para marcharse, pero al llegar a la puerta vaciló y volvió a mi lado. —Monsieur —dijo casi cuchicheando, pero con viva intensidad—, ¡procure esta noche cerrar bien su puerta con llave y cerrojo! Y se fue, mis asombrados ojos clavados en él mientras se retiraba. Me fui adormilando mientras oía las distantes voces de los convidados; aunque estaba cansado, o tal vez por estarlo, me quedé sólo traspuesto. Sin despertarme del todo hasta la mañana, a través del velo de mi ligero sueño parecieron llegar a mis oídos sonos y ruidos; y por un momento me pareció que alguien empujaba mi puerta y acechaba por su cerradura.

Como es fácil suponer, al día siguiente la mayoría de los huéspedes estaban embrutecidos, permaneciendo en sus habitaciones casi toda la mañana, ya que bajaron muy tarde para desayunar. Además de Don Vicente, realmente sólo había allí tres convidados masculinos con la cabeza serena: De Montour, el Español de Sevilla (como él se nombraba), y yo. El español no probó nunca el vino, y aunque De Montour consumía increíbles cantidades de él, no pudo comunicarle el menor deseo de beber. Los demás nos saludaron con extremada amabilidad. —La verdad, señor —observó la desenvuelta Marcita, alargándome la mano con tan gracioso gesto que estuvo a punto de embobarme—, me alegro mucho de verle tan caballero entre nosotros que cuida más de nuestra compañía que del vaso de vino; porque la mayoría de los demás están singularmente embrutecidos esta mañana. Después, lanzándome una arrebatadora mirada con sus maravillosos ojos, prosiguió:

—Apostaría a que alguien la pasada noche ha estado más bebido que discreto... o tal vez no lo bastante bebido, ¿quién sabe? Pues, a menos que mis pobres sentidos me engañen mucho, diría que alguien ha venido a rondar mi puerta a altas horas de la noche. —¡Ahí! —exclamé yo de pronto, furioso—. ¡Alguien...! —No. Silencio. —Miró en derredor como para ver si estábamos solos, y después dijo: —¿No le parece extraño que el señor De Montour, antes de retirarse esta noche pasada, me aconsejara que cerrase bien la puerta de mi cuarto? —¡Extraño, ciertamente! —murmuré; sin decirle que aquel señor me había hecho a mí la misma advertencia. —¿Y no es extraño, Fierre, que a pesar de haber salido de la sala del banquete el señor De Montour, antes que usted, tenga el aspecto de un hombre que se ha pasado la noche sin dormir? Me estremecí. Las fantasías de una mujer resultan, a veces, extrañas.

—Esta noche —dijo con travesura— voy a dejar mi puerta sin cerrar con llave, y voy a ver a quién pesco. —Usted no hará eso. Mostró sus dientes en desdeñosa sonrisa, y sacó un agudo puñalito. —Óigame bien, diablillo travieso —le dije—. La pasada noche De Montour me ha hecho la misma advertencia que a usted. Yo no sé lo que sabrá él; pero quien ha rondado por las salas esta noche, me parece haber andado más buscando la ocasión de cometer un asesinato que de cualquier aventura de amor. Tenga usted cuidado de mantener bien cerradas sus puertas con llave y cerrojo. ¿La señora Isabel comparte su habitación, no es eso? —No, yo mando a mi sirvienta a dormir con las esclavas —murmuró, lanzándome una traviesa mirada por entre sus entornados párpados. —Cualquiera que la oyese la tomaría por una niña ligera de cascos —le dije con la franqueza de la juventud y mi largo trato con ella. —Ande con cuidado, señorita, o voy a decirle a su hermano que le dé una azotaina.

Tras esto, me fui a ofrecerle mis respetos a Isabel. La joven portuguesa era todo lo contrario de Marcita: una muchacha tímida, modesta, no tan bella como la italiana, pero exquisitamente bonita, con cierto atractivo, si es o no infantil. Una vez me dieron pensamientos... en fin dejemos esto. ¡Cosas de juventud; tontería en fin! Ustedes perdonen, Messieurs. A veces el espíritu de un viejo se complace en divagar. Y yo me he propuesto hablarles de De Montour..., de De Montour y del primo de Don Vicente, de aquel joven cara de rata. Aquella mañana, una banda de indígenas armados se habían presentado en tropel a las puertas del castillo, pero los soldados portugueses los habían rechazado y los mantenían a distancia. Entre aquellos indígenas podían verse a algunos jóvenes y muchachas completamente desnudos y encadenados unos con otros por el cuello. Eran esclavos, capturados por alguna tribu guerrera, y llevados a vender. Don Vicente en persona los iba examinando. Siguió un barullo de tranqueo y trapicheo interminable, del que al fin me cansé; y me fui extrañado de que un hombre de la clase de Don Vicente se tomase el trabajo de rebajarse a una tarea que otros podrían hacer por él. Empezaba a retirarme de allí cuando uno de los indígenas de la aldea cercana se adelantó e interrumpió la compra con un prolijo discurso dirigido a Don Vicente. Mientras conferenciaban, vino De Montour, y entonces Don Vicente se volvió hacia nosotros y nos dijo: —La pasada noche, uno de los leñadores de la aldea ha sido destrozado por un leopardo o fiera semejante. Era un joven soltero, fuerte y corpulento. —¿Un leopardo? ¿Lo han visto? —preguntó súbitamente De Montour. Cuando Don Vicente contestó que no, porque la fiera vino y se fue de noche, De Montour levantó una mano temblorosa y se la pasó por la frente, como para enjugarse el frío sudor que la recorría. —Mire usted, Fierre —me dijo Don Vicente—, yo tengo ahí un esclavo que, maravilla de maravilla, se empeña en ser su criado, aunque sólo el diablo sabe con qué propósito. Y presentó a un joven lakri delgado, insignificante, cuyo rasgo principal de su carácter parecía ser una azorada sonrisa. —Es suyo, pues —dijo Don Vicente—. Está muy bien enseñado y será un criado excelente. Y tenga presente que un esclavo aventaja a un criado blanco, porque lo único que pide por su trabajo es comida y taparrabos, y basta azotarle con el látigo para que cumpla con su obligación. No tardé mucho en saber por qué Gola deseaba ser mi criado, y que me había preferido a mí por mi cabello. Como muchos petimetres de la época, los llevaba largos y rizados, con las guedejas cayendo sobre mis hombros. Ahora bien, daba la casualidad de que yo era el único de los invitados con el cabello de aquella manera, y Gola solía quedarse contemplándolo con silenciosa admiración; y así hubieran pasado las horas, a no ser porque yo me ponía nervioso ante aquellos ojos que me escrutaban sin parpadear, y lo echaba de mi presencia.

Fue aquella noche cuando una latente animosidad, apenas perceptible por fuera, entre el barón Von Schiller y Jean Desmarte estalló en llamas. Como siempre, la causa de ello fue una mujer. Y esa mujer había sido Marcita, que había coqueteado desaprobadoramente con los dos. Había sido una conducta ciertamente imprudente, porque Desmarte era un joven muy alocado y Von Schiller era un bruto libidino. Pero Messieurs, ¿cuándo en semejantes casos ha mostrado juicio una mujer? El odio que se tenían aquellos hombres se encendió en homicida furia al haber intentado el alemán besar a Marcita. Al momento se entrechocaron las espadas. Pero antes que Don Vicente pudiera lanzar su tonante voz de alto, Luigi se había interpuesto, había desarmado a los rivales, separándolos violentamente. —Signori —dijo, con voz moderada, pero con acento de ardiente intensidad—. ¿Es propio de señores de alta alcurnia pelearse por mi hermana? ¡Ah!, por las uñas de Satán os desafío a los dos. ¡Tú, Marcita, ahora mismo a tu habitación! ¡Y no salgas de allí hasta que yo te dé mi permiso! A pesar de ser tan independiente, se retiró, sin que nadie se atreviese a encararse con el delgado y, al parecer, afeminado joven al ver la fiera sonrisa desdeñosa que torcía sus labios y el homicida relámpago que brilló en sus negros ojos. Se intercambiaron disculpas, pero en las miradas que se dirigieron los dos rivales conocimos que su disputa no quedaría en olvido, y tornaría a encenderse con el menor pretexto. Era bien entrada la noche cuando súbitamente, me desperté con extraña o sobrenatural sensación de horror. ¿Por qué? No lograba comprenderlo. Me levanté, comprobé que la puerta estuviera bien cerrada, y al ver a Gola dormido en el suelo, de un puntapié lo desperté furioso. Justo en el instante en que se incorporaba, a toda prisa, el silencio se vio interrumpido por un grito salvaje; un grito que resonó por todo el castillo, y arrancó un alarmado grito al arcabucero que hacía su centinela en la empalizada; un grito que salía de la boca de una doncella, de una doncella enloquecida por el terror.

Gola exhaló un ronco gemido, y corrió a esconderse debajo del diván. Inmediatamente, abrí la puerta de par en par y salí corriendo por el largo pasillo. Me precipité por una escalera de caracol, tropecé en medio de la oscuridad con una persona, y caímos los dos rodando hasta el piso inferior. Me quedé jadeando y reconocí la voz de Jean Desmarte. Le ayudé a levantarse, y seguí corriendo, mientras él me seguía; aunque los gritos habían cesado, por todo el castillo se oía tumulto, voces que gritaban, ruido de armas entrechocadas y luces que relampagueaban; la voz de Don Vicente que llamaba a gritos a los soldados; el rumor de los hombres armados que corrían por las salas y al topar unos con otros rodaban por los suelos. En medio de aquella confusión Desmarte, el Español y yo llegamos a la habitación de Marcita al mismo tiempo que Luigi se precipitaba en ella, y tomaba a la joven en sus brazos. Portando luces y armas, acudieron otras personas, gritando y preguntando qué sucedía. La joven yacía silenciosa en brazos de su hermano, con su negro cabello suelto cayéndole por los hombros, y sus elegantes ropas de noche hechas jirones y mostrando su delicado cuerpo. En sus brazos, pecho y espalda había largos rasguños. Pasaron unos instantes antes de que abriera los ojos, se estremeció, lanzó un grito desesperado y se aferró frenéticamente a Luigi, rogándole que no permitiera que nadie la arrebataste de sus brazos. —¡La puerta! —chilló—. No he corrido el cerrojo y una cosa ha entrado arrastrándose, en medio de la oscuridad. Le he clavado mi puñal, y entonces se me ha echado encima y me ha derribado arañándome una y otra vez, hasta que me he desmayado. —¿Dónde está Von Schiller? —preguntó el Español con un ardiente brillo en sus ojos negros. Con desconfianza, cada cual miraba al que tenía a su lado. Allí estaban todos los huéspedes, excepto el alemán. Observé a De Montour que, con el rostro

más sombrío que nunca, estaba mirando a la aterrorizada joven. Y me pareció extraño que no llevase armas.

—¡A buscar a Von Schiller! —exclamó enérgicamente Desmarte. La mitad de nosotros siguió a Don Vicente fuera del corredor. Sedientos de venganza, comenzamos a buscarlo por todo el castillo, hasta que lo hallamos en un estrecho pasillo. Estaba tendido boca abajo, encima de un charco de sangre que se iba extendiendo por el suelo. —¡Esto es obra de algún indígena! —exclamó Desmarte. —¡Es absurdo! —bramó Don Vicente—. Ningún indígena puede traspasar desde fuera la línea de los soldados. Todos los esclavos, entre ellos el de Von Schiller, fueron encerrados con barras y llaves en sus habitaciones, con excepción de Gola, que duerme en la habitación de Fierre, y la sirvienta de Isabel. —¿Entonces quién puede haber cometido esta fechoría? —exclamó Desmarte furioso. —¡Usted! —dije yo agresivamente—. ¿Por qué ha salido usted corriendo precipitadamente de la habitación de Marcita? —¡Maldito embustero! —gritó.

Y su espada desenvainada instantáneamente, saltó en el aire buscando mi pecho; pero por rápido que yo fui, más lo fue el español: el espadón de Desmarte fue a dar con estrépito contra la pared mientras Desmarte se había quedado inmóvil como una estatua, con la punta de la quieta espada del español a dos dedos de su garganta. —¡Atadlo! —dijo el español sin cólera. —Baje su espada, don Florencio —ordenó Don Vicente, dando unos pasos adelante y dominando la situación—. Señor Desmarte, es usted uno de mis mejores amigos; pero yo soy aquí la única autoridad, y debo cumplir con mi deber. Denos su palabra de que no intentará escapar. —Doy mi palabra —replicó serenamente el gascón—. Me he precipitado. Lo reconozco. Pero no escapaba por ningún motivo; lo que ocurre es que las salas y corredores de este maldito castillo me llenan de confusión y aturdimiento. De entre todos los que estábamos allí tal vez sólo uno creyó lo que él decía. —¡Messieurs! —dijo De Montour dando un paso adelante—, este joven no es culpable. Vuelvan boca arriba al alemán. Dos soldados hicieron lo que había pedido. De Montour se estremeció, mientras señalaba al suelo. Todos bajamos la vista al unísono, y en el acto retrocedimos horrorizados. —¿Puede un hombre haber hecho esto? —¿Con un puñal...? —comenzó a decir uno. —No hay puñales que causen heridas como esas —dijo el español. Las garras de algún espantoso animal habían destrozado el cuerpo del alemán. Con el terror de que tan horrible monstruo surgiese de las sombras y nos saltase encima, miramos en derredor. Registramos el castillo palmo a palmo, y por ninguna parte hallamos rastro de animal. Cuando volví a mi habitación, apuntaba la aurora, y encontré que Gola se había encerrado por dentro; tardé una media hora en convencerlo de que me dejase entrar. Tras castigarlo debidamente con el látigo y echarle en cara su cobardía, le conté lo sucedido; porque él entendía el francés y podía hablar una extraña jerigonza que él llamaba enfáticamente francés. Jadeaba, y a medida que mi relato llegaba a su punto culminante, sólo se le veía el blanco de los ojos. —¡Ju!, ¡ju! —cuchicheaba muerto de miedo—. ¡Hombre Petish! De pronto se me ocurrió una idea. Yo había oído confusos relatos, poco más que indicios de leyendas, del diabólico culto al leopardo que existía en la costa occidental. Ningún hombre blanco había visto jamás alguno de sus adeptos; pero Don Vicente nos había contado leyendas de hombres-fieras, con pieles de leopardos, que se introducían cruzando la selva a media noche, y mataban y devoraban. Un horrible escalofrío recorrió de arriba abajo mi espina dorsal, y agarré con tanta fuerza a Gola, que no pudo reprimir un chillido. —¿Ha sido, pues, un hombre-leopardo? —dije y rechiné los dientes, sacudiendo violentamente su cuerpo. —¡Mussiú, mussiú! —dijo con voz ahogada—; ¡yo buen muchacho!, ¡yo tener miedo!

¡Mucho mejor no decir nada! —Vas a decírmelo en seguida —dije fuera de mí, renovando mis castigos, hasta que, con las manos suplicantes y pidiendo perdón, prometió contarme lo que sabía. —¡No hombre-leopardo! —cuchicheó y sus ojos se agrandaban con aquel terror sobrenatural—. Luna llena, encontrado leñador destrozado garras. Luego hallado otro leñador. El señor grande (Don Vicente) dice «leopardo». No leopardo, sino hombre leopardo viene matar. ¡Ha matado a alguien leopardo-hombre! ¡Destrozado con las garras! ¡Ay, ay! Ahora otra vez luna llena. Una cosa entró en la cabaña solitaria; destrozó a una mujer, a un niño. El señor grande dice «leopardo». Ahora otra vez luna llena y hallar otro leñador destrozado garras. Y luego ha venido al castillo. No leopardo. Porque siempre, señales de pisadas de un hombre. No pude contenerme y lancé una exclamación de asombro, de incredulidad. Pues bien, lo que había dicho Gola resultó ser cierto. Allí siempre quedaban huellas de pisadas humanas que salían del lugar del asesinato. Entonces, ¿por qué los indígenas no se lo decían al señor grande para que éste cazase al mortal enemigo? Al preguntarle esto adoptó una expresión circunspecta, y cuchicheó a mi oído: —Las huellas eran de un hombre que llevaba zapatos. Incluso suponiendo que Gola estuviera mintiendo, yo sentía el escalofrío de mi inexplicable terror. —¿Quién, pues, entre los indígenas estaba cometiendo aquellos terribles asesinatos? Y él me contestó: —¡Don Vicente! Esta vez, Messieurs, mi cabeza se convirtió en un torbellino. ¿Qué significaba todo aquello? ¿Quién había asesinado al alemán y había tratado de violar a Marcita? Recordando los pormenores del crimen, me parecía que el asesinato, y no la violación, había sido el objeto de aquel crimen. ¿Por qué nos había avisado De Montour y, por lo tanto, demostrado conocer lo que había sucedido al decirme que Desmarte era inocente y dar pruebas de su inocencia? Me sentía incapaz de comprender todo aquello. A pesar de todas nuestras precauciones, la noticia del asesinato circuló entre los indígenas y se pusieron inquietos y nerviosos, y aquel día por tres veces fueron castigados tres negros distintos cada vez, por su insolencia. Una atmósfera de amenaza se cernía por todo el castillo. Reflexioné si convenía explicar a Don Vicente lo que me había contado el negro; pero decidí esperar un poco. Las mujeres no salieron aquella noche de sus habitaciones; los hombres estaban inquietos, irritables. Don Vicente anunció que se doblaría el número de los centinelas y que algunos se encargarían de la vigilancia de los corredores del castillo. Y no pude menos de pensar groseramente que si las sospechas de Gola eran fundadas, de poco servirían los centinelas. Yo no soy hombre, Messieurs, para considerar con paciencia semejantes situaciones. Y, además, entonces era joven. De manera que cuando aquella noche bebimos antes de retirarnos, arrojé mi vaso sobre la mesa y anuncié lleno de cólera que a pesar de aquel hombre, fiera, diablo, o lo que fuese, yo dormiría aquella noche con la puerta de mi habitación abierta de par en par. Y me fui muy furioso a mi habitación. Nuevamente, como la noche pasada, vino a mi cuarto De Montour. Su rostro era el de un hombre que hubiese visto abiertas las puertas del infierno. —He venido —dijo— a pedirle, es más, Monsieur, a implorarle que reflexione bien acerca de su temeraria determinación. —Sacudí la cabeza impaciente y entonces él dijo—: ¿Está usted resuelto? ¿Sí? Entonces le ruego que haga por mí lo siguiente: en cuanto yo entre en mi habitación usted cerrará mi puerta por fuera, con llave y cerrojo. Tal como me lo había pedido lo hice, y me volví a mi habitación, lleno de asombro. Había enviado a Gola a dormir con los esclavos, y dejé mi espada y mi puñal al alcance de mi mano. No me fui a la cama, sino que, tras apagar la luz, me dejé caer en un gran sillón. Tuve que hacer un gran esfuerzo por no dormirme. Para conseguir mantenerme despierto, me puse a reflexionar acerca de las extrañas palabras del señor De Montour. Me

pareció que se hallaba en estado de gran excitación; sus ojos hacían presentir siniestros misterios que sólo él conocía. Y con todo, su rostro no era el de un hombre perverso. De pronto, tuve una idea: ir a su habitación y hablar con él. Andar por aquellos corredores era una empresa que no resultaba nada agradable; pero el caso fue que me encontré delante de la habitación de De Montour. Llamé. Silencio. Alargué la mano, palpé la puerta y toqué fragmentos de su madera hechos astillas. Saqué a toda prisa pedernal y eslabón que llevaba conmigo y a la llama de la yesca pude ver que la gran puerta de roble colgaba de sus poderosos goznes; había sido destrozada, hecha astillas, desde dentro. Y en la habitación del señor De Montour no había nadie.

Instintivamente volví corriendo a mi habitación, tan rápidamente como pude, intentando hacer el menor ruido posible, con los pies descalzos. Cuando me encontraba cerca de la puerta, noté en medio de la oscuridad la presencia de algo que estaba delante de mí. Algo que se arrastraba saliendo de un corredor lateral y se deslizaba furtivo por el suelo. Presa de frenético terror di un salto y atacé a puñetazos, locamente, sin saber a quién, en medio de la oscuridad; y, de pronto, mi apretado puño dio contra una cabeza humana, y acto seguido un cuerpo cayó al suelo con estrépito. De nuevo prendí la yesca, y vi a un hombre tendido; aquel hombre era De Montour. Al tiempo que encendía una bujía y la colocaba en un nicho de la pared, los ojos de De Montour se abrieron y él se levantó con dificultad. —¡Usted! —exclamé sin saber casi lo que yo me decía—. ¡Precisamente usted! No dijo nada, se limitó a afirmar con la cabeza. —¿Fue usted, pues, quien mató a Von Schiller? —Sí.

Retrocedí jadeando de horror. —Óigame. —Levantó la mano—. Traiga su espada y atraviésemel cuerpo. Nadie le echará en cara el haberlo hecho. —No —exclamé—; no puedo. —¡Entonces, pronto! —dijo precipitadamente—. Váyase a su habitación y cierre la puerta con llave y cerrojo. ¡Aprisa! ¡Mire usted que vuelve! —¿Qué es lo que vuelve? —pregunté sintiendo como un escalofrío recorría mi cuerpo—. Si eso ha de causarme daño, yo me vengaré en usted. Véngase a la habitación conmigo. —¡No, no! —chilló dolorido, apartándose con un salto de mi mano tendida—. ¡Pronto! ¡Pronto! Me ha dejado por unos momentos, pero volverá. —Entonces, con voz ahogada, de horror indecible—: ¡Ya vuelve! / Ya está aquí! Y yo sentí un algo, una presencia sin forma ni figura, muy cerca de mí. Una cosa que aterrizaba. De Montour estaba de pie delante de mí, con las piernas como si las tuviese atadas, los brazos hacia atrás, los puños apretados. Los músculos abultaban debajo de su piel; sus ojos se abrían mucho y luego se cerraban; y las venas se hinchaban en su frente, como si estuviese realizando un gran esfuerzo físico. Al tiempo que lo miraba también pude ver que aquella cosa, sin forma, salida de la nada, adquiriría una confusa figura y, como una sombra, fue descendiendo hacia De Montour. ¡Se cernió unos momentos a su alrededor! ¡Dios mío, se estaba fundiendo, formando una sola cosa con el cuerpo de aquel hombre! De Montour se tambaleó; exhaló un profundo suspiro. Aquella vaga sombra se desvaneció. Los pies de De Montour vacilaron. Después se volvió hacia mí. ¡Dios de los cielos! Él sabe que jamás he visto rostro como aquél. Un rostro monstruoso, bestial. Los ojos le brillaban de escalofriante ferocidad; los labios regañosos se arremangaban mostrando unos dientes que chispeaban; y éstos se parecían más a colmillos bestiales que a dientes humanos. En silencio, aquel ser que no me atrevo a llamar humano se lanzó contra mí. Horrorizado, retrocedí y corrí hacia mi habitación, justo en el momento en que aquel ser saltaba por el aire con un movimiento sinuoso que me hizo pensar en el salto de un lobo. Cerré de un porrazo la puerta y, con todas mis fuerzas, apoyé en ella mi cuerpo para impedir la entrada a aquel monstruo

que se arrojaba una y otra vez contra la dura madera que nos separaba. Al fin desistió de su propósito y pude oír cómo se deslizaba sigilosamente por el corredor. Agotado y desmayado casi, me senté, atendiendo, escuchando. Por la abierta ventana soplaba suavemente una brisa portadora de todos los olores de África, aromosos o hediondos. De la aldea indígena llegó el son de un pandero. Otros panderos contestaron más lejos, por la orilla, y detrás, en la maleza. Y entonces, en un lugar indeterminado del bosque, hórridamente inoportuno, sonó el largo y agudo aullido de un lobo que me produjo repugnancia y horror. Al despuntar el nuevo día, llegaron noticias de aldeanos aterrorizados; de una mujer negra que la noche anterior había sido casi destrozada por algún demonio. Con premura, fui a buscar a De Montour. Por el camino encontré a Don Vicente. Yo estaba perplejo e irritado. —Algún ser diabólico está haciendo de las suyas en el castillo —me dijo—. La noche pasada, y esto no se lo he dicho a nadie todavía, un extraño ser ha saltado a la espalda de un arcabucero, le ha rasgado el jubón de cuero y se lo ha arrancado de los hombros; y luego lo ha perseguido hasta la barbacana. Es más, alguien encerró a De Montour en su habitación y nuestro amigo se ha visto obligado a destrozarse la puerta para poder salir. Cuando me hubo dicho esto se marchó, murmurando para sí, y yo bajé la escalera más perplejo que nunca. De Montour estaba sentado en un taburete, mirando por la ventana. Parecía estar sumido en una fatiga inexplicable. Sus largos cabellos estaban despeinados y revueltos; sus vestidos hechos jirones. Al notar borrosas manchas coloradas en sus manos y observar que tenía las uñas rotas y arrancadas, me estremecí. Alzó la vista cuando yo entré, y con la mano me indicó que tomara asiento. Su rostro estaba fatigado y sombrío, pero era el rostro de un hombre. Tras un breve silencio habló: —Voy a contarle una extraña historia que nunca hasta ahora había brotado de mis labios; y no sé decirme por qué se la cuento, pues sé que usted no me va a creer. Fue entonces cuando escuché el más bárbaro, fantástico y sobrenatural relato que oí jamás de labios de hombre. —Hace años —dijo De Montour—, estaba en una misión militar, al norte de Francia. Iba solo, y me vi obligado a cruzar las endiabladas regiones boscosas de Villefere. En aquellos temerosos bosques, me asedió un ser inhumano, fantasmal: un hombre lobo. A la luz de una luna de medianoche, luchamos y yo lo maté. Ahora bien, en tal caso la verdad es esta: si se mata a un hombre lobo, su fantasma perseguirá a su matador por toda una eternidad. Esto si el monstruo se halla en figura de medio hombre, medio lobo. Pero si se le mata en figura total de lobo, el infierno se abre para recibirle. El verdadero hombre-lobo no es, como muchos piensan, un hombre que puede tomar la figura de lobo, sino ¡un lobo que toma la figura de hombre! »Y ahora escúcheme bien, amigo mío; quiero hablarle de la sabiduría, del saber diabólico que yo poseo, ganado a costa de una hazaña horrenda que yo realicé entre las sombras misteriosas de los bosques, a media noche, por donde vagan demonios y semi-animales. »Al principio, el mundo era extraño, deforme. Animales grotescos habitaban los bosques vírgenes. Traídos de otro mundo, antiguos espíritus malignos y demonios, acudieron en gran número a instalarse en este mundo nuevo y joven. Combatieron largo tiempo las fuerzas del bien y del mal. »Un extraño animal, llamado hombre, anduvo errabundo entre los demás animales y, como para cumplir sus deseos todo ser bueno o malo ha de tener una forma concreta, los espíritus del bien entraron en el hombre. Los demonios entraron en los demás animales, cuadrúpedos, reptiles, pájaros; y la guerra de los primeros tiempos fue larga y encarnizada. Pero fue el hombre quien la ganó. Los grandes dragones y serpientes fueron muertos, y con ellos los demonios. Finalmente, Salomón, sabio hasta más allá de la sabiduría del hombre, guerreó contra ellos; y por la virtud de su sabiduría, mató, aprisionó y aherrojó. Pero había entre

aquellos animales algunos tan fieros y osados que, aunque Salomón los arrojó de sus reinos, no pudo aprisionarlos. Estos habían tomado la figura de lobos. A medida que transcurrían los siglos, lobo y demonio se mezclaron finalmente. Y ya pudo el demonio salir a su voluntad del cuerpo del lobo. En ciertas circunstancias, la fiereza del lobo venció a la sutileza del demonio y lo esclavizó; de manera que el lobo volvió a convertirse en un animal feroz, astuto; pero sin dejar de ser un mero animal. A pesar de todo ello, quedaron y aún quedan algunos hombres-lobo. »Y durante los días de la luna llena, el lobo puede tomar la forma o la semiforma de un hombre. Sin embargo, cuando la luna se halla en su cenit, el lobo-espíritu predomina y el lobo-hombre se convierte una vez más en verdadero lobo. Pero si es muerto en forma de hombre, entonces el espíritu queda libre de perseguir a su asesino para siempre. «Atienda bien ahora. Yo pensé haber matado a aquel ser después que se había cambiado en su verdadera forma. Pero lo había matado un instante antes del momento preciso; porque la luna, aunque muy cerca ya de su cenit, no lo había alcanzado todavía; ni aquel ser había adquirido plenamente su forma de lobo. »Yo no sabía nada de todo esto, así que seguí mi camino. Pero cuando se aproximaba el momento de la siguiente luna llena, comencé a notar un extraño y maligno influjo. Una atmósfera de horror se cernía en el aire, y yo advertí que en mí se producían inexplicables y sobrenaturales impulsos. »Una noche, en una pequeña aldea situada en el centro de un extenso bosque, aquel influjo se apoderó de mí con toda su fuerza. Era de noche y la luna, casi ya en su lleno, se alzaba sobre el bosque. Y entre la luna y yo, vi flotando en el aire, claramente discernible, en aspecto fantasmal ¡el perfil de la cabeza de un lobo! «Apenas si recuerdo lo que sucedió después. Con cierta vaguedad recuerdo que anduve a cuatro patas por la silenciosa calle; recuerdo haber luchado, resistido unos momentos, vanamente; y lo demás lo veo como una mancha roja; recuerdo también que oí las horrorizadas charlas de los aldeanos que hablaban de una pareja de amantes clandestinos que habían sido asesinados de modo sobrenatural casi a la salida del pueblo, y despedazados como si hubieran sido atacados por lobos. »Huí de aquella aldea, aunque no huí solo. Durante el día no pude notar la presencia de mi espantoso dominador: pero cuando vino la noche y se levantó la luna, mientras vagaba por el silencioso bosque, sentí en mí un ser horrendo, un matador de seres humanos; un demonio en el cuerpo de un hombre. »¡Oh, Dios, cuántos combates los míos! Pero siempre me ha vencido el enemigo, y me arrastra a encarnizarme con alguna nueva víctima. Pero en cuanto la luna ha pasado su lleno, el poder que aquel ser tiene sobre mí cesa de pronto, y no vuelve hasta que faltan tres noches para que la luna vuelva a ser llena. »A partir de entonces he andado errabundo por la tierra; huyendo, huyendo, intentando escapar. Pero aquel ser siempre me persigue; apoderándose de mi cuerpo cuando la luna es llena. ¡Dios santo, qué espantosos delitos he cometido! »Si tuviera el valor suficiente, me hubiera suicidado hace ya mucho tiempo. Porque el alma del suicida se condena, y mi alma se vería para siempre perseguida entre las llamas del infierno. Y pienso que lo más espantoso es que mi cuerpo asesinado vagaría para siempre por la tierra, movido y habitado por el alma del hombre-lobo. ¿Puede haber cosa más fantástica? »Lo más curioso es que creo ser inmune para las armas de los hombres. Me han traspasado espadas, me han herido puñales, estoy cubierto de cicatrices. Y, aun así, jamás me han matado. En Alemania me encarcelaron, y luego me llevaron atado al patíbulo para cortarme la cabeza. Yo hubiera ofrecido de buena gana mi cabeza; pero repentinamente se presentó aquel ser, rompió mis ataduras y me impulsó a huir. He andado errabundo por toda la tierra, dejando tras de mí un rastro de crimen y horror. Ni cadenas, ni calabozos pueden sujetarme. Aquel ser está ligado a mi persona para toda la

eternidad. »En medio de mi desesperación acepté la invitación de Don Vicente, porque ha de saber usted que nadie conoce mi espantosa y doble vida, como nadie me ve en las garras del demonio; y pocos de los que me ven, sobreviven para contarlo. »Mis manos están rojas de sangre; mi alma está condenada a las llamas eternas; mi espíritu padece la tortura de los remordimientos. Y, sin embargo, nada puedo hacer para socorrerme. ¡Ah, Fierre! No hay duda de que ningún hombre ha vivido en el mundo que haya pasado por el infierno que estoy pasando yo. »Sí, yo maté a Von Schiller, y me propuse despedazar a la joven Marcita. Por qué no lo hice, no lo sé, puesto que he asesinado a hombres y a mujeres sin distinción. »Y ahora, si usted quiere, tome su espada y máteme; y con mi último suspiro yo le desearé que Dios le bendiga. ¿No quiere usted hacerlo? »Ya conoce usted mi historia, y sabe que tiene delante a un hombre perseguido por un demonio para toda la eternidad. Tras abandonar el cuarto del señor De Montour, mi espíritu sentía un vértigo de asombro. No sabía qué hacer. Aunque temía que aquel hombre acabase por matarnos a todos, no estaba decidido a contárselo a Don Vicente. En lo más profundo de mi alma compadecía a De Montour. Así pues, no hice nada. Durante los siguientes días busqué ocasión de verlo y conversar con él. Entre nosotros se trabó una sincera amistad. Por entonces, Gola, mi criado, ofrecía un aspecto de excitación reprimida, como si supiese algo que deseara desesperadamente contar, pero no pudiera o no se atreviera a hacerlo. Entre festines, bebidas y cazas los días se fueron pasando hasta una noche en que De Montour entró en mi habitación, y señaló silenciosamente a la luna que comenzaba a salir. —Óigame —dijo—, tengo un plan. Voy a fingir que me voy al bosque a cazar y así pasaré allí varios días. Pero cuando caiga la noche regresaré al castillo y usted me encerrará con llave en la mazmorra que sirve de almacén. Hicimos lo convenido, y yo me las arreglé para escaparme dos veces al día y así poder llevar a mi amigo comida y bebida. Él insistió en permanecer allí durante el día, pues aunque su maligno enemigo jamás había ejercido en él su influjo a la luz diurna, y él lo tenía por impotente a tales horas, con todo, no quería exponerse a una situación imprevista. Fue precisamente durante aquellos días cuando pude observar que aquel joven cara de ratón, primo de Don Vicente, menudeaba sus atenciones para con Isabel, que era prima segunda suya; aunque ella parecía más bien molesta por tales agasajos. Por un quítame allá esas pajas, yo hubiera desafiado a Carlos, porque lo despreciaba; pero aquello no era de mi incumbencia. Con todo, parecía que Isabel le tenía miedo. Dicho sea de paso, mi amigo Luigi se había enamorado de la gentil muchacha portuguesa, y la estaba cortejando asiduamente y a todas horas. Mientras tanto, De Montour siguió encerrado en su celda, repasando sus hazañas sobrenaturales; hasta que un día pudo quitar las barras de la puerta con sus propias manos y cerrarse por dentro. Don Florencio vagaba alrededor del castillo como un sigiloso Mefistófeles. Mientras, los demás huéspedes paseaban a caballo, disputaban y bebían. Entre tanto, Gola haraganeaba por allí como si estuviese a punto de comunicar alguna información importante. ¿Cómo disimular que mis nervios estuviesen tensos hasta el punto de contener mis deseos de gritar? En cuanto a los indígenas, cada día se ponían más cargantes, sombríos e intratables. Una noche, poco antes de la luna llena, entré en la mazmorra donde estaba De Montour. Este alzó rápidamente la mirada.

—Se arriesga usted demasiado viniendo a verme de noche —dijo. Me encogí de hombros y tomé asiento junto a él. A través de una ventanita con reja, podían entrar los olores y los sonidos de la noche africana. —Atención a los panderos de los nativos —le dije—. Porque la pasada semana han estado haciendo ruido sin cesar. De Montour asintió. —Los indígenas están inquietos. Tal vez estén preparando alguna diablura. ¿No ha observado usted que Carlos

pasa muchos ratos con ellos? —No —contesté—, pero lo más probable es que haya una ruptura entre él y Luigi, ya que éste está cortejando a Isabel. Así conversábamos cuando De Montour se quedó callado y quieto súbitamente, y sólo me contestaba con monosílabos. Salió la luna, y atisbo por los hierros de la reja. El rostro de De Montour se iluminó con sus rayos. Fue entonces cuando la garra del terror se apoderó de mí. En la pared, detrás de De Montour, apareció una sombra claramente definida, era una cabeza de lobo. En el mismo instante, De Montour experimentó su influjo. Dio un chillido, y saltó de su asiento. Con vehemencia, me señaló la puerta, y cuando con manos temblorosas yo cerraba con llave y barras su puerta, oí que él se arrojaba contra ella con toda su fuerza. Al bajar por la escalera, oí un violento y frenético golpear en aquella puerta sujeta con barras de hierro. Pero aquella puerta podría resistir el embate de todos los hombres-lobo juntos. Nada más entrar en mi habitación, Gola estalló y desembuchó la historia que había estado guardándose unos días. Lo escuché incrédulo, y acto seguido corrí a ver a Don Vicente. Me dijeron que Carlos le había pedido que lo acompañase a la aldea para ajustar una compra de esclavos. El que me lo dijo fue don Florencio de Sevilla, y cuando le resumí lo que me acababa de contar Gola, quiso acompañarme.

Precipitadamente, salimos por la puerta principal del castillo; lanzamos el santo y seña a los guardias, y bajamos por el muelle hasta la aldea. ¡Don Vicente, Don Vicente, ande precavido, tenga suelta la espada en su vaina! ¡Qué locura salir de noche con Carlos el traidor! Ya nos acercábamos a la aldea cuando topamos con ellos. —¡Don Vicente! —exclamé—, regrese inmediatamente al castillo. ¡Carlos lo está vendiendo a usted para entregarlo a manos de los indígenas! ¡Gola me ha dicho que Carlos desea apoderarse de su riqueza y de Isabel! Un indígena lleno de pavor le ha contado que había huellas de unos pies con botas cerca de los lugares donde los leñadores fueron asesinados, y Carlos ha hecho creer a los negros que el asesino había sido usted. ¡Esta noche habían de sublevarse los negros, y matar a todos los hombres del castillo, menos a Carlos! ¿Acaso no me cree, Don Vicente? —¿Es cierto eso, Carlos? —preguntó asombrado Don Vicente. Carlos soltó una carcajada burlona.

—Ese estúpido ha dicho la verdad —dijo—, pero ya no le servirá de nada. ¡Ea! ¡Ea! —dijo gritando estas palabras, y se arrojó sobre Don Vicente. Brilló el acero a la luz de la luna, pero la espada del Español cerró el paso a Carlos antes que pudiera lograr su propósito. A nuestro alrededor se alzaron las sombras de la noche. Entonces los tres hombres nos agrupamos espalda contra espalda, empuñando espadas y puñales; éramos tres contra cientos. Las lanzas brillaron a la luz de la luna y un grito diabólico brotó de las salvajes gargantas. De tres estocadas atravesé a tres indígenas, cayendo luego abatido por el golpe de una maza guerrera; un instante después Don Vicente cayó encima de mí, con una lanza arrojadiza clavada en un brazo y otra en una pierna. Don Florencio quedó de pie junto a nosotros, mientras su espada saltaba como un ser vivo, cuando una carga de los arcabuceros barrió a los indígenas de la orilla del río. Algunos de aquellos soldados nos llevaron al castillo. Pero entonces aquellas negras hordas vinieron como una avalancha con sus lanzas brillando como una ola de acero, mientras un rugido atronador se levantó hasta el cielo. Otros venían subiendo por las laderas, saltando los fosos, y bullendo como un enjambre por encima de las empalizadas. Y una y otra vez el fuego de los cien defensores los hacía retroceder. Los saqueados almacenes estaban quemándose, y el resplandor de las llamas competía con el de la luna. Cerca, al otro lado del río, había un almacén mayor, y a su alrededor se agruparon en tropel las hordas de los indígenas, y comenzaron a destruirlo para saquearlo. —Quiera Dios que arrojen antorchas en

ese almacén —dijo Don Vicente—, pues no hay en él otra cosa sino unas mil libras de pólvora. Yo no me hubiera atrevido jamás a almacenar esa traidora materia a este lado del río. Todas las tribus del río y de la costa se han agrupado para asesinarlos, y todos mis barcos están en alta mar. Tal vez podremos resistir un poco, pero lo más probable será que salten en masa la empalizada y nos maten a todos.

Entonces corrí a la mazmorra donde estaba De Montour. Llamé a la puerta y él me dijo que podía entrar, y por su voz reconocí que el demonio lo había dejado por unos momentos. — Los negros se han sublevado —le dije. —Ya lo sospechaba. ¿Cómo va la batalla? Le expliqué los pormenores de la traición y del combate, y le hablé del depósito de pólvora al otro lado del río. De un salto se puso en pie. —¡Por mi alma embrujada! —exclamó—. ¡Le doy mi palabra de que voy a jugar una partida con el infierno una vez más! ¡Pronto! ¡Déjeme salir del castillo! ¡Intentaré cruzar el río a nado y hacer estallar aquella pólvora! —¡Eso es una locura! —exclamé—. Un millar de negros acechan entre las empalizadas y el río y más allá el número se triplica. ¡Además, el río está lleno de cocodrilos! —¡Quiero probarlo! —contestó, con el rostro iluminado por el entusiasmo—; si puedo llegar al polvorín, unos millares de indígenas aligerarán el asedio; si me matan, mi alma quedará libre y tal vez podrá lograr algún perdón por haber ofrecido yo mi vida para la redención de mis crímenes. Tras un breve silencio añadió: —¡Pronto! —exclamó—. ¡Ya vuelve el demonio! ¡Ya estoy sintiendo su influjo! ¡Dese prisa! A toda prisa me dirigí a la puerta del castillo, mientras De Montour corría y jadeaba como un hombre que se halla en medio de una terrorífica batalla. Cruzó el dintel denodadamente, de un salto. Los indígenas le acogieron con gritos salvajes. Los arcabuceros nos increparon. Atisbando por encima de la empalizada, lo vi correr de una parte a otra, con indecisión. Un grupo de indígenas avanzaba furioso, desordenadamente, con las lanzas levantadas. Entonces se alzó hasta el cielo el aullido sobrenatural del lobo, y De Montour salió adelante. Los indígenas se detuvieron al instante, y antes de que un solo hombre se moviese, ya estaba en medio de ellos. Se oyeron salvajes chillidos, no de rabia, sino de terror. Inundados de asombro, los arcabuceros interrumpieron su fuego.

De Montour cargó por entre el grupo de negros y cuando se dispersaron y echaron a correr, tres de ellos ya no pudieron huir. Él los persiguió unos pasos; luego se quedó parado, rígido. Así permaneció un instante, mientras las lanzas volaban a su alrededor; después dio media vuelta y corrió precipitadamente hacia el río. Otro grupo de negros le cerró el camino cuando estaba a pocos pasos del río. A la luz llameante de las casas que ardían, la escena se podía ver con claridad. Una lanza que le arrojaron le atravesó un hombro; él se la arrancó, se la clavó a un indígena y saltó por encima de su cuerpo para lanzarse en medio de los demás. No podían hacer nada contra aquel hombre blanco impelido por el demonio. Echaron a correr dando chillidos, mientras De Montour saltando sobre la espalda de uno de ellos, lo derribaba. Después irguió el cuerpo, se tambaleó un momento, y saltó a la orilla del río. Se quedó allí parado, un instante, y luego desapareció entre las sombras.

—¡Voto al diablo! —dijo Don Vicente jadeando detrás de mí—. ¿Qué especie de hombre es ese? ¿Es De Montour? Afirmé con la cabeza. Los gritos salvajes de los indígenas eran tales que se alzaron por encima del estrépito de los arcabuzazos. Al otro lado del río, los negros se agolpaban alrededor del vasto almacén. —Están preparando un ataque en masa —dijo Don Vicente—. Van a saltar por encima de la empalizada y después... ¡Ah! ¡Un estruendo que pareció rasgar los cielos! ¡Un estallido de llamas que subió hasta las estrellas! El castillo se tambaleó con la explosión. Después, silencio, mientras el humo, al desvanecerse, dejó ver

sólo un gran cráter donde había estado el almacén. Podría contarles, Messieurs, cómo Don Vicente capitaneó una carga herido y derrengado como estaba a las puertas del castillo, y luego bajó por la ladera, para caer sobre los aterrorizados negros que habían escapado de la explosión. Podría contarles la matanza, la victoria, la persecución de los indígenas fugitivos. También podría contarles, Messieurs, cómo me encontré separado del pelotón y anduve errabundo por el bosque, sin poder hallar el camino de regreso a la costa. Podría contarles cómo fui capturado por una errabunda partida de indígenas saqueadores, y cómo conseguí escapar. Pero no es ése mi propósito, aunque tal aventura podría formar por sí misma una larga narración. De quien estoy hablando ahora es del señor De Montour. Parecía imposible que un hombre pudiera cruzar a nado aquel río pululante de reptiles, incluso estando poseído por un demonio. Y si había sido él quien había volado el polvorín, seguramente habría volado con él. Fatigosamente, una noche me abrí camino por entre la maleza y cuando vislumbré la costa descubrí, junto a la playa, una pequeña cabaña de paja medio en ruinas. Me fui allá pensando dormir en ella si insectos y reptiles me lo permitían. Al entrar me detuve asombrado. En una banqueta improvisada con unas tablas había un hombre sentado. Cuando entré, alzó la mirada y los rayos de la luna cayeron sobre su rostro. Un escalofrío de horror me hizo retroceder. ¡Era De Montour, y había luna llena! Después, mientras yo seguía allí parado, incapaz de moverme o huir, se levantó y vino hacia mí. Y su rostro, aunque sombrío como el de un hombre que ha visto el infierno, era el de un hombre cuerdo. —Entre, amigo mío —dijo con una profunda paz en su voz—. Entre y no me tenga miedo. El enemigo me ha dejado para siempre. —Pero, dígame, ¿cómo pudo usted triunfar? —exclamé, estrechándole la mano. —Disputé una horrenda batalla al cruzar el río —me contestó—, ya que el enemigo me tenía entre sus garras y me empujaba a caer sobre los indígenas. Pero por vez primera y por un instante mi alma y mi mente ganaron dominio; un solo instante que bastó para sostenerme firme en mi propósito. Y pienso que los santos benditos vinieron en mi ayuda, ya que estaba dando mi vida por salvar vidas. >Salté al río y nadé, y al instante pulularon los cocodrilos a mi alrededor. De nuevo en las garras del enemigo, combatí con ellos, allí en pleno río. Después, súbitamente, aquel ser me abandonó. Trepé por la otra orilla e incendié el almacén. La explosión me arrojó a una altura de centenares de metros, y durante muchos días anduve aturdido y errante por la maleza. Pero vino la luna llena, y luego volvió otra vez, y ya no sentí el influjo del enemigo... »;Soy libre, libre! —Y un maravilloso acento de exultación, mejor dicho, de exaltación, vibró en sus palabras—. Mi alma es libre. Por increíble que parezca, mi demonio yace ahogado en el lecho del río, o puede que habite en el cuerpo de alguno de los fieros reptiles que nadan por las corrientes del Níger.

La Piedra Negra Se dice que los repugnantes seres de los Antiguos Tiempos aún acechan En los oscuros rincones olvidados del mundo, y que ciertas noches aún se abren las puertas que liberan A unas formas encerradas en el infierno. justin geoffrey Fue en el extraño libro de Von Junzt donde por vez primera leí algo acerca de esta cuestión. Von Junzt era un extravagante alemán que vivió de manera singular y que murió en extrañas y terribles

circunstancias. Para mí fue una suerte que pudiera tener acceso a la edición original de su obra *Cultos sin nombre*, conocida también como el *Libro Negro*, publicada en Dusseldorf en 1839, poco antes de que al autor le sorprendiera su terrible destino. Los coleccionistas de libros raros conocen *Cultos sin nombre* principal mente por la edición barata y de traducción deficiente que Bridewall pirateó en Londres en 1845, o por la edición cuidadosamente expurgada que la Golden Goblin Press publicó en Nueva York en 1909. Pero el ejemplar que cayó en mis manos era uno de la edición alemana sin expurgar, con pesadas tapas de piel y cierres de hierro oxidados. Tengo mis dudas respecto a que actualmente existan más de media docena de ejemplares de este libro en todo el mundo, ya que no se imprimieron muchos, y cuando se divulgó la forma en que su autor había hallado la muerte, muchos de los que poseían un ejemplar lo quemaron aterrados. Von Junzt dedicó toda su vida (1795-1840) a escudriñar en los temas prohibidos. Viajó por todo el mundo, ingresó en innumerables sociedades secretas, y llegó a leer infinidad de libros y manuscritos esotéricos y muy poco conocidos. En los densos capítulos del *Libro Negro*, que oscilan entre una sobrecogedora claridad de exposición y la oscuridad más ambigua, se encuentran detalles y alusiones que harían helarse la sangre del hombre más equilibrado. Leer lo que Von Junzt se atrevió a imprimir, suscita conjeturas inquietantes sobre lo que no se atrevió a decir. Por ejemplo, ¿de qué tenebrosas cuestiones trataban aquellas páginas, escritas con apretada letra, del manuscrito en el que estaba trabajando de modo infatigable pocos meses antes de morir, y que fue hallado destrozado y esparcido por el suelo de su habitación cerrada bajo llave, donde se encontró el cuerpo de Von Junzt, ya muerto, con señales de garras en el cuello? Nunca llegará a saberse porque el amigo más allegado del autor, el francés Alexis Landeau, tras pasar una noche recomponiendo los fragmentos y leer el contenido, lo quemó todo y se cortó el cuello con una navaja de afeitar. Incluso admitiendo la opinión general de que solamente representa una serie de desvaríos de un enajenado, el contenido del volumen publicado es verdaderamente estremecedor. Entre gran cantidad de cosas extrañas encontré una alusión a la Piedra Negra, ese siniestro monolito que tiene su cobijo en las montañas de Hungría y en torno al cual tantas leyendas tenebrosas giran. Von Junzt no le dedicó demasiado espacio. Una gran parte de su horrendo trabajo refiere cultos y objetos de adoración satánica que, según él, todavía existen; siendo esa Piedra Negra la representante de algún orden o algún ser perdido, olvidado hace ya cientos de años. A pesar de ello, al mencionarla, se refiere a ella como a una de las claves. Esta expresión, que se repite muchas veces en su obra, en diversos pasajes, constituye uno de los elementos oscuros de su trabajo. Con brevedad, insinúa haber visto escenas singulares ocurridas en torno a un monolito durante la noche del 24 de junio. Menciona la teoría de Otto Dostmann, según la cual este monolito sería un vestigio de la invasión de los hunos, que fue erigido como conmemoración de una victoria de Atila sobre los godos. Aunque Von Junzt rechaza esta hipótesis, no expone ningún argumento que la rebata; se limita a advertir que atribuir el origen de la Piedra Negra a los hunos resulta tan lógico como suponer que Stonehenge fue erigido por Guillermo el Conquistador. Mi interés se excitó sobremanera ante la enorme antigüedad que esto daba a entender y, tras salvar algunas dificultades, conseguí localizar un ejemplar, roído de ratas, de *Los restos arqueológicos de los Imperios Perdidos* (Berlín, 1809; Edit. «Der Drachen-haus»), de Dostmann. Me decepcionó al comprobar que la referencia que hacía Dostmann sobre la Piedra Negra era más breve que la de Von Junzt, me sentí decepcionado. Dostmann la despachaba en pocas líneas, refiriéndose a ella como monumento relativamente moderno en

comparación con las ruinas greco-romanas de Asia Menor, que era en el fondo su tema favorito. Se veía obligado a admitir su incapacidad para descifrar los deteriorados caracteres grabados en el monolito, aunque declaraba con rotundidad que eran, sin lugar a dudas, mongólicos. Sin embargo, entre los pocos datos de interés que Dostmann suministraba, se hacía una referencia al pueblo vecino a la Piedra Negra: Stregoicavar, nombre nefasto que viene a significar Pueblo Embrujado. A pesar de la concienzuda revisión de guías y artículos de viaje que llevé a cabo, no conseguí más información: Stregoicavar, que no constaba en ninguno de los mapas que revisé, está situado en una región agreste, poco frecuentada, alejada de la ruta de cualquier viajero casual. No ocurrió lo mismo en las Tradiciones y costumbres pop-lares de los magiares, de Dornly, donde encontré motivo de meditación. En el capítulo que se refiere a Mitos sobre los Sueños, cita la Piedra Negra y cuenta extrañas supersticiones al respecto. Una de ellas se refiere a la creencia de que, si alguien duerme en un lugar cercano al monolito, se verá perseguido para siempre por monstruosas pesadillas; y menciona relatos de aldeanos que hablaban de gentes demasiado curiosas que se aventuraban a visitar la Piedra Negra en la noche del 24 de junio, tras lo cual morían víctimas de un loco desvarío a causa de algo que habían visto allí. De los escritos de Dornly eso fue todo lo que saqué en claro, al presentir que en torno a esa Piedra había algo claramente siniestro, mi interés había aumentado muchísimo. La idea de una antigüedad tenebrosa, las repetidas alusiones a acontecimientos monstruosos en la noche del 24 de junio, consiguieron despertar en mí algún instinto dormido, igual que se siente, más que se oye, la corriente de algún oscuro río subterráneo en la noche. De pronto, tuve constancia de que existía una relación entre la Piedra y cierto poema fantástico y terrible escrito por el loco poeta Justin Geoffrey: El Pueblo del Monolito. Las indagaciones que seguidamente realicé me confirmaron que, efectivamente, durante un viaje por Hungría Geoffrey había escrito este poema; así pues, no cabía duda de que el monolito que refería en sus extraños versos era la misma Piedra Negra. Tras releer sus estrofas sentí, nuevamente, las extrañas y confusas agitaciones de los mandatos del subconsciente que había experimentado la primera vez que tuve conocimiento de la Piedra. Tras pensar en qué lugar pasaría unas breves vacaciones, finalmente me decidí. Me fui a Stregoicavar. En un anticuado tren llegué hasta Temesvar, una distancia todavía respetable de mi punto de destino; luego, tras viajar durante tres días en un traqueteante coche, llegué al pueblecito, situado en un fértil valle encajonado entre montañas repletas de abetos. Durante el viaje no hubo ninguna incidencia. El primer día pasamos por el viejo campo de batalla de Schomvaal, donde el conde Boris Vladinoff, un bravo caballero polaco-húngaro, presentara una valerosa e inútil resistencia frente a las victoriosas huestes de Solimán el Magnífico cuando el Gran Turco se lanzó a la invasión de la Europa oriental en 1526. El cochero me indicó una colina próxima en la que había un gran túmulo de piedras desmoronadas, y añadió que bajo él descansaban los huesos del tan valeroso conde. Fue entonces cuando recordé un pasaje de las Guerras turcas, de Larson: «Tras la escaramuza (en la que el conde consiguió rechazar la vanguardia de los turcos con un reducido ejército), el conde permaneció al pie de la muralla del viejo castillo de la colina para disponer el orden de sus fuerzas. Uno de sus ayudantes le entregó una cajita laqueada que había hallado en el cuerpo del famoso escriba e historiógrafo Selim Bahadur, caído en la lucha. De ella el conde sacó un rollo de pergamino y comenzó a leer. No había terminado aún de leer las primeras líneas, cuando palideció intensamente y, sin mediar palabra alguna, guardó el documento en la caja y se la guardó bajo su capa. En ese preciso momento abría fuego un cañón turco, dando sus proyectiles contra el

viejo castillo provocando el espanto de los húngaros que veían cómo las murallas se derrumbaban sobre el esforzado conde. Con la falta de un caudillo, el valiente ejército se desbarató, y en los siguientes años de asoladora guerra, no llegaron a recuperarse los restos mortales del noble caballero. Hoy, los naturales del país muestran un inmenso montón de ruinas cerca de Schomvaal, bajo las cuales, según dicen, todavía descansa lo que los siglos hayan respetado del conde Boris Vladinoff.» La sensación que tuve de Stregoiavar fue la de un pueblecito dormido que desmentía su nombre siniestro, un remanso de paz respetado por el progreso. Sus edificios singulares, los trajes y las costumbres resultaban todavía más extraños que sus gentes, pertenecían a otra época. Eran gentes amables, algo curiosos, sin ser preguntones, a pesar de que resultaban escasos los visitantes extranjeros.

—Hace unos diez años que llegó otro americano. Se quedó pocos días en el pueblo —dijo el dueño de la taberna donde me había hospedado—. Era un muchacho bastante raro —murmuró para sí—; me parece que era poeta. Comprendí que debía referirse a Justin Geoffrey. —Sí, era poeta —contesté—; y escribió un poema sobre un paraje próximo a este mismo pueblo. —¿De veras? —dijo mi patrón con cierto interés—. Entonces, siendo así, que todos los grandes poetas son raros en su manera de hablar y de comportarse, él debe haber alcanzado gran fama, porque las cosas que hacía y las conversaciones suyas eran lo más extraño que he visto en ningún hombre. —Es algo que les sucede a casi todos los artistas —contesté—. La mayor parte de su mérito se le ha reconocido después de muerto. —Entonces, ¿ha muerto? —Murió gritando en un manicomio, hace ya cinco años.

—Lástima, lástima —dijo con simpatía—. Pobre muchacho... Miró demasiado la Piedra Negra. El corazón me dio un vuelco. Disimulando mi gran interés, dije como por casualidad: —He oído algo sobre esa Piedra Negra. Creo que está por ahí cerca, ¿no? —Más cerca de lo que la gente cristiana desea —contestó—. ¡Mire! Me condujo hasta una ventana enrejada y me indicó las laderas, pobladas de abetos, de las acogedoras montañas azules. —Allá, al otro lado de la gran cara desnuda de ese risco tan saliente que ve usted, es donde se alza esa Piedra maldita. ¡Ojalá se convirtiese en polvo, y el polvo se lo llevara el Danubio hasta lo más profundo del océano! Una vez, los hombres quisieron destruirla, pero todo aquel que levantaba el pico o el martillo contra ella moría de una manera espantosa. Ahora la rehuyen. —¿Qué maldición hay en ella? —pregunté con interés. —El demonio, el demonio que siempre la está rondando —contestó con un estremecimiento—. En mi niñez conocí a un hombre que subió de allá abajo y se reía de nuestras tradiciones... tuvo la osadía de visitar la Piedra durante la noche del veinticuatro de junio, y al amanecer regresó al pueblo como borracho, enajenado, sin habla. Algo le había destrozado el cerebro y le había sellado los labios, pues hasta que murió, lo cual no tardó en ocurrir, solamente abrió la boca para blasfemar o babear una jerigonza incomprensible. »Cuando era pequeño, mi sobrino se perdió en las montañas y se vio obligado a dormir en los bosques próximos a la Piedra, y ahora, en su madurez, se ve atormentado por sueños enloquecedores, de tal manera que algunas veces te hace pasar una noche espantosa con sus alaridos, despertando después empapado de un sudor frío. »Pero cambiemos de tema, Herr. Lo mejor es no insistir en esas cosas. Le comenté algo sobre la manifiesta antigüedad de la taberna, y con orgullo me contestó: —Los cimientos tienen más de cuatrocientos años. El edificio primitivo fue la única casa del pueblo que no destruyó el incendio, cuando los demonios de Solimán cruzaron las montañas. Se dice que aquí en la casa que había sobre estos mismos cimientos, el escriba Selim Bahadur tenía su cuartel general durante la guerra que asoló toda esta comarca. Más adelante pude saber que

los habitantes de Stregoicavar no son los descendientes de aquellos que vivieron allí antes de la invasión turca de 1526. Ningún ser humano quedó con vida —ni en el pueblo ni en sus contornos— cuando los victoriosos musulmanes atravesaron este territorio. Hombres, mujeres y niños fueron exterminados en un rojo holocausto, quedando una vasta extensión del país silenciosa y desierta. Los actuales habitantes de Stregoicavar son descendientes de los duros colonizadores llegados de las tierras bajas y que, una vez que los turcos fueron expulsados, reconstruyeron el pueblo en ruinas. El dueño de la taberna donde me había hospedado habló sin resentimiento de la matanza de los primitivos habitantes. Pude enterarme de que sus antecesores de las tierras bajas miraban a los montañeses incluso con más odio y aversión que a los propios turcos. Habló con vaguedad respecto a las causas de esta enemistad, aunque dijo que entre los anteriores vecinos de Stregoicavar existía la costumbre de hacer furtivas excursiones en las tierras bajas, donde robaban muchachas y niños. Además, contó que no eran exactamente de la misma sangre que su pueblo; el original y vigoroso tronco eslavo-magiar se había mezclado, cruzándose con la degradada raza aborígen hasta fundirse en la descendencia y dar lugar a una infame amalgama. Él no tenía la más mínima idea de quiénes fueron esos aborígenes; lo único que sostenía era que se trataba de «paganos» y que, antes de la llegada de los pueblos conquistadores, ya habitaban en las montañas. En el fondo le di poca importancia a esta historia. En ella sólo veía una leyenda semejante a la que dieron origen la fusión de las tribus celtas y los aborígenes mediterráneos de las montañas de Escocia, y las razas mestizas resultantes que, como los pictos, tanta importancia tienen en las leyendas escocesas. El tiempo produce en el folklore un curioso efecto de perspectiva. Los relatos de los pictos se entremezclaron con ciertas leyendas referidas a una raza mongólica anterior, hasta tal punto que con el tiempo se llegó a atribuir a los pictos los repulsivos caracteres del achaparrado hombre primitivo, la individualidad del cual fue absorbida por las leyendas pictas, hasta perderse en ellas. Igualmente, pensaba yo, se podría seguir la pista de los supuestos rasgos inhumanos de los primeros pobladores de Stregoicavar hasta sus orígenes en los más viejos y gastados mitos de mongoles y hunos, los pueblos invasores. Al día siguiente de llegar, pedí instrucciones a mi patrón —que me las dio de muy mala gana—, y me encaminé en la búsqueda de la Piedra Negra. Tras caminar varias horas cuesta arriba, por entre los abetos de las laderas, llegué a la cara abrupta de la escarpa que sobresalía con mucho del costado de la montaña. De allí ascendía un estrecho sendero que separaba hasta coronarla. Subí por él, y una vez arriba pude contemplar el tranquilo valle de Stregoicavar, que parecía dormitar protegido a ambos lados por las grandes montañas azules. Entre el lugar en el que yo me encontraba y el pueblo no se veían ni cabañas ni signo alguno de vida humana. Aunque había bastantes granjas desperdigadas por el valle, todas se hallaban situadas al otro lado de Stregoicavar. Parecía como si el pueblo mismo intentase huir de los ásperos riscos que ocultaban la Piedra Negra. La cima de las escarpas formaba algo parecido a una meseta cubierta de espeso bosque. Caminé por la espesura y en seguida llegué a un claro muy grande, en el centro del cual se alzaba un descarnado monolito de piedra negra. Aproximadamente tendría unos cuatro o cinco metros de altura y medio metro de espesor era de sección octogonal. Podía verse con claridad que en su tiempo había sido perfectamente pulimentado, aunque ahora la superficie de la piedra mostraba numerosas mellas, como si hubieran llevado a cabo salvajes esfuerzos por demolerla. Pero apenas si los picos habían conseguido descascarillarla y mutilar los caracteres que la ornaban en espiral hasta arriba, en torno del fuste. Hasta una altura de poco más o menos dos metros y medio, los caracteres estaban casi

en su totalidad destruidos, con lo cual resultaba francamente difícil averiguar sus características. Más arriba se podían ver mucho mejor conservados; así que me las ingenié para trepar por la columna y examinarlos de cerca. En mayor o menor grado todos los caracteres estaban deteriorados, pero era evidente que no pertenecían a ninguna lengua que yo pudiera recordar en ese momento sobre la faz de la tierra. De todo lo que había visto en mi vida, lo que más llegaba a parecerse eran unos toscos garabatos trazados sobre cierta roca gigantesca, extrañamente simétrica, de un valle perdido del Yucatán. Recuerdo que cuando le señalé aquellos trazos a mi compañero, un arqueólogo, él dijo que se trataba del efecto natural de la erosión, o el inútil garabateo de un indio. Yo le expuse mi teoría de que la roca era realmente la base de una columna desaparecida, pero él se limitó a reír, y me dijo que reparase en las proporciones que suponía; suponiendo que se hubiese levantado una columna allí, de acuerdo con las normas ordinarias e la simetría arquitectónica habría tenido por lo menos trescientos metros de altura. Pero no me quedé convencido.

Lo que intento decir no es que los caracteres grabados sobre la Piedra Negra y los de la descomunal roca del Yucatán fueran semejantes, sino que me los sugerían. En cuanto a la materia del monolito, también me desconcertó. La piedra que habían empleado para tallarla era de un color negro matizado en su brillo, y en su superficie, allí donde no había sido raspada o desconchada, producía un curioso efecto de semitransparencia. La mayor parte de la mañana la pasé en aquel lugar y regresé perplejo. La Piedra no me sugería ninguna relación con ningún otro monumento del mundo. Parecía como si el monolito hubiese sido erigido en una edad remota por manos extrañas y ajenas a la humanidad. De regreso al pueblo, mi interés no había disminuido de ninguna manera. Después de haber visto aquella piedra tan singular, sentía más apremiante el deseo de investigar el asunto con mayor amplitud e intentar descubrir qué extrañas manos y con qué extraño propósito en lejanos tiempos, fue levantada la Piedra Negra. Fui en busca del sobrino del tabernero y le pregunté sobre sus sueños; a pesar de que hizo lo posible por complacerme, estuvo muy confuso. No le importaba hablar de ellos, pero era incapaz de describirlos con la más mínima claridad. Aunque se repetían siempre los mismos sueños, y a pesar de que se le presentaban espantosamente vividos, no le dejaban huellas claras en la conciencia. Lograba recordarlos como un caos de pesadillas en las que inmensos remolinos de fuego arrojaban tremendas llamaradas y retumbaba incesantemente un tambor. Con claridad sólo recordaba que una noche había visto la Piedra Negra en sueños, no en la falda de la montaña, sino rematando la cima de un castillo negro y gigantesco. Pude observar que al resto de los vecinos no les gustaba hablar de la Piedra. La excepción era el maestro, hombre de una instrucción sorprendente, que había pasado mucho más tiempo fuera, por el mundo, que ningún otro de sus convecinos. Le conté las observaciones de Von Junzt relativas a la Piedra Negra y se interesó muchísimo en ello, y manifestó vivamente su acuerdo con el autor alemán en cuanto a la edad atribuida al monolito. Estaba convencido de que en las proximidades alguna vez existió una sociedad satánica, y que era posible que todos los antiguos vecinos hubieran sido miembros de ese culto a la fertilidad que amenazó con socavar la civilización europea y fue fuente de origen para tantas historias de brujería. Citó el mismo nombre del pueblo para probar su punto de vista. Según dijo, originalmente no se llamaba Stregoicavar; de acuerdo con las leyendas, los que fundaron el pueblo lo llamaron Xuthltan, primitivo nombre del lugar sobre el que hace ya muchos siglos, asentaron sus casas. De nuevo, el conocimiento de este hecho me produjo un indescriptible sentimiento de desazón. El nombre bárbaro no me sugería ninguna relación con

las razas escitas, eslavas o mongolas a las que deberían haber pertenecido los habitantes de estas montañas. Según las creencias de los magiares y los eslavos de las tierras bajas, los primitivos habitantes del pueblo eran miembros de un maléfico culto. A juicio del maestro, esto se demostraba por el nombre dado al pueblo que, incluso después de ser aniquilados por los turcos los antiguos pobladores y haberlo reconstruido una raza más pura, siguieron utilizando. Aunque opinaba que lo utilizaron como centro de sus actividades, no creía que fueran los iniciados en ese culto los que se encargasen de erigir ese monolito; y, basándose en vagas leyendas que se venían transmitiendo desde antes de la invasión turca, expuso una teoría según la cual los degenerados pobladores antiguos lo habían hecho servir como altar, sobre el cual ofrecer sacrificios humanos, siendo las víctimas las muchachas y los niños robados a los propios antepasados de los actuales pobladores, que a la sazón vivían en las tierras bajas. En cuanto a los horripilantes sucesos de la noche del 24 de junio, rechazaba ese mito, así como la leyenda de una extraña deidad que el pueblo hechicero invocaba a través de cantos salvajes, rituales de flagelación y sadismo, como se decía. Aunque no había visitado la Piedra en la noche del 24 de junio, confesó que no le daría miedo hacerlo; lo que había existido o lo que sucedió allí en otra época, fuera lo que fuese, estaba ya sumido en la niebla del tiempo y del olvido. La Piedra Negra había perdido su significado, sólo le quedaba el hecho de ser el nexo de unión con un pasado muerto y polvoriento. Una noche, cuando hada casi una semana que estaba ya en Stregocavar, al regresar de una visita al maestro, de pronto me quedé impresionado al recordar que... ¡estábamos a 24 de junio! Era, pues, la noche en que, según las leyendas, sucedían cosas misteriosas en relación con la Piedra Negra. En lugar de dirigirme a la taberna, crucé el pueblo a paso ligero. Como los vecinos solían retirarse temprano, Stregocavar estaba en silencio. No vi a nadie en mi camino. Entre una susurrante oscuridad me interné entre los abetos que ocultaban las laderas de las montañas. Una gran luna plateada parecía suspendida sobre el valle, inundando los peñascos y pendientes con una inquietante luz que perfilaba negras sombras en el suelo. Aunque no soplaba aire por entre los abetos, se percibía un murmullo fantasmal y misterioso. Mi fantasía evocaba quimeras. Seguramente, hacía siglos, en una noche como aquella volaban por el valle las brujas desnudas, a horcajadas en sus escobas, perseguidas por sus burlescos demonios familiares. Me encaminé hacia las escarpas. Me sentía algo inquieto al notar que la engañosa luz de la luna les daba un aspecto artificioso que antes no había notado: bajo aquella luz fantástica, su apariencia de escarpas naturales se había perdido y transformado ahora en ruinas de gigantescas murallas que sobresalían de la ladera. Con esfuerzos intenté apartar de mí esa extraña ilusión, subí hasta la meseta y, antes de sumergirme en la tremenda oscuridad de los bosques, dudé un momento. Una especie de tensión mortal se cernía sobre las sombras, como si un monstruo invisible contuviera su aliento para no ahuyentar a su presa. A pesar de ser un sentimiento perfectamente natural, máxime considerando el carácter imponente del lugar y su infame reputación, lo deseché y me abrí paso a través del bosque, teniendo la desagradable sensación de que era seguido. Tuve que detenerme una vez, convencido de que algo pegajoso y vacilante me había rozado en la cara, en la oscuridad. Cuando salí al claro pude ver el alto monolito que alzaba su desnuda silueta sobre la hierba. En la linde del bosque, en dirección a la escarpa, había una piedra que formaba como una especie de asiento natural. Tomé asiento en ella, pensando que fue allí donde probablemente el poeta loco, Justin Geoffrey, escribiera su fantástico Pueblo del Monolito. El tabernero estaba convencido de que era la Piedra lo que había provocado la locura de Geoffrey, pero lo cierto es que la semilla de la locura ya estaba

sembrada en el cerebro del poeta mucho antes de haber visitado Stregoiavar. Al mirar el reloj, vi que eran casi las doce. Me recosté a la espera de cualquier manifestación espectral que pudiese aparecer. Entre las ramas de los abetos comenzaba a levantarse una suave brisa y su música me recordó la de unas gaitas invisibles y lánguidas susurrando una melodía pavorosa y maligna. La monotonía del sonido y mi mirada, de modo invariable fija en el monolito, me produjeron una especie de auto hipnosis; me estaba quedando amodorrado. Aunque luché contra esta sensación, el sueño pudo conmigo. El monolito parecía ladearse, danzar extrañamente, retorcerse. Entonces me dormí. Cuando abrí los ojos y traté de levantarme, me di cuenta de que me era imposible, era como si estuviera agarrado por una mano helada y me inmovilizara. Un frío terror se apoderó de mí. El claro del bosque ya no estaba desierto. Una silenciosa multitud de gentes extrañas lo atestaba. Mis ojos dilatados repararon en los raros y bárbaros detalles de sus atuendos. Mi entendimiento me decía que eran remotísimos, olvidados incluso en esta atrasada tierra. Pensé que seguramente se trataba de gente del pueblo que había venido a aquel lugar para celebrar algún cónclave grotesco... Pero al mirar de nuevo comprendí que aquellas gentes no eran de Stregoiavar. Eran más bajos de estatura, más rechonchos, tenían la frente más deprimida, la cara más ancha y abotagada. Algunos poseían rasgos eslavos y magiares, pero esos rasgos estaban claramente degradados por la mezcla con alguna raza extranjera más baja que me era imposible de clasificar. Muchos de ellos vestían con pieles de bestias feroces, y todo su aspecto, tanto el de los hombres como el de las mujeres, era de una brutal sensualidad. Aunque no me prestasen atención alguna aquellas gentes me horrorizaban y me repugnaban. Habían formado un inmenso semicírculo delante del monolito. Iniciaron una especie de canto, extendiendo los brazos al unísono y balanceando la parte superior de sus cuerpos rítmicamente. Todos los ojos estaban fijos en la cúspide de la Piedra, a la que parecían estar invocando. Lo que resultaba más extraño de todo era el tono apagado de sus voces; a menos de cincuenta metros de donde yo me encontraba, centenares de hombres y mujeres levantaban sus voces en una melodía salvaje, y, sin embargo, aquellas voces me llegaban como un débil murmullo, confuso, como si viniera de muy lejos, a través del espacio... o del tiempo. Justo delante del monolito había una especie de brasero, del que alzaban vaharadas de un repugnante y nauseabundo humo amarillo, que se enroscaba dibujando una extraña espiral, cual serpiente inmensa y borrosa, en torno al monumento. Dos figuras yacían a un lado de este brasero: una muchacha, completamente desnuda, atada de pies y manos, y un niño que tendría tan sólo unos meses. Una vieja hechicera con un extraño tambor en su regazo se acucillaba al otro lado. Tocaba con las manos abiertas, con golpes pausados y leves; pero yo no lo oía. El ritmo de los balanceantes cuerpos empezó a adquirir mayor rapidez. Entonces, una mujer desnuda saltó al espacio que quedaba libre entre la multitud y el monolito; sus ojos llameaban, su larga cabellera flotaba alborotada mientras danzaba vertiginosamente sobre la punta de los pies, dando vueltas por todo el espacio libre, hasta que por fin cayó prosternada ante la Piedra, quedando allí inmóvil. De inmediato la siguió una figura fantástica, un hombre cuyo cuerpo tan sólo cubría una piel de macho cabrío colgando de la cintura; una máscara fabricada con una enorme cabeza de lobo ocultaba totalmente sus facciones, de tal manera que daba la impresión de tratarse de un ser monstruoso, pesadillesco, mezcla horrible de elementos humanos y bestiales. Sostenía en la mano un haz de varas de abeto, atado por los extremos más gruesos. La luz de la luna brillaba en una pesada cadena de oro que llevaba enlazada en el cuello. Prendida a esta cadena, llevaba otra de cuyo extremo debería haber colgado algún

objeto que, sin embargo, faltaba. Mientras esa grotesca criatura galopaba por el espacio abierto dando muchos saltos y cabriolas, la multitud agitaba los brazos con violencia y redoblaba sus gritos. Se acercó a la mujer que yacía al pie del monolito y comenzó a azotarla con las varas; de un salto, ella se levantó y se entregó a la danza más salvaje e increíble que jamás había visto. Su atormentador bailó con ella manteniendo el mismo ritmo, colocándose a su altura en cada giro y cada salto, al tiempo que descargaba unos golpes despiadados sobre su desnudo cuerpo. Y a cada golpe que le daba gritaba una palabra extraña; y así una y otra vez, y toda la gente le coreaba. Podía verles mover los labios. Aunque ahora el débil murmullo de sus voces se fundió y se hizo un solo grito, distante y lejano, repetido continuamente en un éxtasis frenético; no logré entender lo que gritaban. Mientras los espectadores, de pie todavía en sus sitios, seguían el ritmo de la danza con el balanceo de sus cuerpos y los brazos entrelazados, los danzantes giraban en vertiginosas vueltas. En los ojos de la mujer que cumplía aquel rito violento la locura iba en aumento, y se reflejaba en la mirada de los demás. El frenético girar de aquella danza enloquecedora se hizo más salvaje y extravagante... Se convirtió en un cuadro bestial y obsceno, en tanto que la vieja hechicera aullaba y batía el tambor como una enajenada, y las varas componían una canción demoníaca. Aunque la sangre le corría goteante por los miembros, ella parecía no sentir la flagelación sino como un acicate para continuar el salvajismo de sus movimientos desenfrenados. Al saltar en medio del humo amarillento que empezaba a extender sus tenues tentáculos para abrazar a las dos figuras danzantes, se hundió en aquella niebla hedionda y desapareció. Apareció de nuevo, seguida inmediatamente de aquel individuo bestial que la había flagelado, y prorrumpió en un indescriptible furor de movimientos enloquecedores hasta que, en el colmo del delirio, cayó de pronto sobre la hierba, temblando y jadeando, completamente vencida por el frenético esfuerzo. Siguió la flagelación con inalterable violencia, y ella comenzó a gatear en dirección al monolito. El sacerdote —por llamarlo así— continuó azotando su cuerpo indefenso con todas sus fuerzas, mientras ella se retorció dejando un pegajoso rastro de sangre sobre la tierra pisoteada. Por fin, llegó al monolito y, boqueando, sin resuello, lo abrazó y cubrió la fría piedra de besos feroces, como en una adoración delirante y profana. Tras arrojar las varas salpicadas de sangre, el grotesco sacerdote continuaba saltando en el aire. Los adoradores comenzaron a aullar mientras echaban espuma por la boca, y de pronto se volvieron unos contra otros y se atacaron con uñas y dientes, desgarrándose las vestiduras y la carne en una ciega pasión de bestialidad. El sacerdote se acercó al pequeñuelo que lloraba desconsolado, lo levantó con su largo brazo y, profiriendo una vez más ese Nombre, lo hizo girar en el aire y lo estrelló contra el monolito, en cuya superficie quedó una espantosa mancha. Muerto de terror, vi cómo abría en canal el cuerpecillo con sus dedos brutales y arrojaba sobre la columna la sangre que recogía en el hueco de sus manos. Luego arrojó el cuerpo rojo y desgarrado al brasero extinguiendo las llamas y el humo en una lluvia de chispas, en tanto que detrás los brutos enloquecidos aullaban una y otra vez ese nombre. Al tiempo que el sacerdote extendía sus manos con gesto amplio y triunfal, de pronto, todo el mundo cayó prosternado sin dejar de retorcerse. Abrí la boca para gritar mi horror, pero tan sólo pude articular un ruido seco. ¡Un animal enorme, monstruoso, como un sapo, se hallaba agazapado en la cima del monolito! Pude contemplar su hinchada y repulsiva silueta recortada contra la luz de la luna, y en el lugar en que una criatura normal hubiera tenido el rostro, vi sus tremendos ojos parpadeantes, en los que se reflejaba toda la lujuria, toda la insondable concupiscencia, la obscena crueldad y la

perversidad monstruosa que ha atemorizado a los hijos de los hombres desde que sus antepasados se ocultaban, ciegos y sin pelo, en la copa de los árboles. Aquellos ojos espantosos eran el reflejo de todas las cosas sacrílegas y todos los malignos secretos que duermen en las ciudades sumergidas, que en las tinieblas de las cavernas primordiales se ocultan de la luz. Y así, aquella cosa repulsiva que el sacrílego ritual de crueldad, de sadismo y de sangre había despertado del silencio de los cerros, parpadeaba y miraba de soslayo a sus brutales adoradores, que se arrastraban ante él en una repugnante humillación. Ahora, el sacerdote disfrazado de bestia se dispuso a levantar a la débil y maniatada muchacha, manteniéndola levantada con sus brutales manos ante el monolito. Y cuando aquella lujuriosa y babeante monstruosidad comenzó a succionar en su pecho, algo estalló en mi cerebro y me hundí en un piadoso desvanecimiento. Cuando abrí los ojos sobre una claridad lechosa, todos los acontecimientos de la noche me vinieron de golpe a la memoria y me incorporé de un salto. Miré a mi alrededor con asombro. El monolito se alzaba, descarnado y mudo, sobre la hierba ondulante, verde, intacta bajo la brisa matinal. Con paso rápido atravesé el claro. Aquí habían saltado y brincado tantas veces que la hierba debería haber desaparecido; y aquí la mujer del ritual se arrastró en su doloroso camino hacia la Piedra, derramando su sangre sobre la tierra. Sin embargo, el césped estaba intacto, no se veía ni una gota de sangre en él. Miré, temblando de horror, la cara del monolito contra la que el brutal sacerdote estampó a la criatura robada..., pero nada, no había ninguna mancha. ¡Un sueño! Había sido una espantosa pesadilla... o qué sé yo... Me encogí de hombros. ¡Qué intensa claridad para ser un sueño! Con tranquilidad regresé al pueblo y entré en la posada sin ser visto. Una vez allí, me senté a meditar sobre los acontecimientos de la noche. Cada vez estaba más inclinado a descartar la teoría de un sueño. Era evidente que lo que había visto era una ilusión inconsistente. Pero estaba convencido de que aquello era la sombra, el reflejo de un acto espantoso perpetrado realmente en tiempos lejanos. Pero, ¿cómo podía saberse? ¿Qué prueba podría confirmar que había sido la visión de una asamblea de espectros, más que una mera pesadilla forjada por mi propio cerebro? Como respuesta a todas estas dudas, un nombre me vino a la cabeza: ¡Selim Bahadur! Según la leyenda, este hombre que había sido tanto soldado como cronista, fue el que estuvo al mando del ejército de Solimán que había devastado Stregoicavar. Parecía lógico; y si era así, había marchado directamente de este lugar arrasado al sangriento campo de Schomvaal y a su destino final. No pude contener una exclamación de sorpresa: aquel manuscrito que encontraron en el cuerpo del turco y que hizo temblar al conde Boris... ¿no podría contener algún indicio de los hallazgos de los conquistadores turcos en Stregoicavar? ¿Qué otra cosa pudo hacer temblar los nervios de hierro del poderoso guerrero? Y, puesto que los restos mortales del conde no fueron rescatados jamás, ¿qué duda cabía, sino que el estuche de laca y su misterioso contenido todavía permanecían bajo las ruinas que cubrían a Boris Vladinoff? Con agitada precipitación, empecé a recoger mis cosas. Al cabo de tres días me hallaba en una aldea situada a poca distancia del viejo campo de batalla. Cuando salió la luna, ya estaba yo trabajando febrilmente en el gran túmulo de piedras desmoronadas que coronaban la colina. Fue un trabajo agotador... Pensándolo bien, no comprendo cómo pude llevar a cabo esa tarea; y no obstante, trabajé sin descanso desde la salida de la luna hasta que empezó a clarear el día. Cuando el sol asomó por el horizonte, estaba yo apartando las últimas piedras. Allí estaba todo lo que había quedado del conde Boris Vladinoff —unos pocos fragmentos de huesos— y entre los restos, totalmente aplastado, el estuche cuya superficie de laca había preservado el contenido a través de los siglos. Lo recogí con ansiedad y, tras apilar

unas piedras sobre aquellos huesos, me marché precipitadamente. No quería que ningún viajero suspicaz me descubriese en aquella acción aparentemente profanadora. Una vez en mi cuarto de la taberna, abrí el estuche y hallé, relativamente intacto, el pergamino. Y había algo más: un objeto pequeño y chato, envuelto en un trozo de seda. Estaba ansioso por descifrar los secretos de aquellas hojas amarillentas, pero el cansancio me podía. Desde que salí de Stregoicavar apenas había dormido, y los terribles esfuerzos de la noche anterior acabaron de vencerme. A pesar de mi excitación, no tuve más remedio que echarme un poco, y desperté cuando empezaba a anochecer. Tras cenar rápidamente, me senté, a la luz de una vela, a leer los limpios caracteres turcos que cubrían el pergamino. El trabajo era algo penoso para mí ya que mis nociones de turco no son ni mucho menos profundas, y el estilo arcaico del texto me desorientaba. Pero tras una afanosa lucha, conseguí descifrar una palabra aquí, otra allá, encontrar sentido en alguna frase, y una vaga impresión de horror me oprimió el corazón. Con todas mis fuerzas me apliqué a la tarea de traducir, y una vez el relato se hizo más claro y asequible, la sangre se me heló en las venas, se me pusieron los pelos de punta, y hasta la lengua se me endureció. Era como si todas las cosas externas participaran de la espantosa locura de aquel manuscrito infernal; incluso los ruidos de los insectos nocturnos y de los animales del bosque se transformaron en murmullos horribles y pisadas furtivas de seres espantosos, y los quejidos del viento en la noche se tornaron en la risa obscena y perversa de las fuerzas del mal que dominan el espíritu de los hombres. Cuando la claridad gris se filtraba ya entre las rejillas de la ventana, dejé a un lado el manuscrito. La cosa envuelta en el trapo de seda estaba allí, alargué la mano y la desenvolví. Me quedé petrificado, al comprender que, incluso poniendo en duda la veracidad de lo que decía el manuscrito, aquello era la prueba más veraz de que todo había sido real. Metí de nuevo esas dos cosas repulsivas en el estuche, y no descansé ni probé bocado hasta haberlo arrojado, lastrándolo con una piedra, en lo más profundo de la corriente del Danubio, el cual —quiera Dios que así sea— se lo llevó al Infierno, de donde debió haber venido. Lo que tuve la noche del 24 de junio en los montes de Stregoicavar no fue un sueño. De haber presenciado el horrible ceremonial, Justin Geoffrey, que sólo estuvo allí a la luz del sol y después siguió su camino, habría enloquecido mucho antes. Por lo que a mí respecta, no sé cómo no llegué a perder el juicio. No... no fue un sueño... Yo fui testigo del rito inmundo de unos adoradores desaparecidos hace siglos, surgidos del Infierno para celebrar sus ceremonias como lo hicieron en otro tiempo; yo vi a unos espectros postrarse ante otro espectro. Porque hace tiempo que el Infierno reclamó a ese dios horrendo. Hace muchos, muchísimos años, habitó entre las montañas como reliquia viva de una edad ya extinguida; pero sus garras asquerosas ya no atrapan a los espíritus de los seres humanos de este mundo, y su reino es un reino muerto, en el que sólo habitan los fantasmas de aquellos que le sirvieron en vida. No sé por qué alquimia perversa, por qué impío sortilegio se abren las Puertas del Infierno en esa noche pavorosa; pero mis propios ojos lo han visto. Yo sé que aquella noche no vieron ningún ser viviente, pues en el manuscrito que redactó la cuidadosa mano de Selim Bahadur se explica detalladamente lo que él y sus compañeros de armas descubrieron en el valle de Stregoicavar. Y leí las abominables obscenidades que la tortura arrancaba de los labios de los aullantes adoradores y que estaban descritas con todo detalle, y también leí lo que contaba sobre cierta caverna perdida, tenebrosa, arriba en las montañas, donde los turcos, horrorizados, habían encerrado un ser monstruoso, hinchado, viscoso como un sapo, dándole muerte con el fuego y el acero antiguo, bendecido siglos antes por Mahoma, y mediante conjuros que ya eran viejos cuando Arabia era joven. Incluso así, la

mano firme del anciano Selim temblaba al evocar el cataclismo, las sacudidas de tierra, los agónicos aullidos de aquella monstruosidad que no murió sola, pues hizo perecer consigo — en forma que Selim no quiso o no describir— a diez de los hombres encargados de darle muerte. Aquel ídolo chato, fundido en oro y envuelto en seda, era la imagen de ese mismo ser que Selim había arrancado de la cadena que rodeaba el cuello del cadáver del gran sacerdote-lobo. ¡Bien está que los turcos barrieran ese valle impuro con el fuego y con la espada! Visiones como las contempladas por estas desoladas montañas deben pertenecer a las tinieblas y a los abismos de épocas perdidas. No, no hay que temer que esa especie de sapo me haga temblar de horror en la noche, pues está encadenado en el Infierno, junto con su horda nauseabunda, y sólo es liberado con ellos una hora, en la noche más espantosa que he visto jamás. En cuanto a sus adoradores, ninguno queda ya en este mundo. Un sudor frío me invade sólo de pensar que tales cosas dominaron una vez el espíritu de los hombres. Tengo miedo de leer las abominables páginas de Von Junzt, porque ahora comprendo lo que significa esa expresión que tanto repite: ¡Las llaves! ¡Ah! Las llaves de las Puertas Exteriores, enlaces con un pasado aborrecible y, quién sabe, con aborrecibles esferas del presente. Y comprendo por qué las escarpas parecían murallas almenadas bajo la luz de la luna, y por qué el sobrino del tabernero, acosado por las pesadillas, vio en sueños la Piedra Negra surgiendo como remate de un castillo negro y gigantesco. Es posible que si los hombres excavaran esas montañas hallaran cosas increíbles bajo las laderas que los enmascaran. En cuanto a la caverna donde los turcos encerraron aquella... bestia, no era propiamente una caverna. Me estremecí al imaginar el insondable abismo de tiempo que se abre entre el presente y aquella época en que la tierra se estremeció, levantando como una ola aquellas montañas azules que cubrieron cosas inconcebibles. ¡Ojalá ningún hombre cave al pie de ese remate horrible que se llama Piedra Negra! ¡Una llave! ¡Ah, es una Llave, símbolo de un horror olvidado! Ese horror se ha diluido en el limbo del que surgió, como una pesadilla, durante el oscuro amanecer de la Tierra. Pero, ¿qué hay de las otras posibilidades diabólicas que insinúa Von Junzt? ¿De quién era esa mano monstruosa que estranguló su vida? Desde que leí lo que Selim Bahadur escribió, se me disiparon todas las dudas sobre la Piedra Negra. El hombre no ha sido siempre señor de la tierra... ¿Lo es ahora? Y un pensamiento me asalta: si un ser monstruoso como el Señor del Monolito hubiera sobrevivido de algún modo a su propia era indescriptiblemente lejana, ¿qué formas sin nombre podrían incluso ahora acechar en los lugares oscuros del mundo?

El horror del montículo Steve Brill no creía en fantasmas ni demonios. Juan López sí. Pero ni la cautela de uno ni el incommovible escepticismo del otro iban a escudarles del horror que cayó sobre ellos, el horror que los hombres habían olvidado durante más de trescientos años, la espantable criatura monstruosamente resucitada de eras negras y perdidas. Y, sin embargo, mientras aquella tarde Steve Brill se hallaba sentado en la algo desvencijada escalera de su casa, sus pensamientos estaban tan lejos de amenazas sobrenaturales como puedan llegar a estarlo los de hombre alguno. Lo que tenía en mente era amargo, pero de orden material.

Examinaba con la vista su granja y maldecía. Brill era alto, enjuto y duro como el cordobán, un auténtico hijo de los pioneros de cuerpos férreos que le arrancaron el oeste de Texas a la naturaleza salvaje. Tenía la piel atezada por el sol y era fuerte como un cornilargo. Sus esbeltas piernas calzadas con botas mostraban sus instintos de cowboy y, en esos momentos, se maldecía por haber dejado la silla de montar de su resabiado mustang convirtiéndose en granjero. No tenía madera de granjero, admitió con un juramento el combativo joven. Con todo, la culpa no era del todo suya. Un invierno de lluvias abundantes, cosa tan rara en el oeste de Texas, había prometido buenas cosechas. Pero, como de costumbre, habían ocurrido cosas imprevistas. Un temporal tardío había destruido todos los frutos en sazón. El cereal, que había tenido un aspecto tan prometedor, había sido hecho pedazos y aplastado por granizadas terroríficas justo cuando empezaba a volverse de color amarillo. Un periodo de intensa sequía, seguido de otro temporal, había acabado con el maíz. Y luego el algodón que, de algún modo, había logrado resistirlo todo, cayó ante una plaga de saltamontes que dejó desnudo el campo de Brill en apenas una noche. Así fue como Brill llegó a su actual situación, sentado, jurándose que no renovarían su arriendo, agradeciendo fervorosamente que la tierra en la que había malgastado sus sudores no fuese suya, y que hubiese aún grandes extensiones hacia el oeste donde un hombre joven y fuerte podía ganarse la vida cabalgando y cazando las reses a lazo. Sentado, entregado a sus lúgubres pensamientos, Brill vio acercarse a su vecino Juan López, un viejo y taciturno mexicano que vivía en una choza justo al otro lado de la colina, cruzando el arroyo, y que apenas si lograba ganarse la vida. En los últimos tiempos estaba roturando una porción de tierra en una granja adyacente y, al volver a su choza, cruzaba una de las esquinas del prado de Brill. Brill, distraído, le vio franquear la valla de alambre de espino y seguir el sendero que sus viajes anteriores habían trazado entre la hierba rala y reseca. Llevaba ya un mes entregado a su actual quehacer, derribando los retorcidos troncos de los mezquites y cavando hasta extraer sus raíces, increíblemente largas. Brill sabía que siempre seguía el mismo camino para volver a su hogar. Y, observándole, Brill se percató de que se desviaba a un lado, aparentemente para evitar un pequeño montículo redondeado que se alzaba por encima del nivel de los pastos. López dio un amplio rodeo alrededor de ese punto y Brill recordó que el viejo mexicano siempre ponía una buena distancia entre él y el lugar. Y otra cosa pasó por la distraída mente de Brill: que López siempre apretaba el paso cuando cruzaba junto al montículo, y que siempre se las arreglaba para hacerlo antes de la puesta del sol, aunque los aparceros mexicanos acostumbraban a trabajar desde la primera luz del alba hasta el último destello del crepúsculo, especialmente en aquellos trabajos de limpieza de terrenos, en los que cobraban por acres y no por días. A Brill se le despertó la curiosidad. Se puso en pie y bajó a saltos la no muy pronunciada ladera sobre la que se alzaba su vivienda, llamando al mexicano que se alejaba con paso cansino. —Eh, López, espera un minuto. López se detuvo, mirando a su alrededor, y permaneció inmóvil, sin dar muestras de interés alguno, mientras el hombre blanco se le aproximaba. —López —dijo Brill, arrastrando las palabras—, no es que sea asunto mío, pero quería hacerte una pregunta, ¿cómo es que siempre das tanta vuelta alrededor de ese viejo montículo indio? —No sabe —gruñó lacónicamente López. —Eres un mentiroso —respondió jovialmente Brill—. Ya lo creo que sabe; hablas el inglés igual de bien que yo. ¿Qué pasa, crees que ese montículo está encantado o algo parecido? Brill podía hablar y leer castellano pero, como la mayoría de los anglosajones, prefería hablar en su propia lengua. López se encogió de hombros. —No es un buen lugar, no bueno —musitó, evitando mirar directamente a Brill a los ojos—. Hay que

dejar que las cosas escondidas descansen. —Apuesto a que estás asustado de los fantasmas — se burló Brill—. Cuernos, si eso es un montículo indio, los indios deben llevar tanto tiempo muertos que sus fantasmas se habrán gastado del todo. Brill sabía que los mexicanos analfabetos sentían una aversión supersticiosa hacia los montículos que podían hallarse esparcidos por todo el suroeste..., reliquias de una era perdida y olvidada, conteniendo los huesos polvorientos de los jefes y guerreros de una raza perdida. —Es mejor no molestar a lo que se esconde en la tierra —gruñó López—. ¡Tonterías! —repuso Brill—. Yo y unos cuantos más nos metimos en uno de esos montículos, en la comarca de Palo Pinto, y sacamos trozos de esqueletos con algunas cuentas y puntas de flecha de pedernal, y cosas parecidas. Conservé algunos dientes durante algún tiempo hasta que los perdí, y nunca me persiguieron los fantasmas por eso. —¿Indios? —resopló inesperadamente López—. ¿Quién ha hablado de indios? En esta tierra hubo otros que no eran indios. En los viejos tiempos aquí sucedieron cosas extrañas. He oído las historias de mi gente, transmitidas de generación en generación. Y mi gente ha estado aquí desde mucho antes que la suya, señor Brill. —Sí, tienes razón — admitió Steve—. Los primeros hombres blancos que llegaron a este país fueron españoles, por supuesto. He oído decir que Coronado pasó a no mucha distancia de aquí, y la expedición de Hernando de Estrada cruzó esta zona hace..., hace mucho tiempo..., no sé cuánto. —En mil quinientos cuarenta y cinco —dijo López—. Montaron su campamento aquí donde ahora se alza su corral. Brill se volvió para mirar el cercado de su corral, donde se alojaban una vaca macilenta, dos caballos de tiro y su montura. —¿Cómo es que sabes tanto de eso? — preguntó lleno de curiosidad. —Uno de mis antepasados estuvo con Estrada —contestó López—. Un soldado, Porfirio López, le habló a su hijo de esa expedición, y éste le habló a su hijo, y así fue pasando por el linaje familiar hasta llegar a mí, que carezco de hijo al que contarle la historia. —No sabía que fueras de tan buena cuna —dijo Brill—. Puede que sepas algo sobre el oro que se suponía que Estrada ocultó en algún lugar de por aquí. —No había oro —gruñó López—. Los soldados de Estrada no llevaban más que sus armas, y se abrieron paso combatiendo a través de una comarca hostil..., muchos dejaron sus huesos a lo largo del camino. Luego, muchos años después, una caravana de muías de Santa Fe fue atacada por los comanches a pocos kilómetros de aquí y esos escondieron su oro y escaparon; de modo que las leyendas acabaron por mezclarse. Pero ahora ni siquiera su oro está aquí, porque los cazadores de búfalos gringos lo encontraron y cavaron hasta dar con él. Bill asintió, abstraído, sin apenas escuchar. No hay otra parte en todo el continente norteamericano tan repleta de historias sobre tesoros perdidos o escondidos como el suroeste. Riquezas incontables atravesaron las llanuras y los montes de Texas y Nuevo México en los viejos tiempos, cuando España poseía las minas de oro y plata del Nuevo Mundo y controlaba el rico comercio de pieles del Oeste, y los ecos de esa riqueza perduran en las historias de tesoros ocultos. Un sueño huidizo, nacido del fracaso y la pobreza acuciante, tomó forma en la mente de Brill. — Bien —dijo, alzando la voz—, como de todos modos no tengo nada más que hacer, creo que excavaré ese viejo montículo y veré lo que puedo encontrar. El efecto de esa simple frase en López fue asombroso. Retrocedió y su rostro, tosco y atezado, cobró el color de la ceniza; sus ojos negros relampaguearon y alzó los brazos al cielo en un gesto de protesta. —¡Dios, no! — gritó—. ¡No haga eso, señor Brill! Hay una maldición..., mi abuelo me lo contó... —¿Qué es lo que te contó? —preguntó Brill. López se sumió en un hosco mutismo. —No puedo decirlo —murmuró—. He jurado guardar silencio. Sólo podría abrirle el corazón a mi primogénito. Pero créame cuando le digo que más le valdría cortarse el cuello antes que entrar en ese

montículo maldito. —Bien —dijo Brill, impacientándose ante las supersticiones mexicanas—, si es algo tan malo, ¿por qué no me lo cuentas? Dame una razón lógica para no entrar ahí. — ¡No puedo decirlo! —exclamó desesperadamente el mexicano—. ¡La conozco!..., pero he jurado guardar silencio sobre el Santo Crucifijo, como lo ha jurado cada hombre de mi familia. ¡Es algo tan espantoso que hasta el hablar de ello supone arriesgarse a la perdición! Si se lo contara, su alma quedaría destruida dentro de su cuerpo. Pero lo he jurado..., y no tengo hijos, de modo que mis labios están sellados para siempre. —Bueno —dijo Brill con sarcasmo—, ¿y por qué no lo escribes? López se quedó mirándole, sobresaltado y, para sorpresa de Steve, aceptó la sugerencia. —¡Lo haré! Alabado sea Dios por haber hecho que el buen sacerdote me enseñase a escribir de niño. Mi juramento no decía nada de escribir. Juré solamente no hablar. Se lo pondré todo por escrito, si jura que no hablará de ello después y que destruirá el papel tan pronto como lo haya leído. —Claro —dijo Brill, para seguirle la corriente, y el viejo mexicano pareció sentirse muy aliviado. —¡Bueno! Iré en seguida y lo escribiré. ¡Mañana, cuando vaya a trabajar, le traeré el papel y entonces entenderá por qué nadie debe abrir ese montículo maldito! Y López se fue a toda prisa por el sendero que llevaba hasta su casa, sus hombros encorvados balanceándose a causa del esfuerzo de su inusitada premura. Steve le vio marcharse, sonrió y, encogiéndose de hombros, se dirigió hacia su casa. Luego se detuvo, volviendo la mirada hacia el pequeño montículo redondeado con los costados cubiertos de hierba. Debía de ser una tumba india, pensó, dada su simetría y su parecido a los demás montículos indios que había visto. Frunció el ceño mientras intentaba imaginar la relación que podía haber entre el misterioso otero y el marcial antepasado de Juan López. Brill miró la distante figura del viejo mexicano. Un pequeño valle atravesado por un arroyo medio seco, bordeado por árboles y maleza, se extendía entre los pastos de Brill y la colina más allá de la cual se hallaba la vivienda de López. El mexicano estaba a punto de desaparecer entre los árboles de la orilla del arroyo, cuando Brill tomó una decisión repentina.

Subió a toda prisa la ladera y cogió un pico y una pala del cobertizo que había en la parte trasera de su casa. El sol no se había puesto aún y Brill creía poder excavar lo suficiente del montículo como para determinar su naturaleza antes de que oscureciese. De lo contrario, podía trabajar a la luz de una linterna. Steve, como la mayoría de los hombres de su clase, vivía básicamente según le dictaban sus impulsos y su afán actual era abrir ese montículo misterioso y ver lo que ocultaba, si es que ocultaba algo. La idea del tesoro volvió a su mente, estimulada por la actitud evasiva de López. ¿Y si, después de todo, ese saliente de hierba y tierra amarronada escondía riquezas..., metales preciosos de minas olvidadas, o monedas acuñadas en la vieja España? ¿Acaso no era posible que los mismos mosqueteros de Estrada hubiesen alzado ese túmulo por encima de un tesoro que no podían llevarse, dándole la forma de un montículo indio para engañar a los buscadores de tesoros? ¿Sabía eso el viejo López? No sería nada extraño que, aún conociendo que allí había un tesoro, el viejo mexicano se abstuviera de buscarlo. Dominado por lúgubres y supersticiosos temores, bien podía llevar una vida de labor estéril antes que arriesgarse a incurrir en la ira de los fantasmas o los diablos que estuviesen allí acechando..., pues los mexicanos dicen que el oro escondido está siempre maldito y, seguramente, alguna maldición especial debía de cernirse sobre el montículo. Bien, meditó Brill, los diablos de los latinos y los indios carecían de terrores con que asustar a un anglosajón atormentado por los demonios de la sequía, las tormentas y las malas cosechas. Steve empezó a trabajar con la energía salvaje típica de su raza. La tarea no era fácil; el suelo,

requemado ferozmente por el sol, era duro como el hierro y estaba lleno de rocas y guijarros. Brill sudaba abundantemente y gruñía a causa de sus esfuerzos, pero el fuego del cazador de tesoros le dominaba. Con brusquedad, se quitó el sudor de los ojos y clavó el pico con potentes golpes que desgarraban los terrones, convirtiéndolos en polvo. El sol se ocultó y él siguió trabajando bajo el largo y soñoliento crepúsculo veraniego, olvidando casi por completo el tiempo y el espacio. Al hallar rastros de carbón de leña en el suelo, empezó a convencerse de que el montículo era una auténtica tumba india. El antiguo pueblo que había erigido aquellos sepulcros había mantenido fuegos ardiendo sobre ellos durante días, en algún momento de la construcción. Todos los montículos que Steve había llegado a abrir contenían un grueso estrato de carbón de leña a escasa distancia de la superficie. Pero los rastros de carbón de leña que estaba encontrando ahora se hallaban esparcidos a través de todo el suelo. Aunque su idea de un escondrijo de tesoros españoles se desvaneció, continuó excavando. ¿Quién sabe? Quizás aquel pueblo extraño al que los hombres llamaban ahora los Constructores de Montículos tenía sus propios secretos y los guardaba junto a sus muertos. De pronto, el pico de Steve resonó sobre una superficie metálica y él lanzó un grito de júbilo. Cogió el trozo de metal y se lo acercó a los ojos, intentando distinguir mejor lo que era mientras la luz se iba debilitando. Estaba cubierto de una sólida capa de óxido que lo había desgastado hasta volverlo casi tan delgado como el papel, pero reconoció el objeto como lo que era: la rueda de una espuela, inconfundiblemente española, con sus puntas aguzadas y crueles. Y se detuvo, confundido por completo. No habían sido los españoles los constructores del montículo, mostraba indicios inconfundibles de ser obra de aborígenes. Y, con todo, ¿cómo había llegado aquella reliquia de los caballeros españoles a quedar tan profundamente escondida en el suelo? Brill meneó la cabeza y reemprendió el trabajo. Sabía que en el centro del montículo, si éste era en realidad una tumba aborígen, hallaría una pequeña cámara construida con piedras muy pesadas, conteniendo los huesos del jefe para quien había sido erigido el montículo y, por encima de él, las víctimas sacrificadas. Y, bajo la creciente oscuridad, sintió como su pico golpeaba ruidosamente sobre una superficie resistente, parecida al granito. El examen, realizado tanto mediante el tacto como con la vista, demostró que era un bloque sólido de piedra toscamente tallada. Formaba, indudablemente, una de las esquinas de la cámara mortuoria. Intentar abrirla era inútil. Brill fue escarbando a su alrededor, quitando la tierra y los guijarros de las esquinas, hasta notar que el sacarla de su sitio no iba a requerir sino deslizar bajo el bloque la punta del pico y levantarlo haciendo palanca. Mas, repentinamente, se dio cuenta de que la oscuridad era ya completa. La luna nueva recortaba tenuemente las cosas entre la penumbra. En el corral, desde donde llegaba el tranquilizador ruido de los cansados animales masticando el grano, su mustang relinchó. Desde las sombras oscuras del retorcido arroyuelo, un chotacabras lanzó su extraño graznido. Brill se estiró, poniéndose en pie a regañadientes. Sería mejor conseguir una linterna y proseguir sus exploraciones alumbrado por su luz. Rebuscó en su bolsillo, con la vaga idea de levantar la piedra y explorar la cavidad ayudado por cerillas. De pronto, todo su cuerpo se puso rígido. ¿Era su imaginación la que le hacía oír aquel leve y siniestro arrastrarse que parecía venir de más allá de la piedra que bloqueaba la entrada? ¡Serpientes! Indudablemente, en algún lugar alrededor de la base del montículo se hallaban sus cubiles y quizás una docena de víboras cola de diamante aguardaban, enroscadas en el interior de la caverna, a que él metiese la mano entre ellas. Se estremeció ligeramente ante esa idea y se apartó de la excavación que había realizado. No serviría de nada tantear a ciegas en esos cubiles. Y se dio

cuenta de que durante los últimos minutos había tenido una vaga conciencia de que un olor débil pero repulsivo exudaba de los intersticios de la piedra que cerraba la entrada..., aunque admitió que el olor no sugería la existencia de reptiles más de lo que podría hacerlo cualquier otro olor amenazador. Había en él algo que recordaba a la pestilencia de los mataderos..., los gases formados en la cámara mortuoria, sin duda, altamente peligrosos para los seres vivos. Steve dejó su pico en el suelo y volvió a la casa, impaciente ante aquel obligado retraso. Entró en la oscura vivienda, encendió una cerilla y encontró su linterna de queroseno colgada de un clavo en la pared. Agitándola, se aseguró de que estaba casi llena de aceite y la encendió. Luego volvió a marcharse, pues su impaciencia no le permitía detenerse para comer algo. Abrir el montículo le intrigaba, como debe sucederle siempre a un hombre imaginativo, y el descubrimiento de la espuela española había aguzado su curiosidad. Se apresuró a salir de casa, la linterna oscilante arrojando sombras largas y distorsionadas que le precedían y le seguían. Rió entre dientes al ver mentalmente las ideas y los actos de López cuando se enterase, por la mañana, de que el montículo prohibido había sido abierto. Brill pensó que sería bueno abrirlo esa misma noche; de haberse enterado, López podría incluso haber intentado impedirle que husmease en la tumba. Envuelto por el soñoliento murmullo de la noche veraniega, Brill llegó al montículo, alzó su linterna..., y profirió un asombrado juramento. La linterna revelaba su excavación, sus herramientas tiradas con descuido allí donde él las había dejado caer... ¡Y la negra boca de una abertura! La gran piedra que cerraba la entrada descansaba en el fondo de la excavación que él había hecho, como si la hubiesen arrojado despreocupadamente a un lado. Precavidamente, introdujo la linterna en el agujero y escudriñó con la mirada la pequeña cámara, semejante a una caverna, sin saber muy bien lo que esperaba ver. Nada hallaron sus ojos salvo los costados de una celda larga y estrecha, tallada en la desnuda piedra, lo bastante grande como para acoger el cuerpo de un hombre, que aparentemente había sido construida con bloques de piedra cuadrada, toscamente labrada, unidos de modo resistente y habilidoso. —¡López! —exclamó Steve con furia—. ¡Sucio coyote! Seguro que ha estado viendo cómo trabajaba..., y cuando fui a buscar la linterna, se acercó con sigilo y sacó la roca..., y apuesto a que cogió lo que había dentro, fuese lo que fuese. ¡Yo lo arreglaré, maldito sea su grasiento pellejo! Con brusco ademán apagó la linterna y miró ferozmente hacia el otro extremo del vallecito repleto de maleza. Y, al mirar, se puso rígido. En una ladera de la colina, al otro lado de la cual se alzaba la choza de López, se movía una sombra. El delgado creciente de la luna nueva se estaba ocultando y el juego de luz y sombras hacía difícil ver con claridad. Pero los ojos de Steve habían sido aguzados por el sol y los vientos de las tierras salvajes, y sabía que lo que ahora desaparecía por el otro extremo de la colina cubierta de mesquites era alguna criatura provista de dos piernas. —Llevándoselo a su choza —gruñó Brill—. Seguro que ha encontrado algo, de lo contrario no correría de ese modo. Brill tragó saliva, preguntándose la razón de que, de pronto, le hubiese dominado un temblor tan peculiar. ¿Acaso había algo extraño en un mexicanito ladrón corriendo hacia su casa con su botín? Brill trató de ahogar la sensación de que había algo peculiar en la zancada de esa tenue sombra, que le había parecido moverse con una especie de furtivo cojeo. La velocidad debía ser necesaria cuando el viejo y fornido Juan López había decidido viajar con un paso tan extraño. —Lo que haya encontrado es tan mío como suyo —se dijo Brill, intentando alejar de su mente el aspecto anormal que había en la huida de la figura—. He arrendado esta tierra y he hecho todo el trabajo de excavar. ¿Una maldición? ¡Y un cuerno! No me extraña que me contase todas esas tonterías. Quería que dejara el lugar en

paz para que pudiese cogerlo todo él. Es raro que no lo sacara hace mucho, pero nunca se sabe con esos mexicanitos. Brill, mientras meditaba de tal modo, bajaba a grandes zancadas por la suave ladera cubierta de pasto que conducía hasta el lecho del arroyo. Se mezcló entre las sombras de los árboles y los espesos matorrales y cruzó el seco cauce del arroyuelo, percibiendo ausentemente que ni el graznido de los chotacabras ni las llamadas de las lechuzas turbaban la oscuridad. Había un tenso sentimiento de espera en la noche que no le gustaba. Las sombras en el cauce del arroyo parecían demasiado espesas, como si contuviesen el aliento. Deseó por un momento no haber apagado la linterna, que seguía llevando, y se alegró de haber cogido el pico, que su mano derecha aferraba como si fuese un hacha. Sintió el impulso de silbar para romper el silencio y luego, con un juramento, rechazó la idea. Con todo, se alegró una vez hubo trepado a la pequeña elevación de la orilla opuesta y emergió a la claridad de las estrellas. . Ascendió la cuesta y luego la colina y, desde allí, bajó la vista hacia el llano cubierto de mesquites donde se alzaba la miserable choza de López. En una ventana ardía una luz solitaria. —Apuesto a que está recogiendo sus cosas para largarse corriendo —gruñó Steve—. Eh, qué... Se apartó tambaleándose, como si hubiese recibido un golpe físico, cuando un espantoso alarido desgarró la calma, como si se tratase de un cuchillo. Sintió el impulso de taparse los oídos con las manos para no escuchar el horror de aquel grito, que subió insoportablemente de tono hasta quebrarse en un aborrecible gorgoteo. —¡Santo Dios! —Steve notó que un sudor frío le cubría todo el cuerpo—. López... o alguien... Mientras pronunciaba en un susurro tales palabras, corría por la ladera con toda la rapidez que sus piernas eran capaces. Algún horror indecible estaba sucediendo en aquella choza solitaria, pero él iba a investigar de qué se trataba aunque ello le supusiese enfrentarse con el diablo en persona. Mientras corría, apretó con más fuerza el mango del pico. Vagabundos asesinando al viejo López para apoderarse de lo que él se había llevado del montículo, pensó Steve, y olvidó su ira. Las cosas se pondrían feas para quien estuviese molestando al viejo bribón, por muy ladrón que pudiese ser. Corriendo velozmente, llegó por fin a terreno llano. Y entonces la luz de la choza se extinguió y Steve, lanzado a la carrera, vaciló y tropezó con un mesquite con un golpe tal que le arrancó un gruñido, arañándose las manos con los espinos del tronco. Rebotando con una maldición entrecortada, se lanzó hacia la cabaña, preparándose para lo que podía presentarse ante sus ojos..., el vello erizado ante lo que ya había visto. Brill probó a abrir la única puerta de la cabaña, pero se dio cuenta de que tenía echado el cerrojo. Llamó a gritos a López y no recibió respuesta alguna. Sin embargo, desde el interior llegaba un extraño sonido ahogado, algo que parecía un sollozo, el cual cesó tan pronto como Brill, haciendo girar su pico, lo estrelló contra la puerta. La débil madera se astilló y Brill penetró de un salto en el interior de la choza en tinieblas, los ojos llameantes, blandiendo el pico para un ataque desesperado. Pero ningún sonido turbó el lúgubre silencio y nada se agitó en la oscuridad, pese a que la caótica imaginación de Brill poblaba los ensombrecidos rincones de la choza con formas horripilantes. Con una mano empapada de sudor, buscó a tientas un fósforo y lo prendió. Aparte de él mismo, la única persona que había en la choza era López..., el viejo López, muerto a todas luces, tendido sobre el suelo de tierra apisonada, los brazos abiertos como si le hubiesen clavado en una cruz, la boca fláccidamente abierta dándole el aspecto de un idiota, los ojos muy abiertos, llenos de un terror que a Brill le pareció intolerable. La única ventana que había en la choza estaba abierta, mostrando por dónde había huido el asesino y, posiblemente, por dónde había entrado. Brill se acercó a la ventana y lanzó una cautelosa mirada al exterior. No vio más que la ladera de la colina a un extremo y el llano cubierto de

mesquites al otro. De pronto, se sobresaltó... ¿Era un movimiento lo que le había parecido ver entre las retorcidas sombras de los mesquites y los chaparrales? ¿O, simplemente, había imaginado ver una figura que se agazapaba entre los árboles? El fósforo le quemó los dedos y él se giró en redondo. Encendió la vieja lámpara de aceite colocada sobre la tosca mesa, lanzando una maldición al quemarse la mano. El globo de la lámpara estaba muy caliente, como si hubiese estado encendida durante horas. De mala gana, se dirigió hacia el cadáver tendido en el suelo. Cualquiera que hubiese sido la causa de la muerte de López, había sido horrible; pero Brill, examinando aprensivamente el cuerpo sin vida, no halló herida alguna, ninguna marca de cuchillada o golpe. ¡Un momento! Había un leve rastro de sangre en la mano con la que Brill le había estado examinando. Buscando con más atención halló la fuente: tres o cuatro diminutas heridas en la garganta de López, de las que la sangre había rezumado lentamente. Primero creyó que se las habían infligido con un estilete (una daga muy delgada carente de filo), pero luego meneó la cabeza. Había visto heridas de estilete, llevaba la cicatriz de una en su propio cuerpo. Estas heridas se parecían más al mordisco de algún animal..., parecían las marcas de unos colmillos puntiagudos. Con todo, Brill no creyó que fuesen lo bastante hondas como para haber causado la muerte, y tampoco había fluido mucha sangre de ellas. Una idea abominable, junto con espantosas especulaciones, se alzó en los rincones más oscuros de su mente..., que López había muerto de miedo, y que las heridas le habían sido infligidas ya en el mismo instante de su muerte, ya un momento después. Y Steve notó algo más; esparcidas en el suelo había un montón de mugrientas hojas de papel, garabateadas por la mano insegura del viejo mexicano... Había dicho que iba a escribir sobre la maldición del montículo. Además de las hojas sobre las que había escrito y un trozo de lápiz en el suelo, también estaba el globo caliente de la lámpara, todos mudos testigos de que el viejo mexicano había permanecido sentado y escribiendo durante horas ante la mesa de madera toscamente tallada. Entonces, no era él quien había abierto la cámara del montículo y robado lo que contuviese... pero, ¡en el nombre de Dios!, ¿quién era? ¿Quién o qué era lo que Brill había visto fugazmente cojeando en la estribación de la colina? Bien, no quedaba sino una cosa por hacer..., ensillar su mustang y cabalgar los dieciséis kilómetros que había hasta Coyote Wells, la ciudad más cercana, e informar al sheriff del asesinato. Brill recogió los papeles. La última hoja estaba aún entre los dedos del viejo y Brill tuvo cierta dificultad en sacarla de allí. Luego, al volverse para apagar la luz, vaciló un momento y se maldijo por el miedo que seguía acechando en lo más hondo de su mente..., miedo a la sombría criatura que había visto a través de la ventana un instante antes de que la luz se apagase en la cabaña. El largo brazo del asesino, pensó, tendiéndose para apagar la lámpara, no cabía duda. ¿Qué había de anormal e inhumano en esa imagen, distorsionada como debía estarlo a causa de la tenue luz de la lámpara y las sombras? Al igual que un hombre lucha por recordar los detalles de una pesadilla, Steve intentó definir en su mente alguna razón clara que pudiese explicar el que ese huidizo vistazo le hubiese trastornado hasta el punto de haberse dado de bruces con un árbol, y el porqué el simple y vago recuerdo de esa imagen hacía que todo su cuerpo volviese a cubrirse de un sudor frío. Maldiciéndose a sí mismo para así conservar el valor, encendió su linterna y apagó de un soplido la que se hallaba sobre la tosca mesa y, lleno de decisión, emprendió el camino, aferrando su pico como si fuese un arma. Después de todo, ¿por qué ciertos aspectos aparentemente anormales de un crimen tan sórdido debían trastornarle así? Crímenes tales eran aborrecibles, cierto, pero también eran lo bastante corrientes,

especialmente entre los mexicanos, a los que les encantaban los pleitos familiares más increíbles.

Y entonces, cuando ya había penetrado en la silenciosa noche tachonada de estrellas, se detuvo en seco. Desde más allá del arroyuelo resonaba el repentino y estremecedor alarido de un caballo empavorecido..., y luego un enloquecido estruendo de cascos que se desvaneció en la lejanía. Y Brill lanzó una blasfemia llena de rabia y desánimo. ¿Acaso había un puma acechando en las colinas..., había sido un gato monstruoso el que había matado al viejo López? Entonces, ¿por qué la víctima no llevaba las marcas de las crueles y ganchudas garras? ¿Y quién había apagado la luz en la choza? Mientras se interrogaba de tal modo, Brill corría velozmente hacia el oscuro arroyo. No está en el alma del ganadero contemplar ocioso cómo su ganado se lanza a la estampida. Mientras se internaba en la oscuridad de los matorrales a lo largo del arroyo seco, Brill descubrió que tenía la lengua extrañamente reseca. Siguió, tragando saliva y manteniendo bien alta la linterna. No alumbraba demasiado en la oscuridad pero parecía acentuar la negrura de las sombras que se acumulaban a su alrededor. Por alguna extraña razón, en la caótica mente de Brill penetró la idea de que aunque aquel país fuese nuevo para los anglosajones, en realidad era muy viejo. Aquella tumba rota y profanada era la muda prueba de que la tierra era mucho más antigua que el hombre y, de pronto, la noche, las colinas y las sombras parecieron aplastar a Brill con un sentimiento de horrible antigüedad. Antes de que los ancestros de Brill hubiesen oído hablar de ella, largas generaciones de hombres habían vivido y muerto en aquella tierra. En la noche, entre las sombras de aquel mismo arroyo, los hombres, sin duda alguna, habían lanzado su último suspiro de mil maneras espantosas. Con tales reflexiones, Brill corrió a través de las espesas sombras de la arboleda. Lanzó un hondo suspiro de alivio cuando salió de entre los árboles a un lado de la colina. Ascendiendo apresuradamente la poca empinada ladera, sostuvo en alto su linterna, investigando. El corral estaba vacío; ni tan siquiera la apática res estaba a la vista. Y la empalizada había sido derribada. Eso indicaba algún agente humano, y todo el asunto cobró un nuevo y más siniestro aspecto. Alguien pretendía que Brill no cabalgase hasta Coyote Wells esa noche. Eso significaba que el asesino pretendía asegurar su huida y deseaba una buena ventaja sobre la ley, o sobre quien fuese... Brill sonrió. A lo lejos, entre los mesquites que cubrían el llano, creyó distinguir el débil y distante ruido de caballos al galope. ¡En el nombre de Dios! ¿Qué era lo que les había asustado de aquel modo? El gélido dedo del terror hizo estremecerse la columna vertebral de Brill. Steve se dirigió hacia la casa. No entró sin tomar precauciones. Se deslizó a una buena distancia de la vivienda, lanzando miradas estremecidas por las oscuras ventanas, buscando, con tal intensidad que los oídos acabaron doliéndole, el posible sonido que traicionase la presencia del asesino al acecho. Por fin, se arriesgó a abrir una puerta y entrar. De una patada, empujó la puerta contra la pared por si alguien se ocultaba detrás de ella, alzó bien la linterna y entró, el corazón galopante, aferrando ferozmente el pico, con los sentimientos convertidos en una mezcla de miedo y rabia. Pero ningún asesino oculto saltó sobre él, y una cuidadosa exploración de la vivienda no reveló nada. Con un suspiro de alivio, Brill cerró las puertas, aseguró las ventanas y encendió su vieja lámpara de aceite. La imagen del viejo López tendido, un solitario cadáver con los ojos vidriosos, en la choza más allá del arroyo, le hizo estremecerse levemente, pero no entraba en sus planes el dirigirse a pie, de noche, a la ciudad. Sacó de su escondite su viejo y seguro Colt del 45, hizo girar el cilindro de acero azulado y sonrió hoscamente. Quizás el asesino tenía la intención de no dejar con vida a ningún testigo de sus crímenes. ¡Pues bueno, que viniese! Él,

o ellos, se encontrarían a un joven vaquero con un seis tiros y descubrirían que no era una presa tan fácil como había sido el viejo y desarmado mexicano. Y eso le recordó a Brill los papeles que había traído consigo de la cabaña. Asegurándose de no estar en la dirección desde la que una bala repentina pudiese atravesar una ventana, se dispuso a leer, manteniendo una oreja al acecho de cualquier ruido por leve que fuese. Y a medida que iba descifrando aquella escritura tosca y laboriosa, un lento y frío horror crecía en su alma. Lo que el viejo mexicano había garabateado era una historia espantosa..., una historia que había pasado de generación a generación..., una historia que procedía de tiempos muy antiguos. Y Brill leyó sobre las andanzas del caballero Hernando de Estrada y sus hombres, provistos de picas y armaduras, que se aventuraron en los desiertos del sudoeste cuando todo era extraño e ignoto. En el principio, decía el manuscrito, había unos cuarenta soldados, amos y criados. Estaba el capitán, Estrada, y el sacerdote, y el joven Juan Zavilla, y don Santiago de Valdez (un noble misterioso que había sido rescatado de un navío a la deriva en el Mar Caribe)..., el resto de la tripulación y los pasajeros habían muerto a causa de una plaga, había dicho, y él había arrojado sus cuerpos por encima de la borda. Así pues, Estrada le había acogido a bordo del navío que había llevado a la expedición desde España, y Valdez se unió a sus exploraciones. Brill leyó algunas cosas acerca de sus andanzas, narradas en el tosco estilo del viejo López, del mismo modo que los antepasados del viejo mexicano habían ido transmitiendo la historia durante más de trescientos años. Las simples palabras eran un débil reflejo de las terroríficas penalidades que los exploradores habían ido encontrando: la aridez del país, la sed, las inundaciones, las tormentas de arena en el desierto, las lanzas de los pieles rojas hostiles. Pero el viejo López hablaba de otro peligro..., un horror al acecho que había caído sobre la solitaria caravana que vagaba por la inmensidad de las tierras desérticas. Hombre a hombre, fueron cayendo uno tras otro sin que nadie conociese al asesino. El miedo y la negra sospecha roían como un cáncer el ánimo de la expedición, y su líder no sabía qué actitud tomar. Todo lo que sabían era que entre ellos había un demonio con forma humana. Los hombres empezaron a apartarse los unos de los otros, manteniendo amplias distancias entre ellos durante la marcha, y esta sospecha mutua, que buscaba la seguridad en la soledad, le puso las cosas más fáciles al demonio. El esqueleto de la expedición siguió tambaleándose a través del solitario desierto, perdido, confuso e indefenso, y el horror invisible seguía rondando sus flancos, cebándose en los rezagados, saciándose en los centinelas a los que rendía un momento el sueño y en los hombres dormidos. Y en el cuello de cada uno había las heridas de unos colmillos aguzados que desangraban completamente a la víctima; así fue como los vivos supieron con qué clase de horror tenían que vérselas. Los hombres siguieron avanzando a trompicones a través del desierto, invocando a los santos, o blasfemando, llenos de terror, luchando frenéticamente contra el sueño, hasta que caían exhaustos y el sueño se les acercaba a hurtadillas con el horror y la muerte. La sospecha acabó centrándose en un negro enorme, un esclavo caníbal de Calaban Y lo encadenaron. Pero el joven Juan Zavilla siguió el destino de los demás, y luego le llegó el turno al sacerdote. Mas el clérigo luchó con su demoníaco asaltante y vivió lo bastante para susurrar en los oídos de Estrada el nombre del demonio. Y Brill, estremeciéndose, los ojos desorbitados, leyó: «...Y ahora se le hizo evidente a Estrada que el buen sacerdote había dicho la verdad, y el asesino era don Santiago de Valdez, quien era un vampiro, un demonio no muerto, que subsistía de la sangre de los vivos. Y Estrada se acordó de cierto noble maligno que había acechado en las montañas de Castilla desde los días de los moros, alimentándose con la sangre de víctimas indefensas que le otorgaban una horrenda

inmortalidad. Dicho noble había sido expulsado; nadie sabía adonde había huido pero era evidente que él y don Santiago eran el mismo hombre. Había huido de España en barco, y Estrada supo que la gente de ese barco no había muerto a causa de la plaga, tal y como había mentido el demonio, sino bajo los colmillos del vampiro. «Estrada, el negro y los pocos soldados que aún seguían con vida le buscaron y le encontraron, sumido en un sueño bestial entre los chaparrales y repleto con la sangre humana de su última víctima. Es bien sabido que los vampiros, como las grandes serpientes cuando están ahítas, caen en un sueño profundo y pueden ser eliminados sin peligro. Mas Estrada no tenía idea alguna de cómo disponer del monstruo, ya que ¿cómo se puede matar a los muertos? Pues en efecto un vampiro es un hombre que murió tiempo ha y que sin embargo rebulle con cierta espantosa no-vida. »Los hombres le suplicaron al caballero que clavase una estaca en el corazón del demonio y que le cortase la cabeza, pronunciando las santas palabras que convertirían el cuerpo, durante largo tiempo muerto, en polvo, pero el sacerdote estaba muerto y Estrada temió que mientras así actuaba el monstruo pudiese despertar. »Así pues, cogieron a don Santiago, alzándole con gran cuidado, y le llevaron hasta un viejo montículo indio cercano. Lo abrieron, sacando de él los huesos que allí encontraron, y colocaron al vampiro en su interior y sellaron el montículo..., ¡quiera Dios que hasta el Día del Juicio! »Este lugar se halla maldito, y ojalá me hubiese muerto de hambre en algún otro sitio antes que venir hasta aquí buscando trabajo..., pues yo sabía acerca de la tierra, el arroyo y el montículo, con su terrible secreto, desde que he sido niño; ya ve usted, señor Brill, la razón de que no deba abrir el montículo y despertar al demonio...» Aquí terminaba el manuscrito con un garabato del lápiz que había roto la hoja de arrugado papel. Brill se puso en pie, el corazón latiéndole al galope, el rostro lívido, la lengua pegada al paladar. Tragó saliva y, al fin, halló las palabras. —Por eso estaba la espuela en el montículo..., se le cayó a uno de los españoles mientras cavaba... Y bien podría haber sabido yo que había sido excavado con anterioridad, por el modo en que estaba esparcido el carbón de leña... Pero ¡santo Dios! Retrocedió horrorizado ante aquellas negras imágenes: un monstruo no muerto que se removía en las tinieblas de su tumba, empujando desde el interior para echar a un lado la piedra aflojada por el pico de la ignorancia..., una forma sombría que se arrastraba cojeante sobre la colina hacia la luz que delataba a una presa humana..., un brazo espantosamente largo que cruzaba una ventana iluminada tenuemente... —¡Esto es una locura! —jadeó—. ¡López estaba como una cabra! ¡Los vampiros no existen! Si es un vampiro, ¿por qué no me cogió primero a mí, en vez de a López..., a menos que estuviese registrando los alrededores, asegurándose de las cosas antes de atacar? ¡Bah, al infierno! Todo esto es un mal sueño, una... Las palabras se le helaron en la garganta. Un rostro le contemplaba desde la ventana, los rasgos contorsionados, sin emitir sonido alguno. Dos gélidos ojos le perforaron el alma. De la garganta le brotó un alarido y el espantoso rostro se desvaneció. Pero hasta el mismo aire estaba impregnado de la pestilencia que se había cernido sobre el viejo montículo. Y ahora era la puerta la que crujía..., combándose lentamente hacia el interior. Brill retrocedió hasta topar con la pared, la pistola temblándole en la mano. No se le ocurrió disparar a través de la puerta; en su cerebro, convertido en un caos, no había sino una idea: que sólo ese delgado panel de madera le separaba de algún horror nacido del útero de la noche, las tinieblas y el negro pasado. Los ojos se le abrieron como platos viendo cómo cedía la puerta, cómo rechinaban los hierros del cerrojo. La puerta estalló, hecha pedazos. Brill no gritó. Tenía la lengua como de hielo, pegada al paladar. Sus ojos vidriados por el miedo contemplaron la alta figura semejante a un buitre..., los gélidos ojos, las largas y negras

uñas de los dedos..., su harapiiento atavío, espantosamente antiguo..., las botas con sus largas espuelas..., el chambergo con su pluma a punto de convertirse en polvo..., la capa flotante que se hacía lentamente pedazos. La forma aborrecible surgida del pasado se agazapó, recortándose en el umbral oscuro, y el cerebro de Brill pareció vacilar. De la figura irradiaba un frío salvaje..., el olor de la arcilla encharcada y los despojos del osario. Y entonces el no muerto saltó sobre él como un buitres que se lanza en picado sobre su presa. Brill disparó a quemarropa y vio cómo un pedazo de tela de algodón saltaba del pecho de la Cosa. El vampiro se tambaleó bajo el impacto del pesado proyectil y luego, enderezándose, se lanzó hacia adelante a espantosa velocidad. Brill se apoyó en la pared con un grito ahogado, la pistola cayendo de su mano flácida. Entonces, las negras leyendas eran ciertas..., las armas humanas carecían de todo poder, pues ¿acaso puede un hombre matar a alguien que ya lleva muerto largos siglos, del modo en que mueren los mortales? Y entonces, las manos parecidas a garras que le rodeaban el cuello enloquecieron al joven vaquero. Al igual que sus antepasados pioneros lucharon mano a mano contra enemigos abrumadores, Steve Brill luchó con la fría y muerta criatura que se arrastraba buscando su vida y su alma. Brill jamás recordaría gran cosa de esa espantosa batalla. Fue un caos ciego en el que gritó como una bestia, desgarró, dio golpes y puñetazos, en el que uñas largas y negras como garras de pantera le hirieron, en tanto que dientes puntiagudos se cerraban una y otra vez buscando su cuello. Rodando y dando tumbos por la habitación, ambos medio envueltos por los mohosos pliegues de esa vieja capa medio podrida, se golpearon y se hirieron mutuamente entre los restos del mobiliario destrozado, y la furia del vampiro no era más terrible que la desesperación de su víctima enloquecida por el miedo. Se derrumbaron sobre la mesa, haciéndola caer de lado, y la lámpara de aceite se rajó en el suelo, rociando los muros con repentinas llamaradas. Brill sintió la mordedura del aceite ardiente que le salpicó, pero en el rojo furor de la pelea no le prestó atención. Las negras garras le desgarraban, los ojos inhumanos ardían gélidos clavándose en su alma; entre sus dedos frenéticos la carne marchita del monstruo era tan dura como la madera reseca. Y una ola tras otra de ciega locura dominó a Steve Brill. Gritó y golpeó como un hombre que lucha con una pesadilla, mientras que a su alrededor el fuego se hacía cada vez más alto, prendiendo en las paredes y el tejado. A través de los chorros candentes y las lenguas de fuego, rodaron y se tambalearon como un demonio y un mortal trabados en combate sobre las ígneas lanzas que cubren los suelos del infierno. Y entre el tumulto creciente de las llamas, Brill hizo acopio de todas sus fuerzas para una última y volcánica erupción de frenético esfuerzo. Logró separarse y, vacilante, se puso en pie, jadeante, ensangrentado, y se lanzó a ciegas sobre la forma repugnante y la atrapó con una presa que ni tan siquiera el vampiro pudo romper. Y haciendo girar en redondo a su demoníaco asaltante por encima de él, le estrelló contra el borde de la mesa caída al igual que un hombre podría romper un palo sobre su rodilla. Algo se quebró como si fuese una rama y el vampiro cayó, libre de la presa de Brill, para retorcerse sobre el suelo ardiente, su cuerpo convulso en una extraña y rota postura. Pero no estaba muerto, pues sus ojos llameantes seguían ardiendo, fijos en Brill con un hambre horrible y, con la columna rota, luchó por arrastrarse hasta Brill, como se arrastra una serpiente moribunda. Brill, jadeando, tambaleante, se quitó la sangre de los ojos y salió, a ciegas, cruzando la puerta destrozada. Y como un hombre cruza a la carrera las puertas del infierno, corrió tropezando a través de los mesquites y los chaparrales hasta caer, totalmente agotado. Mirando hacia atrás, vio las llamas de la casa

que ardía y le agradeció a Dios el que fuese a arder hasta que los huesos de don Santiago de Valdez hubiesen sido totalmente consumidos y borrados del conocimiento humano.

Canaan negro 1. LLAMADA DE CANAAN —¡Algo pasa en Arroyo Tularoosa! Un aviso capaz de hacer que un escalofrío recorriese la espalda de cualquiera que se hubiese criado en esa remota comarca perdida, llamada Canaan, que se halla entre Tularoosa y el Río Negro..., capaz de hacerle volver corriendo a esa región bordeada de pantanos desde cualquier lugar al que le hubiese llegado el aviso. Fue sólo un murmullo surgido de los labios marchitos de una vieja negra arrugada, que se desvaneció entre la multitud antes de que pudiese cogerla del brazo; pero fue suficiente. No era necesario buscar confirmación alguna; no había necesidad de inquirir por qué misteriosos medios, conocidos sólo de los negros, le había llegado el mensaje. No había necesidad de preguntar qué fuerzas oscuras se habían puesto en acción para hacer que aquellos labios le hiciesen tal revelación a un hombre del Río Negro. Era suficiente con que el aviso hubiese sido transmitido..., y entendido. ¿Entendido? ¿Cómo le era posible a cualquier hombre del Río Negro dejar de entender esa advertencia? No podía tener sino un solo significado: que los viejos odios hervían de nuevo en las profundas junglas de las tierras pantanosas, que las sombras oscuras se deslizaban a través de los cipreses y que la muerte estaba de nuevo dispuesta a salir y cobrar su presa desde la negra y misteriosa aldea que yace soñolienta en la costa festoneada de musgos de la taciturna Tularoosa. Apenas una hora después, Nueva Orleans iba quedando más y más atrás a cada vuelta de la ruidosa rueda de paletas del barco. Para cada hombre nacido en Canaan hay siempre un lazo invisible que le arrastra de vuelta, esté donde esté, cuando su tierra natal se encuentra amenazada por la sombra tenebrosa que, durante más de medio siglo, ha permanecido al acecho en sus cubiles de la jungla. Las embarcaciones más veloces que tenía a mi alcance me parecieron de una enloquecedora lentitud durante la carrera por el gran río, primero, y por la más estrecha y turbulenta corriente después. Ardía de impaciencia cuando desembarqué en el muelle de Sharpville, con los últimos diecisiete kilómetros de mi viaje aún por recorrer. Había pasado ya la medianoche, pero me apresuré hacia la cuadra donde, por obra de una tradición que tenía medio siglo de antigüedad, hay siempre un caballo Buckner, ya sea de día o de noche. Mientras un adormilado muchacho negro ajustaba las cinchas, me volví hacia el propietario del establo, Joe Lafely, que permanecía quieto, observándonos y bostezando, sosteniendo en alto una linterna. —¿Corren rumores de que hay problemas en Tularoosa? Palideció bajo la luz de la linterna. —No lo sé. He oído hablar de algo así. Pero los de Canaan siempre mantenéis la boca cerrada. Nadie de fuera sabe lo que ocurre ahí dentro... La noche engulló su linterna y su voz tartamudeante a medida que yo me dirigía hacia el oeste siguiendo el sendero. La roja luna se escondió entre los negros pinos.

A lo lejos, en los bosques, los búhos ululaban y, en algún lugar, un sabueso aullaba su vieja desazón hacia la noche. Crucé el arroyo de la Cabeza del Negro bajo la oscuridad que precede al amanecer, un trazo de resplandeciente negrura encuadrada por muros de sólidas sombras. Los cascos de mi caballo chapotearon en el agua poco profunda y resonaron sobre las

húmedas piedras, un ruido sorprendentemente fuerte en medio del silencio y la calma nocturnas. Más allá del arroyo de la Cabeza del Negro empezaba la comarca que los hombres llamaban Canaan. Penetrando en el mismo pantano, unos kilómetros al norte, que da a luz al Tularoosa, el Cabeza del Negro fluye luego hacia el sur para reunirse con el Río Negro a unos cuantos kilómetros al oeste de Sharpville, en tanto que el Tularoosa corre hacia el oeste para encontrarse con el mismo río un poco más arriba. El curso del Río Negro va del noroeste al sudeste; de modo que esas tres corrientes forman el gran triángulo irregular conocido como Canaan. En Canaan vivían los hijos y las hijas de los pioneros blancos de la frontera que colonizaron por primera vez la comarca, y los hijos y las hijas de sus esclavos. Joe Lafely estaba en lo cierto; éramos una estirpe aislada y de pocas palabras, nos bastábamos a nosotros mismos, estábamos orgullosos de nuestro aislamiento e independencia. Más allá de Cabeza del Negro los bosques se hacían más frondosos y el sendero se estrechaba, serpenteando a través de pinares sin dueño, rotos de vez en cuando por grupos de robles y cipreses. No había sonido alguno salvo el suave clop clop de los cascos sobre el polvo y el crujir de la silla de montar. Entonces, alguien rió roncamente entre las sombras. Me erguí en la silla y atisbo entre los árboles. La luna se había ocultado y el alba estaba aún por llegar, mas un débil resplandor temblaba entre los árboles y a su luz distinguí una borrosa figura bajo las ramas llenas de musgo. Mi mano buscó instintivamente la empuñadura de una de las pistolas de duelo que llevaba, y la acción desencadenó otra carcajada, ronca y musical, burlona pero seductora. Distinguí un rostro moreno, un par de ojos centelleantes, una blanca dentadura exhibida en una sonrisa insolente. —¿Quién diablos eres? —pregunté. —¿Qué haces cabalgando a estas horas, Kirby Buckner? Una sarcástica risa parecía burbujear en su voz. El acento era extraño y nada familiar; había en él un débil matiz negro, pero era tan rico y sensual como el curvilíneo cuerpo de su poseedora. En la lustrosa mata de su tenebrosa cabellera una gran flor blanca destellaba pálidamente en la oscuridad. —¿Qué estás haciendo aquí? —pregunté—. Estás a mucha distancia de cualquier cabaña de negros. Y no te conozco. —Llegué a Canaan después de que te marchases —respondió ella—. Mi cabaña está en el Tularoosa, pero me he perdido. Y mi pobre hermano se ha hecho daño en la pierna y no puede andar. —¿Dónde está tu hermano? —pregunté, inquieto. Su perfecto inglés me resultaba turbador, acostumbrado como estaba al dialecto de los negros.

—Lejos, en los bosques..., ¡muy lejos! —contestó, al tiempo que señalaba hacia las negras profundidades con un movimiento ondulante de su flexible cuerpo más que con un gesto de la mano, sonriendo atrevidamente al hacerlo. Sabía que no había ningún hermano herido, y ella sabía que yo lo sabía, y se reía de mí. Pero en mi interior se alzaba un extraño torbellino de emociones enfrentadas. Nunca antes le había prestado atención a ninguna negra o mulata. Pero esta muchacha cuarterona era distinta de todas las que había visto. Sus rasgos eran tan regulares como los de una mujer blanca, y no hablaba como una mujerzuela cualquiera. Y, con todo, tenía algo de bárbaro, tanto en la clara seducción de su sonrisa como en el brillo de sus ojos y la desvergonzada pose de su voluptuoso cuerpo. Cada gesto y cada uno de sus movimientos la apartaban del comportamiento normal de las mujeres; su belleza indómita no estaba sometida a ley alguna, estaba hecha más para enloquecer que para calmar, para hacer que un hombre se volviese ciego e inconsciente, para despertar en él todas las pasiones desenfrenadas que ha heredado de sus simiescos antepasados. A duras penas si puedo recordar cómo desmonté y até las riendas de mi caballo. La sangre me latía sofocantemente en los pómulos mientras la miraba, lleno de sospechas y fascinado al mismo tiempo. —¿Cómo

conoces mi nombre? ¿Quién eres? Con una provocativa carcajada me tomó la mano y me hizo penetrar más en las sombras. Fascinado por las luces que brillaban en sus oscuros ojos, apenas fui consciente de lo que hacía. —¿Quién no conoce a Kirby Buckner? —rió ella—. Toda la gente de Canaan, blanca o negra, habla de ti. ¡Ven! ¡Mi pobre hermano está ansioso por verte! —Y rió, maliciosa y triunfante. Ese descaro sin disimulo alguno fue el que me devolvió la cordura. Su cínica burla rompió el encanto casi hipnótico en el que había caído. Me paré en seco, apartándole la mano, gruñendo: —¿En qué juego del demonio andas metida, mujerzuela?

Instantáneamente, la sonriente sirena se convirtió en un gato de la jungla enloquecido por la sangre. En sus ojos ardieron llamas asesinas, sus rojos labios se contorsionaron en un rugido y ella retrocedió de un salto, lanzando un agudo alarido. El ruido de unos pies desnudos lanzados a la carrera respondió a su llamada. La primera y débil luz del amanecer penetró por entre las ramas, revelando a mis atacantes, tres flacos y gigantes negros. Vi destellar el blanco de sus ojos, el brillo de sus dentaduras, el reflejo del acero desnudo en sus manos. Mi primera bala le atravesó el cráneo al más alto de los tres, haciéndole caer muerto en plena carrera. Mi segunda pistola emitió un chasquido..., de algún modo, el percutor sólo había rozado el cartucho. La arrojé a un rostro negro y mientras éste caía, medio aturdido, desenvainé mi cuchillo bowie y me enfrenté al otro. Paré su golpe y mi respuesta le desgarró los músculos del vientre. Gritó como una pantera de los pantanos y trató salvajemente de aferrar la muñeca con que yo sostenía el cuchillo, pero le golpeé en la boca con el puño izquierdo y sentí sus labios partirse y sus dientes hacerse pedazos bajo el impacto mientras él retrocedía tambaleante, su cuchillo moviéndose a ciegas. Antes de que pudiese recobrar el equilibrio, ya me había lanzado sobre él y, con el cuchillo, le alcancé bajo las costillas. Lanzó un gemido y resbaló en un charco de su propia sangre, cayendo al suelo. Giré en redondo, buscando al otro. Estaba poniéndose en pie, la sangre corriéndole por la cara y el cuello. Mientras saltaba hacia él, lanzó un grito de pánico y se sumergió ruidosamente entre los matorrales. La muchacha había desaparecido.

1. Mestizos que sólo poseen una cuarta parte de sangre negra. (N. del T.)

2. EL FORASTERO EN TULAROOSA El curioso resplandor a cuya luz había visto por primera vez a la mucha-cha cuarterona se había esfumado. En mi confusión, lo había olvidado. Pero mientras me abría paso a tientas hacia el sendero, no malgasté el tiempo en vanas conjeturas sobre su origen. El misterio había llegado a los pinares y la luz fantasmagórica que planeaba sobre los árboles formaba parte de esa atmósfera. Mi caballo resoplaba y tiraba de las riendas, asustado por el olor de la sangre que impregnaba el pesado aire cargado de humedad. Unos cascos resonaron por el camino, un amasijo de figuras bajo la creciente claridad. Unas voces me interpellaron. —¿Quién va? ¡Avanza y di quién eres antes de que disparemos! —¡Calma, Esaú! —exclamé—. Soy yo..., ¡Kirby Buckner! —¡Truenos, Kirby Buckner! —dijo secamente Esaú McBride, bajando su pistola. Las figuras altas y enérgicas de los otros jinetes se alzaban detrás suyo—. Oímos un tiro —dijo McBride—. Estábamos pa-trullando los caminos alrededor de Grimesville como lo hemos estado haciendo cada noche desde hace ya una semana..., desde que mataron a Ridge Jackson.

—¿Quién mató a Ridge Jackson? —Los negros del pantano. Eso es todo lo que sabemos. Ridge salió de los bosques una madrugada y llamó a la puerta del capitán Sorley. El capitán dice que tenía el mismo color que las cenizas. A gritos, le dijo al capitán que le dejase entrar, por el amor de Dios, que tenía algo espantoso que contarle. Bien, el capitán se dispuso a abrir la puerta pero antes de que hubiese podido bajar las escaleras oyó un jaleo espantoso fuera,

entre los perros, y a un hombre gritando, al que reconoció como Ridge. Y cuando llegó a la puerta, no había nada salvo un perro muerto tendido en el patio con la cabeza aplastada, y todos los demás perros estaban como locos. Luego encontraron a Ridge entre los pinos, a unos centenares de metros de la casa. Por el modo en que el terreno había sido removido y la maleza arrancada, le habían arrastrado hasta allí cuatro o cinco hombres. Puede que se acabasen cansando de llevarle. Fuese como fuese, le dejaron la cabeza hecha puré y lo abandonaron allí. —¡Que me condenen! —musité—. Bien, hay un par de negros tendidos entre la maleza, quiero ver si tú les conoces, yo no. Un instante después nos hallábamos en el pequeño claro, perfectamente iluminado ya por la creciente claridad del amanecer. Una forma negra yacía retorcida sobre las revueltas agujas de pino, la cabeza en un charco de sangre y sesos. Había grandes manchas de sangre en el suelo y en los arbustos al otro extremo del pequeño claro, pero el negro herido había desaparecido. McBride hizo girar el despojo con la bota. —Uno de los negros que vinieron con Saúl Stark —murmuró—. ¿Quién diablos es ése? —inquirí. —El negro más extraño que ha venido aquí desde que tú bajaste la última vez por el río. Dice que viene de Carolina del Sur. Vive en esa vieja cabaña, en el Cuello..., ya sabes, la choza donde solían vivir los negros del coronel Reynolds. —Esaú, supón que me acompañas a caballo hasta Grimesville —dije—, y me cuentas todo sobre este asunto mientras viajamos. Los demás podríais explorar los alrededores y ver si podéis encontrar a un negro herido entre la maleza. No tuvieron objeción alguna a ello; los Buckner siempre han sido considerados de modo táctico como líderes en Canaan, y el ofrecer tales sugerencias me resultaba natural. Nadie le da órdenes a los blancos en Canaan. —Supuse que aparecerías pronto —dijo McBride mientras cabalgábamos por el cada vez más iluminado sendero—. Normalmente te las arreglas para estar al tanto de lo que sucede en Canaan. —¿Qué está sucediendo? —pregunté—. No estoy enterado de nada. Una vieja negra, en Nueva Orleans, me dijo algo acerca de que había problemas. Naturalmente, volví a casa lo más rápido que pude. Tres negros desconocidos me tienden una emboscada... —sentía una curiosa reluctancia a mencionar lo de la mujer—. Y ahora tú me dices que alguien ha matado a Ridge Jackson. ¿Qué significa todo esto? —Los negros del pantano mataron a Ridge para cerrarle la boca —proclamó McBride—. Ésa es la única explicación razonable. Debían pisarle los talones cuando llamó a la puerta del capitán Sorley. Ridge había trabajado la mayor parte de su vida para el capitán Sorley; le tenía mucho aprecio al viejo. En los pantanos se está cocinando algo diabólico, y Ridge quería advertir al capitán. Eso es lo que yo me imagino. —¿Advertirle acerca de qué? —No lo sabemos —confesó McBride—. Por eso todos tenemos los nervios de punta. Debe tratarse de una rebelión. Esa palabra era suficiente para helarle de miedo el corazón a cualquiera que viviese en Canaan. Los negros se habían rebelado en 1845, y el rojo terror de esa rebelión no había sido olvidado, ni las tres revueltas menores que la precedieron, cuando los esclavos se amotinaron esparciendo el incendio y la muerte desde Tularoosa hasta las orillas del Río Negro. El miedo a una rebelión negra acechaba eternamente en las profundidades de esa comarca remota y olvidada; hasta los mismos niños se empapaban de él en sus cunas.

—¿Qué te hace pensar que podría tratarse de una rebelión? —pregunté. —Para empezar, todos los negros han abandonado los campos. Tienen algo que hacer en Goshen. No he visto un negro en Grimesville en toda la semana. Los negros de la ciudad se han largado. En Canaan seguíamos distinguiendo a los negros de un modo que había nacido en los días anteriores a la guerra. «Negros de ciudad» son los descendientes de los criados domésticos de

los viejos tiempos, y la mayoría viven en o cerca de Grimesville. No hay muchos, comparados con la masa de los «negros de los pantanos», que viven en pequeñas granjas a lo largo de los arroyos y junto a los pantanos, o en la aldea negra de Goshen, junto al Tularoosa. Son los descendientes de los braceros de los viejos tiempos y, sin que les haya tocado la delgada capa de civilización que refino la naturaleza de los criados domésticos, siguen siendo tan primitivos como sus antepasados africanos.

—¿Adonde se han ido los negros de la ciudad? —pregunté. —Nadie lo sabe. Se desvanecieron hace una semana. Probablemente se esconden a lo largo del Río Negro. Si vencemos, volverán. Si no, se refugiarán en Sharpsville. Tal despreocupación me pareció un poco aterradora, como si la rebelión fuese ya una cosa segura. —Bueno, ¿qué has hecho? —pregunté. —No hay mucho que podamos hacer —confesó—. Los negros no han actuado abiertamente, aparte de matar a Ridge Jackson; y no podemos probar quién lo hizo, o el motivo. »Lo único que han hecho ha sido esfumarse. Pero eso es muy sospechoso. No podemos evitar el pensar que Saúl Stark está detrás de todo esto. —¿Quién es ese tipo? —pregunté. —Ya te he contado todo lo que sé. Obtuvo el permiso para instalarse en esa vieja cabaña abandonada del Cuello; un diablo negro y enorme que habla el inglés mucho mejor de lo que me gusta oírlo hablar a un negro. Pero parecía bastante respetuoso. Había con él tres o cuatro muchachotes de Carolina del Sur, y una mulata de la que no sabemos si es su hija, hermana, mujer o qué. Sólo ha estado una vez en Grimesville y, unas cuantas semanas después de que llegase a Canaan, los negros empezaron a portarse de un modo extraño. Algunos de los muchachos querían llegarse a caballo hasta Goshen y pegar unos cuantos tiros, pero eso es actuar a ciegas. Sabía que pensaba en una historia espantosa que nos habían contado nuestros abuelos sobre cómo una expedición punitiva de Grimesville había caído en una emboscada y sido degollada entre los densos bosques que ocultaban Goshe, convertida luego en un punto de cita para los esclavos fugitivos, mientras que otra banda con las manos ensangrentadas devastaba Grimesville, dejada indefensa por la temeraria incursión. —Coger a Saúl Stark podría tener ocupados a todos los hombres —dijo McBride—. Y no nos atrevemos a dejar desprotegida la ciudad. Pero pronto tendremos que hacerlo. Vaya, ¿qué es esto?

Habíamos salido de los árboles y estábamos entrando en la aldea de Grimesville, el centro comunitario de la población blanca de Canaan. No era una población ostentosa. Cabañas de troncos, limpias y encaladas, eran suficientes. Pequeñas viviendas rodeaban las grandes y anticuadas mansiones que cobijaban a la tosca aristocracia de aquella democracia perdida entre los bosques. Todas las familias de «plantadores» vivían «en la ciudad». «El campo» lo ocupaban sus aparceros y los pequeños granjeros independientes, tanto blancos como negros. Junto al lugar donde el sendero emergía serpenteando del espeso bosque se alzaba una pequeña cabaña de troncos. De ella salían voces, con acentos amenazadores, y luego emergió una figura alta y desgarrada, rifle en mano, que se quedó en el quicio de la puerta. —¡Hola, Esaú! —saludó el hombre—. ¡Por todos los santos, si ése es Kirby Buckner! Me alegro de verte, Kirby. —¿Qué pasa, Dick? —preguntó McBride. —Tengo a un negro ahí dentro, y estoy intentando hacerle hablar. Bill Reynolds le vio escurriéndose junto a la ciudad de día, y le pescó. —¿Quién es? —Tope Sorley. John Willoughsby se ha ido a buscar una víbora negra. Con un juramento en voz baja salté de mi caballo y entré en la cabaña, seguido de McBride. Media docena de hombres con botas y pistoleras se apiñaban rodeando a una figura patética que se encogía sobre un camastro viejo y roto. Tope Sorley (sus antepasados habían adoptado el nombre de la familia de sus propietarios, en los días de los esclavos) era un espectáculo

penoso en esos momentos. Tenía la piel cenicienta, los dientes le castañeteaban de modo espasmódico y sus ojos parecían intentar desaparecer en el interior de su cráneo. —¡Aquí está Kirby! —exclamó uno de los hombres cuando me abrí paso a través del grupo—. ¡Apuesto que él hará hablar a este idiota! —¡Ya viene John con la víbora negra! —gritó alguien, y un estremecimiento recorrió el cuerpo tembloroso de Tope Sorley.

Aparté la empuñadura del feo látigo que me habían puesto ansiosamente en la mano. —Tope —dije—, trabajaste en una de las granjas de mi padre durante años. ¿Acaso algún Buckner te ha tratado alguna vez de modo injusto? —No señor —fue la débil respuesta. —Entonces, ¿de qué tienes miedo? ¿Por qué no hablas? Algo está pasando en los pantanos. Tú lo sabes, y quiero que nos digas la razón de que los negros de ciudad se hayan marchado, de que hayan matado a Ridge Jackson y que los negros de los pantanos estén actuando tan misteriosamente. —¡Y qué diabluras está cocinando ese maldito Saúl Stark en Tularoosa! —gritó uno de los hombres. Tope pareció encogerse aún más ante la mención de Stark. —No me atrevo —se estremeció—. ¡M'echaría al pantano! —¿Quién? —pregunté—. ¿Stark? ¿Stark es un brujo? Tope hundió la cabeza entre sus manos y no contestó. Le puse la mano en el hombro.

—Tope —dije—, sabes que si hablas te protegeremos. Si no hablas, no te creas que Stark te tratará mucho peor de lo que lo harán estos hombres. Ahora, suéltalo, ¿qué está sucediendo? Alzó hacia mí unos ojos llenos de desesperación. —Tienen que dejar que me quede aquí —dijo tembloroso—. Y vigilarme, y darme dinero pa'largarme cuando s'aya acabado el problema. —Haremos todo eso —accedí al instante—. A partir de ahora te puedes quedar en esta cabaña hasta que estés listo para irte a Nueva Orleans o a donde quieras ir. Cedió, derrumbándose, y las palabras fueron cayendo de sus lívidos labios. —Saúl Stark es un brujo. Ha venido aquí porque esto se halla lejos de tó. Quiere matar a tos los blancos de Canaan... Del grupo se alzó un gruñido, como el que surge involuntariamente de la garganta de la jauría de lobos que husmea el peligro. —Quiere haserse rey de Canaan. 'Ta mañana me mandó a espiar, a ver si el señó Kirby había escapado. Mandó hombres para que le cogieran en el camino, po que sabe qu'el señó Kirby volvía a Canaan. Los negros llevan semanas hasiendo vudú en Tularoosa. Ridge Jackson se lo iba a decir al capitán Sorley; así que los negros de Stark le siguieron y le mataron. Eso puso loco a Stark. No quería matar a Ridge; lo quería poner en el pantano con Tunk Bixby y los otros. —¿De qué estás hablando? —pregunté. Lejos, en los bosques, se alzó un extraño y agudo griterío, como el de un pájaro. Mas no había pájaro alguno en Canaan que hubiese gritado así antes. Tope lanzó un grito como de respuesta, y se encogió tembloroso. Se hundió en el catre, realmente paralizado de miedo. —¡Eso es una señal! —dije yo con brusquedad—. Algunos de vosotros, salid a mirar. Media docena de hombres se apresuraron a seguir mi sugerencia y yo volví a la tarea de hacer que Tope continuase con sus revelaciones. Era inútil. Algún temor horripilante le había sellado los labios. Yacía temblando como un animal herido, y ni siquiera pareció oír mis preguntas.

Nadie sugirió el uso de la víbora negra. Cualquiera podía ver que el negro estaba paralizado por el terror. Finalmente, los que habían salido a investigar volvieron con las manos vacías. No habían visto a nadie y la espesa alfombra de agujas de pino no mostraba huella alguna. Los hombres me contemplaron expectantes. Como hijo del coronel Buckner, el liderazgo era algo que se esperaba de mí. —¿Qué hacemos, Kirby? —preguntó McBride—. Breckinridge y los otros acaban de llegar. No pudieron encontrar el negro al que heriste. —Había otro negro al que golpeé con una pistola —dije—. Puede que volviera y le ayudase. —Seguía sin poderme decidir a hablar de la muchacha mulata—. Dejad a Tope solo, puede que se le pase

el susto dentro de un rato. Mejor que haya un guardia todo el tiempo en la cabaña. Los negros del pantano podrían intentar hacerle lo mismo que a Ridge Jackson. Será mejor que hagas explorar los senderos alrededor del pueblo, Esaú; puede que haya algunos de ellos escondiéndose en los bosques. —Lo haré. Supongo que ahora querrás ir a casa y ver a los tuyos. —Sí. Y quiero cambiar estos juguetes por un par de cuarenta y cuatros. Entonces saldré a caballo y les diré a los del campo que vengan a Grimesville. Si esto va a ser una rebelión, no sabemos cuándo empezará. —¡No irás solo! —protestó McBride. —No me pasará nada —respondí con impaciencia—. Puede que al final todo esto no sea nada, pero es mejor actuar como si lo fuera. Por eso voy a visitar a la gente del campo. No, no quiero que nadie vaya conmigo. Si los negros enloquecen lo bastante como para atacar el pueblo, vais a necesitar a cada uno de los hombres que hay. Pero si puedo acercarme a algunos negros del pantano y hablar con ellos, creo que no habrá ningún ataque. —No lograrás verles ni el pelo —predijo McBride.

3. SOMBRAS SOBRE CANAAN El mediodía no había llegado aún cuando salí al galope del pueblo, en dirección oeste, siguiendo el viejo camino. Los frondosos bosques me engulleron rápidamente. Densas murallas de pinos desfilaban conmigo a cada lado, abriendo ocasionalmente paso a campos circundados con frágiles alambradas, con las cabañas de troncos de los aparceros o los propietarios no muy lejos, y con sus habituales camadas de criaturas de rubia cabeza y flacos sabuesos. Algunas de las cabañas estaban vacías. Los ocupantes, si eran blancos, se habían marchado ya a Grimesville; si eran negros se habían ido a los pantanos, o habían huido hacia el oculto refugio de los negros de la ciudad, según cual fuese su partido. En cualquier caso, el abandono de sus viviendas estaba lleno de siniestras sugerencias. Un tenso silencio pendía sobre los pinares, roto sólo por la llamada ocasional de un labrador, más parecida a un gemido que a otra cosa. Mi avance no era muy rápido, pues de vez en cuando abandonaba la ruta principal para avisar a alguna cabaña solitaria medio escondida junto a la orilla de uno de los abundantes riachuelos cubiertos de espesura. La mayoría de esas granjas se hallaban al sur del camino; las haciendas de los blancos no se extendían demasiado hacia el norte, pues en esa dirección se hallaba el arroyo Tularoosa con sus ciénagas cubiertas de jungla que tendían hacia el sur isletas semejantes a dedos. El aviso era breve; no había necesidad de discutir o dar muchas explicaciones. Desde la silla de montar, exclamaba: «Id a la ciudad; en Tularoosa se preparan problemas.» Los rostros palidecían y la gente abandonaba lo que estuviese haciendo: los hombres para tomar sus armas y arrancar a las muías del arado, enganchándolas a las carretas; las mujeres para envolver en fardos las pertenencias más necesarias y hacer que los niños dejasen sus juegos. Mientras cabalgaba oí sonar en los arroyos la llamada de los cuernos, diciendo a los hombres que volviesen de los campos lejanos..., sonando como no habían sonado en toda una generación, una advertencia y un desafío que yo sabía llegaba a los oídos de quienes pudiesen estar a la escucha en las riberas de las ciénagas. Detrás mío la comarca se iba vaciando, fluyendo en corrientes delgadas pero constantes hacia Grimesville. El sol colgaba ya entre las ramas superiores de los pinos cuando llegué a la cabaña de los Richardson, la cabaña «blanca» situada más al occidente de toda Canaan. Más allá se encontraba el Cuello, el ángulo formado por la unión del Tularoosa con el Río Negro, una extensión semejante a la jungla ocupada solamente por dispersas chozas de negros. La señora Richardson me llamó, llena de

ansiedad, desde el porche de la cabaña. —¡Vaya, señor Kirby, me alegro de verle otra vez por Canaan! Llevamos toda la tarde oyendo los cuernos, señor Kirby. ¿Qué significan? No..., no será... —Será mejor que usted y Joe reúnan a los niños y vayan prestos a Grimesville —contesté—. Aún no ha pasado nada y puede que nada pase, pero es mejor asegurarse. Todo el mundo se va.

—¡Nos iremos ahora mismo! —dijo ella, con un jadeo, palideciendo en tanto que se quitaba el delantal—. Buen Dios, señor Kirby, ¿cree que nos cortarán el paso antes de que podamos llegar a la ciudad? Sacudí la cabeza. —Si atacan, lo harán de noche. Sencillamente, estamos tomando precauciones. Probablemente, no pasará nada. —Apuesto a que se equivoca —profetizó ella, moviéndose de aquí para allá con desesperada impaciencia—. Hace ya una semana que oigo tocar un tambor que viene de la cabaña de Saúl Stark. Los tambores sonaron también en la Gran Rebelión. Mi papá me lo contó un montón de veces. Los negros despellejaron vivos a su hermano. Los cuernos sonaban por los arroyos, y los tambores sonaban más alto de lo que podían sonar los cuernos. Nos acompañará usted, ¿verdad, señor Kirby? —No; voy a explorar el camino un poco más. —No vaya demasiado lejos, puede que se tropiece con el viejo Saúl Stark y sus diablos. ¡Dios!

¿Dónde está ese hombre? ¡Joe! ¡Joe! Mientras me alejaba al galope por el sendero, su aguda voz me siguió, agudizada cada vez más por el miedo. Más allá de la granja de los Richardson los pinos cedían el paso a los robles. La maleza se hacía más escasa. Un olor a vegetación podrida impregnaba la ocasional brisa. De vez en cuando divisaba una choza de negros, medio escondida por los árboles, pero siempre estaba silenciosa y abandonada. Cabañas de negros vacías significaban solamente una cosa: los negros se estaban reuniendo en Goshen, algunos kilómetros al este del Tularoosa; y, del mismo modo, esa reunión sólo podía tener un significado. Mi meta era la choza de Saúl Stark. Había adoptado esa decisión, cuando escuché el incoherente relato de Tope Sorley. No podía haber duda de que la figura dominante en esta telaraña de misterios era la de Saúl Stark. Con él pretendía tratar. Que pudiera estar arriesgando mi vida era algo que todo hombre debe aceptar cuando asume la responsabilidad del liderazgo.

sol penetraba con sus rayos oblicuos por las ramas inferiores de los cipreses cuando llegué hasta ella: una cabaña de troncos con el telón de fondo de una lúgubre jungla tropical. Unos pasos más allá empezaba el pantano inhabitable en el que el Tularoosa vaciaba su oscura corriente en el Río Negro. Un pestilente olor a corrupción se cernía en la atmósfera; el musgo gris colgaba como barbas de los árboles y las lianas venenosas se retorcían en fétidos amasijos. —¡Stark! —dije—. ¡Saúl Stark! ¡Sal! No hubo respuesta. Un silencio primigenio colgaba sobre el pequeño claro. Desmonté, até mi caballo y me aproximé hasta la tosca y resistente puerta. Quizás esta cabaña ocultaba la clave del misterio de Saúl Stark; al menos, contenía indudablemente los utensilios y la parafernalia de su ruidoso arte. De pronto, la débil brisa cesó por completo. El silencio se hizo tan profundo que era casi como un golpe físico. Hice una pausa, sobresaltado; era como si algún instinto interno me hubiese gritado una urgente advertencia. Mientras permanecía inmóvil, cada fibra de mi ser se estremecía en respuesta a ese aviso subconsciente; algún oscuro y recóndito instinto percibía el peligro, al igual que un hombre percibe la presencia de una serpiente de cascabel en la oscuridad, o a la pantera de los pantanos que se agazapa entre los arbustos. Saqué una pistola, barriendo los árboles y la maleza, mas no vi sombra alguna ni movimiento que traicionase la emboscada que temía. Pero mi instinto no se equivocaba; lo que notaba no me acechaba entre los

bosques; estaba dentro de la cabaña..., esperando. Intentando librarme de esa sensación, e irritado por un vago recuerdo medio formado que seguía cosquilleándome en lo más hondo de la mente, avancé de nuevo. Y de nuevo me detuve en seco, con un pie sobre el pequeño escalón, y una mano medio adelantada para abrir la puerta. Un estremecimiento me recorrió el cuerpo, una sensación como la que sacude al hombre al que el destello de un rayo le ha revelado el negro abismo en el que otro paso dado a ciegas le habría precipitado. Por primera vez en mi vida supe lo que significaba el miedo; supe qué negro horror acechaba en esa lúgubre cabaña bajo los cipreses de los que colgaba el musgo..., un horror contra el que cada instinto primitivo de los que formaban mi herencia lanzaba gritos de pánico. Y ese insistente recuerdo medio formado despertó de pronto. Era el recuerdo de una historia acerca de cómo los hombres del vudú dejan protegidas sus chozas durante su ausencia por un poderoso espíritu ju-ju para que le cause la locura y la muerte al intruso. Los hombres blancos dicen que tales muertes son fruto del miedo supersticioso y la sugestión hipnótica. Pero en ese instante comprendí la sensación que me invadía de un peligro al acecho; entendí el horror que alentaba como una niebla invisible procedente de esa choza maldita. Percibía la realidad del ju-ju, de la cual las grotescas imágenes de madera que los hombres del vudú colocan en sus chozas son meramente un símbolo. Saúl Stark se había ido; mas había dejado una Presencia para que guardase su choza. Retrocedí, el sudor perlándome el dorso de las manos. Ni por una bolsa llena de oro habría echado una mirada a través de esas ventanas atrancadas o habría tocado esa puerta a la que no le habían echado el cerrojo. La pistola colgaba de mi mano, inútil, bien lo sabía yo, contra la Cosa que había en esa cabaña. No podía saber lo que era, pero sabía que era alguna bestial entidad sin alma sacada de los negros pantanos mediante los encantos del vudú. El hombre y los animales de la naturaleza no son los únicos seres conscientes que moran en el planeta. Hay Cosas invisibles..., negros espíritus de los profundos pantanos y el fango de los lechos fluviales... Los negros los conocen... Mi caballo temblaba como una hoja y se me apretó como buscando la seguridad a través del contacto físico. Monté y le azucé con las riendas, combatiendo el aterrorizado impulso de picar espuelas y lanzarme locamente por el sendero. Lancé un involuntario suspiro de alivio cuando el sombrío claro quedó detrás de mí y se perdió de vista. No se me ocurrió calificarme de loco y estúpido apenas me hallé a distancia de la cabaña. Demasiado vivida tenía la experiencia en mi mente. No era la cobardía lo que me había hecho huir de aquella choza vacía; era el instinto natural de la autoconservación, el mismo que le impide a una ardilla entrar en el cubil de una serpiente cascabel. Mi caballo resopló y se encabritó violentamente. Antes de saber lo que me había causado tal sobresalto, ya tenía en la mano la pistola. Nuevamente, una risa musical y profunda se burló de mí. Se apoyaba contra un tronco retorcido, las manos cruzadas detrás de su esbelta cabeza, haciendo resaltar insolentemente su sensual figura. La luz diurna no disminuía su bárbara fascinación; si acaso, el brillo del sol poniente la enaltecía. —¿Por qué no entraste en la cabaña ju-ju, Kirby Buckner? —se mofó ella, bajando los brazos y apartándose con insolencia del árbol. Estaba vestida como nunca había visto vestirse a una mujer del pantano, o a cualquier otra mujer. En los pies llevaba sandalias de piel de serpiente, decoradas con diminutas conchas nunca vistas en este continente. Una corta falda de seda de un escarlata llameante moldeaba sus rotundas caderas, y un ancho cinturón de cuentas la sujetaba. Al moverse hacía entrechocar bárbaros brazaletes y tobilleras, pesados adornos de oro toscamente labrado a mano que eran tan africanos como su complicado peinado. No llevaba nada más y sobre su seno, entre la curva de sus pechos, distinguí las líneas borrosas de

los tatuajes sobre su piel morena. Se plantó ante mí, sonriente, no atrayéndome sino burlándose de mí. Una victoriosa malicia ardía en sus oscuros ojos; sus rojos labios se curvaban con una cruel alegría. Al mirarla hallé que era fácil creer las historias que había oído sobre torturas y mutilaciones infligidas por las mujeres de razas salvajes sobre enemigos heridos. Me resultaba totalmente extraña, incluso en este entorno primitivo; necesitaba un telón de fondo aún más hosco y bestial, el telón de fondo de la jungla humeante, los pestilentes y negros pantanos, los fuegos feroces y los banquetes de los caníbales, y los sangrientos altares de los dioses de los abismos tribales.

—¡Kirby Buckner! —Parecía acariciar las sílabas con su roja lengua, pero hasta la misma entonación era un insulto obsceno—. ¿Por qué no entraste en la cabaña de Saúl Stark? ¿No estaba cerrada! ¿Temías acaso lo que en ella pudiese haber? ¿Acaso tenías miedo de salir de ella con el cabello blanco como el de un anciano, y los labios babeantes de un imbécil? —¿Qué hay en esa choza? —pregunté. Ella rió y chasqueó los dedos con un gesto peculiar. —Uno de los que salen como la negra niebla rezuma de la noche cuando Saúl Stark golpea el tambor ju-ju y, aullando, pronuncia la negra invocación a los dioses que se arrastran sobre sus vientres en el pantano. —¿Qué hace ahí? Los negros estaban tranquilos hasta que llegó. Sus rojos labios se curvaron desdeñosos. —¿Esos perros negros? Son sus esclavos. Si le desobedecen, les mata, o les mete en el pantano. Durante largo tiempo hemos buscado un lugar para dar principio a nuestro gobierno. Hemos escogido Canaan. Los blancos debéis marcharos. Y, dado que sabemos que a los blancos nunca se les echa de su tierra, tenemos que mataros a todos. Me tocó el turno de lanzar una hosca carcajada. —Ya lo intentaron, en el cuarenta y cinco. —Entonces no tenían a Saúl Stark para guiarles —respondió ella. —Bien, ¿supongamos que vencen? ¿Crees que ese sería el final? Vendrían otros blancos a Canaan y los matarían a todos. —Tendrían que cruzar el agua —respondió ella—. Podemos defender los ríos y los arroyos. Saúl Stark tendrá muchos servidores en los pantanos para hacer lo que él les pida. Será el rey de la Canaan negra. Nadie podrá cruzar las aguas para marchar en su contra. Gobernará a su tribu, al igual que sus padres gobernaron las suyas en la Vieja Tierra. —¡Loco como una cabra! —musité. Luego, la curiosidad me impulsó a preguntar—: ¿Quién diablos es ese tonto? ¿Qué relación tienes con él? —Es el hijo de un cazador de brujas del Congo, y el mayor sacerdote vudú que ha salido de la Vieja Tierra —respondió ella, riéndose nuevamente de mí—. ¿Yo? Ya aprenderás quién soy yo, esta noche, en el pantano, en la Casa de Damballah. —¿Sí? —gruñí yo—. ¿Qué va a impedirme que te lleve conmigo a Grimesville? Sabes la respuesta de algunas preguntas que me gustaría hacerte. Su risa era como la herida de un látigo de terciopelo. —¿Tú, llevarme a la aldea de los blancos? Ni la muerte ni el infierno podrían apartarme esta noche de la Danza de la Calavera, en la Casa de Damballah. Ya eres mi prisionero. —Lanzó una risa despectiva cuando yo me sobresalté y escruté con la mirada las sombras que me rodeaban—. Nadie se esconde ahí. Estoy sola, y tú eres el hombre más fuerte de toda Canaan. Hasta Saúl Stark te tiene miedo, pues me envió con tres hombres para que te matase antes de que pudieses llegar al pueblo. Y, con todo, eres mi prisionero. No he de hacer sino esto —curvó con desprecio un dedo—, y me seguirás hacia las hogueras de Damballah y los cuchillos de los torturadores. Me reí de ella, pero mi risa sonaba falsa. No podía negar el increíble magnetismo de la morena hechicera; me fascinaba y me empujaba, atrayéndome hacia ella, minando mi fuerza de voluntad. No podía dejar de reconocerlo, al igual que no había podido dejar de reconocer el peligro en la choza ju-ju. Mi inquietud le resultaba muy clara, pues en sus ojos destelló una mirada de blasfemo triunfo. —

Los negros son todos estúpidos, menos Saúl Stark —rió ella—. Los blancos son estúpidos también. Soy hija de un hombre blanco que vivió en la choza de un rey negro y tomó por compañera a una de sus hijas. Conozco la fuerza de los blancos, y sus debilidades. La noche anterior, cuando te encontré en los bosques, fracasé, ¡pero ahora no puedo fracasar! —Un triunfo salvaje latía en su voz—. Te he atado a mí por la sangre que hay en tus venas. El cuchillo del hombre que mataste te arañó la mano... ¡Siete gotas de sangre que cayeron sobre las agujas de pino me han entregado tu alma! Tomé esa sangre, y Saúl Stark me entregó al hombre que se escapó. Saúl Stark odia a los cobardes. Con su corazón aún caliente y tembloroso, Kirby Buckner, y siete gotas de tu sangre, en lo más hondo de los pantanos he creado una magia que nadie, excepto la Novia de Damballah, puede hacer. ¡Ya sientes su impulso! ¡Oh, eres fuerte! El hombre con el que luchaste a cuchillo murió una hora después. Pero no puedes luchar conmigo. Tu sangre hace de ti mi esclavo. Te he puesto bajo un conjuro. ¡Por todos los cielos, no eran simples locuras lo que decía! Hipnotismo, magia, llámalo como queráis, sentía su ataque en mi cerebro y mi voluntad..., un ciego e insensato impulso que parecía precipitarme contra mis deseos hasta el borde de algún abismo innombrable. —¡He fabricado un conjuro al que no te puedes resistir! —gritó—. ¡Cuando te llame, vendrás! Me seguirás hasta lo más hondo de los pantanos. Verás la Danza de la Calavera y cuando contemples el destino de un pobre idiota que intentó traicionar a Saúl Stark..., que soñó poder resistir la Llamada de Damballah cuando ésta llegó. Esta noche irá al pantano, con Tunk Bixby y los otros cuatro estúpidos que se opusieron a Saúl Stark. Verás todo eso. Entonces sabrás y entenderás tu propio destino. Y también tú irás entonces al pantano, ¡a una oscuridad y un silencio tan profundos como la oscuridad de la noche de África! Pero antes de que la oscuridad te trague, habrá cuchillos aguzados y pequeñas hogueras... ¡Oh, gritarás pidiendo la muerte, incluso la muerte que está más allá de la muerte! Con un grito ahogado desenfundé de golpe una pistola y apunté de lleno a su seno. Estaba amartillada y mi dedo se hallaba en el gatillo. A esa distancia no podía fallar. Pero ella clavó la vista en el negro cañón y se rió..., se rió..., se rió, con salvajes estallidos que me helaron la sangre en las venas. ¡Y allí me quedé, como una estatua, apuntando con una pistola que era incapaz de disparar! Una temible parálisis se había apoderado de mí. Sabía, con gélida certeza, que mi vida dependía de que apretase ese gatillo, pero no podía curvar el dedo... No, aunque cada uno de los músculos de mi cuerpo se estremeciese con el esfuerzo y pegajosas cuentas de sudor me perlasen el rostro. Entonces, dejó de reír y permaneció inmóvil, mirándome de un modo indescriptiblemente siniestro. —No puedes dispararme, Kirby Buckner —dijo con calma—. He esclavizado tu alma. No puedes entender mi poder, pero se ha apoderado de ti. Tal es el Encanto de la Novia de Damballah..., la sangre que he mezclado con las aguas místicas de África, arrastrando a la sangre de tus venas. Esta noche acudirás a mí, en la Casa de Damballah. —¡Mientes! —Mi voz era un crujido antinatural que surgía de unos labios resecos—. Tú, diablesa, me has hipnotizado para que no pueda apretar este gatillo. Pero no puedes arrastrarme a través de los pantanos hacia ti. —Eres tú quien miente —me replicó ella tranquilamente—. Sabes que mientes. Cabalga de regreso a Grimesville o adonde quieras, Kirby Buckner. Pero cuando se ponga el sol y las negras sombras salgan arrastrándose de los pantanos, me verás, haciéndote señas, y me seguirás. Largo tiempo he planeado tu perdición, Kirby Buckner, desde la primera vez que oí a los blancos de Canaan hablar de ti. Fui yo quien mandó, a través del río, la orden que te trajo de regreso a Canaan. Ni siquiera Saúl Stark sabe los planes que tengo para ti. »Al amanecer, Grimesville arderá en

llamas, y las cabezas de los blancos serán arrojadas a sus calles repletas de sangre. Mas ésta es la Noche de Damballah, y los dioses negros verán cómo se les da el sacrificio de un blanco. Escondido entre los árboles, presenciarás la Danza de la Calavera..., y, luego, yo te llamaré... ¡Para que avances y mueras! Y ahora, ¡vete, estúpido! Corre tan lejos y tan deprisa como quieras. Cuando llegue el crepúsculo, estés donde estés, ¡tus pasos se volverán hacia la Casa de Damballah! Y, con el salto de una pantera, ella desapareció entre los espesos matorrales y, al esfumarse, la extraña parálisis me abandonó. Con un juramento entrecortado me lancé ciegamente tras de ella, pero lo único que llegó hasta mí fue el eco fugitivo de una risa burlona.

Luego, lleno de pánico, desaté mi caballo y, picando espuelas, me lancé por el sendero. La razón y la lógica se habían desvanecido momentáneamente de mi cerebro, dejándome presa de un miedo ciego y primitivo. Me había enfrentado a una brujería que estaba más allá de mi poder resistirla. Había sentido mi voluntad dominada por el magnetismo de los ojos de una mulata. Y ahora, sólo un impulso me dominaba..., un salvaje deseo de cubrir tanta distancia como me fuese posible antes de que el sol, ya bajo, se hundiese más allá del horizonte y las negras sombras llegaran reptando desde los pantanos. Y, con todo, sabía que no podía escapar al espantoso espectro que me amenazaba. Era como el hombre que huye en una pesadilla, intentando escapar de un fantasma monstruoso que no se distanciaba de mí pese a mi desesperada rapidez. No había llegado a la cabaña de los Richardson cuando por encima del estruendo de mi huida oí unos cascos delante mío y, un instante después, al rebasar un recodo del camino, casi atropellé a un hombre alto y flaco que montaba un caballo igualmente escuálido. Lanzó un grito y retrocedió mientras yo frenaba mi caballo hasta casi hacerlo encabritar, apuntando con mi pistola a su pecho. —¡Cuidado, Kirby! ¡Soy yo..., Jim Braxton! ¡Santo Dios, parece que hubieses visto un fantasma! ¿Quién te persigue? —¿Adonde vas? —pregunté yo, bajando mi pistola. —Te estaba buscando. Los chicos empezaron a preocuparse porque tardabas y no habías vuelto con los refugiados. Dije que yo saldría a buscarte. La señora Richardson dijo que fuiste a caballo hacia el Cuello. ¿Dónde infiernos has estado metido? —He ido hasta la cabaña de Saúl Stark. —Te arriesgaste mucho. ¿Qué descubriste allí? El simple hecho de ver a otro hombre blanco había tenido cierto efecto tranquilizador sobre mis nervios. Abrí la boca para empezar a narrar mi aventura y me quedé atónito al oírme decir, en vez de lo que deseaba, esto: —Nada. No estaba ahí. —Hace un rato me pareció oír una pistola —repuso él, lanzándome una aguda mirada de soslayo. —La disparé a una serpiente cabeza de cobre —respondí, y sentí un escalofrío. La reticencia que sentía a hablar de la mulata era algo que no obedecía a mi voluntad; me era tan imposible hablar de ella como me lo había sido apretar el gatillo de la pistola con la que la apuntaba. Y soy incapaz de describir el horror que me invadió al darme cuenta de ello. Aterrado, comprendí que los conjuros que tenían los negros no eran embustes; había demonios con forma humana que eran capaces de esclavizar la voluntad y los pensamientos de los hombres. Braxton me estaba mirando de un modo extraño. —Tenemos suerte de que los bosques no estén llenos de serpientes negras —dijo—. Tope Sorley se ha escapado. —¿Qué quieres decir? —Mediante un gran esfuerzo logré recuperarme.

—Exactamente eso. Tom Breckinridge estaba con él en la cabaña. Tope no había dicho ni palabra desde que tú hablaste con él. Se había quedado tendido en ese camastro, temblando. Entonces se empezó a oír una especie de griterío allá, en los bosques, y Tom se acercó a la puerta con su rifle, pero no pudo ver nada. Bueno, pues cuando estaba allí le dieron un golpe

en la cabeza desde atrás y, mientras caía, vio a Tope, ese negro loco, saltando por encima de él y saliendo a toda prisa hacia los bosques. Tom le disparó, pero falló. Bien, ¿qué sacas en claro de todo eso? —¡La Llamada de Damballah! —musité, el cuerpo cubierto de un sudor frío—. ¡Dios! ¡Pobre diablo! —¿Eh? ¿Qué es eso? —¡Por el amor de Dios, no nos quedemos aquí hablando! ¡El sol se pondrá muy pronto! Devorado por la impaciencia, espoleé mi montura y la lancé al galope por el sendero. Braxton me siguió, lógicamente asombrado. Con un esfuerzo terrorífico, logré serenarme un poco. ¡Qué increíblemente fantástico, Kirby Buckner estremeciéndose presa de un terror irracional! Era algo tan ajeno a todo mi ser que no me maravillaba que Jim Braxton fuese incapaz de entender lo que me trastornaba de tal modo. —Tope no se marchó por propia voluntad —dije—. Esa llamada era una orden que no podía resistir. Hipnosis, magia negra, vudú, llámalo como quieras; Saúl Stark posee algún poder maléfico que esclaviza la voluntad de los hombres. Los negros están reunidos en algún lugar del pantano para alguna especie de diabólica ceremonia vudú, la cual tengo razones para creer culminará con el asesinato de Tope Sorley. Tenemos que llegar a Grimesville, si podemos. Espero un ataque al amanecer. Braxton parecía muy pálido bajo la luz que se iba debilitando. No me preguntó de dónde había sacado toda esa información. —Cuando vengan, los recibiremos; pero será una matanza. No le repliqué. Tenía los ojos clavados con salvaje intensidad en el sol poniente y, a medida que se iba deslizando hasta ocultarse detrás de los árboles, me estremecía un gélido temor. En vano me dije a mí mismo que ningún poder oculto era capaz de arrastrarme contra mi propia voluntad. Si ella había sido capaz de hacerme obedecer, ¿por qué no me había obligado a acompañarla en el claro de la choza ju-ju? Un lúgubre murmullo pareció decirme que no estaba haciendo sino jugar conmigo, al igual que un gato permite que un ratón huya para así saltar de nuevo sobre él. —Kirby, ¿qué te sucede? —A duras penas si oí la voz ansiosa de Braxton—. Estás sudando y tiembles como si tuvieras las fiebres. ¿Qué... eh, por qué te paras? No había tirado conscientemente de las riendas, pero mi caballo se detuvo y se quedó inmóvil, temblando y piafando, ante el inicio de un estrecho camino que se apartaba en ángulo recto del sendero que estábamos siguiendo..., un camino que llevaba hacia el norte. —¡Escucha! —dije con un siseo lleno de tensión. —¿Qué es? — Braxton sacó una pistola. El breve crepúsculo de los pinares se estaba convirtiendo en noche cerrada. —¿No oyes? —musité—. ¡Tambores! ¡Suenan tambores en Goshen! —No oigo nada —farfulló intranquilo—. Si en Goshen estuvieran sonando tambores a esta distancia no podrías oírlos. —¡Mira ahí! Mi grito, agudo y repentino, le hizo sobresaltarse. Estaba señalando hacia el camino en tinieblas, hacia la figura que se alzaba entre la oscuridad a menos de cien metros de distancia. Allí la vi, entre las tinieblas, pude distinguir el brillo de sus extraños ojos, la burlona sonrisa que había en sus labios rojos. —¡La ramera mulata de Saúl Stark! —dije, frenético, manoteando mi pistolera—. ¡Por Dios, hombre, debes de estar ciego! ¿No la ves? —¡No veo a nadie! —susurró él, lívido—. ¿De qué estás hablando, Kirby? Con los ojos llameantes, disparé hacia el sendero, y volví a disparar, y aún otra vez más. Esta vez no había parálisis alguna haciendo presa en mi brazo. Pero el rostro sonriente seguía mofándose de mí desde las sombras. Un brazo delgado y curvilíneo se alzó y un dedo me hizo una seña imperiosa; y un instante después ella se había esfumado y yo espoleaba a mi caballo por el angosto camino, sordo y mudo, con una sensación parecida a la del que se halla atrapado en una negra marea y es arrastrado por ella, precipitándose a un destino que estaba más allá de mi entendimiento. Tenuemente, oí los gritos ansiosos de Braxton y luego él se colocó a mi lado entre un estruendo de cascos, y cogió mis riendas, haciendo encabritarse a

mi montura. Recuerdo que le golpeé con el tambor de mi pistola, sin darme cuenta de lo que hacía. Todos los negros ríos de África crecían espumeantes dentro de mi conciencia, rugiendo hasta convertirse en un torrente que me arrastraba para engullirme en el océano de mi perdición. —Kirby, ¿estás loco? ¡Ese camino lleva a Goshen! Meneé la cabeza, como mareado. La espuma de las aguas torrenciales remolineaba en mi cerebro, y la voz sonaba muy lejos.

—¡Retrocede! ¡Cabalga hasta Grimesville! Yo voy a Goshen. —¡Kirby, estás loco! —Loco o cuerdo, esta noche iré a Goshen —respondí apagadamente. Era plenamente consciente de todo. Sabía lo que estaba diciendo, y lo que hacía. Comprendía la increíble estupidez de mis acciones, y también mi incapacidad para ayudarme a mí mismo. Una hebra de cordura me impulsaba a ocultarle la terrible verdad a mi compañero, a ofrecerle una explicación racional de mi locura—. Saúl Stark se halla en Goshen. Es el responsable de todos estos problemas. Voy a matarle. Eso detendrá la revuelta antes de que empiece. Él temblaba como un hombre dominado por la fiebre. . —Entonces, voy contigo. —Tú debes seguir hasta Grimesville y avisar a la gente —insistí yo, aferrándome a la cordura aunque sintiendo que un poderoso impulso empezaba a dominarme, el impulso irresistible de moverme..., de cabalgar hacia la dirección adonde me sentía tan horriblemente atraído. —Ya estarán en guardia —dijo él, tozudo—. No necesitan que les avise. Me voy contigo. No sé qué es lo que te sucede, pero no pienso dejar que mueras en mitad de estos bosques negros. No discutí. No podía. Los ciegos ríos me arrastraban..., adelante..., adelante... ¡adelante! Y en el sendero, a la tenue claridad del anochecer, distinguí una esbelta figura, vi el fugitivo destello de unos ojos inhumanos, la curva de un dedo que me hacía señas... Y me puse en marcha, galopando por el sendero, y oí detrás de mí el batir de los cascos del caballo de Braxton. 4. LOS MORADORES DEL PANTANO Cayó la noche y la luna brillaba entre los árboles, roja como la sangre detrás de las negras ramas. Los caballos eran cada vez más difíciles de dominar. —Son más listos que nosotros, Kirby —musitó Braxton. —Una pantera, quizá —repliqué como ausente, explorando con la vista las tinieblas del camino que se abría ante nosotros.

—No, no es una pantera. Cuanto más nos acercamos a Goshen, peor se ponen. Y cada vez que el camino se acerca a un arroyo, se asustan y relinchan. El sendero aún no había cruzado ninguno de los estrechos y fangosos arroyuelos que atraviesan en zigzag esa parte de Canaan, pero varias veces serpenteaba tan cerca de uno de ellos que distinguíamos el negro trazo del agua brillando entre las sombras de los espesos matorrales. Y cada vez, recordé, los caballos daban muestras de miedo. Pero a duras penas lo había notado, luchando con el espantoso impulso que me conducía. Recordad que yo no era como un hombre en trance hipnótico. Estaba despierto, totalmente consciente. Incluso el aturdimiento en el cual me había parecido oír el rugido de los negros ríos había desaparecido, dejándome clara la mente y lúcidas las ideas. Y en eso radicaba el horror más infernal: que comprendía clara e hirientemente mi locura, pero era incapaz de combatirla. Me daba vivida cuenta de que cabalgaba hacia la tortura y la muerte, y que conducía a un fiel amigo al mismo destino. Pero seguía adelante. Mis esfuerzos para romper el hechizo que me dominaba casi me volvían loco, pero yo seguía adelante. No puedo explicar lo que me dominaba más de lo que puedo explicar la razón de que una viruta de acero sea atraída por un imán. Era un negro poder que se hallaba más allá del círculo de lo que conoce el hombre blanco; alguna fuerza básica, elemental, de la cual el simple hipnotismo no es apenas sino migajas desparramadas al azar. Una fuerza más allá de mi control me atraía hacia Goshen, y aún más allá; no puedo explicar más, al igual que el

conejo sería incapaz de explicar la razón de que los ojos de la serpiente que se balancea ante él le atraigan a sus fauces. No estábamos lejos de Goshen cuando el caballo de Braxton le derribó, y el mío empezó a relinchar y dar corvetas. —¡No se acercarán más! —jadeó Braxton, luchando con las riendas. Desmonté enrollando las riendas en el pomo de la silla. — ¡Jim, por el amor de Dios, retrocede! Seguiré a pie.

Le oí lanzar algo que era mitad blasfemia mitad gemido y, un momento después, su caballo galopaba detrás del mío y él me seguía a pie. La idea de que debiese compartir mi destino me enfermaba, pero no podía disuadirle; y por delante de mí una figura esbelta bailaba entre las sombras, atrayéndome hacia adelante..., adelante..., adelante... No malgasté más balas en aquella forma burlona. Braxton no podía verla, y yo sabía que era parte de mi hechizo, que no era ninguna mujer real de carne y sangre, sino un fuego fatuo surgido del infierno, para burlarse de mí y llevarme, a través de la noche, hacia una muerte espantosa. Un «enviado», así es como las gentes de Oriente, más sabias que nosotros, llaman a una criatura como esa. Braxton lanzaba miradas nerviosas hacia los negros muros de bosque que nos rodeaban y yo sabía que la piel se le erizaba al pensar en escopetas con los cañones aserrados que disparaban repentinamente contra nosotros desde las sombras. Mas no era la emboscada del plomo o el acero la que yo temía al emerger en el claro iluminado por la luz lunar que cobijaba las cabañas de Goshen. Dos hileras de cabañas hechas de troncos se alineaban a lo largo de la polvorienta calle. Una de ellas le daba la espalda a la orilla del arroyo Tularoosa. Los negros tejados casi ocultaban las oscuras aguas. Nada se movía bajo la claridad lunar. No había luces, ningún humo se alzaba perezoso de las chimeneas hechas de palos unidos con arcilla. Bien podríamos haber estado en una ciudad muerta, abandonada y olvidada. —¡Es una trampa! — siseó Braxton, los ojos convertidos en ranuras centelleantes. Se inclinó hacia adelante como una pantera al acecho, una pistola en cada mano—. ¡Nos están esperando en las chozas! Lanzó un juramento, pero cuando yo empecé a recorrer la calle él me siguió. No lancé llamada alguna hacia las cabañas silenciosas. Sabía que Goshen estaba abandonada. Sentía su vacío. Y, con todo, había una sensación contradictoria, como la de unos ojos que, clavados en nosotros, nos espíasen. No intenté reconciliar entre sí convicciones tan opuestas. —Se han ido —musitó Braxton, lleno de nerviosismo—. No puedo olerles. Siempre soy capaz de oler a los negros, si es que hay muchos, o si están cerca. ¿Supones que se han ido para atacar Grimesville? —No —murmuré yo—. Están en la Casa de Damballah. Me lanzó una rápida mirada de soslayo. —A unas tres millas al oeste de aquí hay una lengua de tierra que penetra en el Tularoosa. Mi abuelo solía hablar de ella. Allí era donde los negros celebraban sus orgías paganas en los tiempos de la esclavitud. Kirby..., no irás a... —¡Escucha! —Me limpié el sudor frío del rostro—. ¡Escucha! A través de las negras extensiones del bosque, el débil latido de un tambor susurraba sobre el viento que se deslizaba entre las aguas sombrías del Tularoosa. Braxton se estremeció.

—Está bien, son ellos. Pero Kirby, por el amor de Dios... ¡Cuidado! Saltó con un juramento hacia las casas en la orilla del arroyuelo. Le seguí justo a tiempo de ver fugazmente una forma negra y de torpes movimientos que se escabullía o caía por la ladera de la orilla al agua. Braxton alzó su larga pistola y luego volvió a bajarla con una ahogada maldición. Un leve chapoteo en el agua nos avisó de la desaparición de la criatura. La reluciente superficie negra se arrugó con una leve ondulación concéntrica. —¿Qué era eso? —pregunté. —¡Un negro a cuatro patas! —maldijo Braxton. Tenía el rostro extrañamente pálido bajo la luz de la luna. ¡Estaba agazapado entre las cabañas de ahí, vigilándonos! —Tiene que haber sido un caimán

—¡Qué misterio es la mente humana! Yo, la ciega víctima de una fuerza que estaba más allá de la cordura y la lógica, pretendía reducir el hecho a la cordura y la lógica—. Un negro tendría que haber salido a respirar.

—Nadó por debajo del agua y salió entre los cañaverales, allí donde no pudiésemos verle —mantuvo Braxton—. Ahora irá a advertir a Saúl Stark. —¡No importa! —De nuevo sentía el latido en mis pómulos, el rugido de las aguas espumeantes que se alzaba irresistiblemente en mi cerebro—. Iré..., cruzando el pantano. ¡Por última vez, retrocede! —¡No! ¡Cuerdo o loco, voy contigo! El tambor sonaba de modo irregular, haciéndose más claro a medida que avanzábamos. Luchando, nos abrimos paso a través de la espesa jungla; las lianas entrelazadas nos hacían tropezar; nuestras botas se hundían en el fangoso suelo. Estábamos entrando en el borde exterior del pantano que se hacía cada vez más hondo e inextricable hasta culminar en el amasijo inhabitable donde el Tularoosa aflucía en el Río Negro, a kilómetros de distancia hacia el oeste. La luna no se había ocultado aún, pero bajo las ramas entrelazadas y sus colgaduras musgosas, las sombras eran muy negras. Nos internamos en el primer arroyo que debíamos cruzar, una de las muchas corrientes fangosas que afluyen al Tularoosa. El agua nos llegaba tan sólo hasta los muslos, el suelo cubierto de algas era bastante firme. Con el pie, noté un hundimiento del terreno y advertí a Braxton: —Ten cuidado con los agujeros, mantente detrás de mí. Su respuesta fue ininteligible. Respiraba con pesadez, siguiéndome muy de cerca. Cuando llegaba a la orilla y me agarraba a las embarradas raíces que sobresalían de ella para ayudarme a subir, el agua se agitó con violencia a mis espaldas. Braxton lanzó un grito incoherente y se lanzó a la orilla, estando a punto de hacerme caer. Me volví en redondo, pistola en mano, pero no vi más que las negras aguas hirviendo y remolineando, después de que él las hubiese cruzado a la carrera. —¿Qué diablos pasa, Jim? —¡Algo me agarró! —dijo jadeante—. Algo que salió del agujero. Conseguí soltarme y salté a la orilla. ¡Kirby, te digo que algo nos sigue! Algo que nada por debajo del agua.

—Puede que fuese el negro que viste. Esta gente de los pantanos nada como peces. Puede que nadase por debajo del agua para tratar de ahogarte. Él meneó la cabeza, la vista clavada en las negras aguas y con la pistola en mano. — Olía como un negro, y por lo poco que vi de él parecía un negro. Pero cuando me tocó no era humano. —Bueno, entonces era un caimán — musité distraídamente mientras me daba la vuelta. Como cada vez que me detenía, aunque fuese sólo un instante, el rugido de ríos perentorios e impetuosos hacía estremecerse los cimientos de mi razón. Me siguió chapoteando sin hacer más comentarios. Charcos de agua fangosa nos sumergían hasta los tobillos, y las raíces musgosas de los cipreses nos hacían tropezar constantemente. Ante nosotros se divisaba ya otro arroyo, más caudaloso, y Braxton me cogió por el brazo. —¡No lo hagas, Kirby! —boqueó—. ¡Si nos metemos en esas aguas, seguro que nos coge!

Qué es lo que va a cogernos? —No lo sé. Lo que se metió en el agua desde esa orilla, en Goshen. La misma cosa que me cogió en ese arroyo de ahí atrás. Kirby, retrocedamos. — ¿Volver atrás? —reí, presa de una amarga agonía—. ¡Quiera Dios que pudiese! Tengo que seguir. O Saúl Stark o yo tenemos que morir antes del alba. Se lamió los reseco labios y musitó: —Entonces, sigue; estoy contigo, ya nos metamos en el infierno o en el cielo. — Guardó nuevamente su pistola en la funda y sacó de su bota un cuchillo largo y bien afilado—. ¡Adelante! Descendí la empinada orilla y entré chapoteando en el agua que me llegó hasta las caderas. Las ramas de los cipreses se inclinaban formando una lúgubre bóveda festoneada

de musgo por encima del arroyo. El agua era tan negra como la medianoche. Braxton era una figura confusa que luchaba por seguirme. Logré llegar hasta el primer repecho de la orilla opuesta y allí me detuve un instante, con el agua hasta las rodillas, para volverme y mirarle. Entonces, todo sucedió al mismo tiempo. Vi cómo Braxton se detenía de pronto, mirando algo que se hallaba detrás de mí, en la orilla. Lanzó un grito, desenfundó bruscamente y disparó, en el mismo instante en que yo me volvía. Bajo el fogonazo del arma distinguí fugazmente una forma delgada que caía hacia atrás, un rostro moreno demoníacamente contorsionado. Luego, en la ceguera momentánea que siguió al fogonazo, oí gritar a Jim Braxton. La vista y la mente se me aclararon a tiempo de mostrarme un repentino remolino en el agua fangosa, un objeto negro y redondeado que salía a la superficie a espaldas de Jim..., y entonces Braxton lanzó un grito ahogado y desapareció bajo las aguas pataleando y agitándose frenéticamente. Con un alarido incoherente, de un salto me lancé al arroyo, tropecé y caí de rodillas, sumergiéndome casi por completo. Mientras luchaba por ponerme en pie, vi la cabeza de Braxton, ahora chorreando sangre, emerger por un instante a la superficie, y me lancé hacia ella. Se hundió y en su lugar surgió otra cabeza, negra y sombría. Le lancé una feroz cuchillada, y mi cuchillo no cortó más que las vacías aguas mientras la criatura se hundía, desapareciendo de mi vista. Me tambaleé a causa de la fuerza malgastada en el golpe y, cuando logré enderezarme, el agua me rodeaba sin una sola ondulación en la superficie. Llamé a Jim en voz alta, pero no hubo respuesta alguna. Entonces el pánico dejó caer sobre mí su fría mano, y avancé chapoteando hasta la orilla, sudando y estremeciéndome. Me detuve con el agua llegándome apenas hasta las rodillas y aguardé, no sabía el qué. Finalmente, a no mucha distancia, distinguí en el arroyo una figura confusa que yacía en las aguas poco profundas más cercanas a la orilla. Vadeé el arroyo hasta llegar a ella, cruzando el fango que parecía querer retenerme y las lianas entrelazadas. Era Jim Braxton, y estaba muerto. Lo que le había matado no era la herida en la cabeza. Probablemente, había golpeado una roca sumergida cuando fue arrastrado hacia el fondo.

Mas en su garganta aparecían las negras marcas de los dedos que le habían estrangulado. Al verlas, un horror innombrable emergió lentamente de ese negro pantano y yo sentí su pegajoso abrazo en mi alma; pues jamás dedos humanos habían dejado una marca tal. Había visto surgir de las aguas una cabeza, una cabeza que parecía la de un negro, aunque en la oscuridad no había podido distinguir los rasgos. Pero jamás hombre alguno, negro o blanco, había poseído dedos como los que le habían arrebatado la vida a Jim Braxton. A lo lejos, el tambor parecía gruñir burlonamente. Arrastré el cuerpo hasta subirlo a la orilla y allí lo dejé. No podía esperar más, pues la locura hervía de nuevo en mi mente, impulsándome como con espuelas. Pero, cuando trepaba por la orilla, encontré sangre en los arbustos, y lo que aquello implicaba me hizo estremecer. Recordé la figura que había visto tambalearse bajo el fogonazo de la pistola de Braxton. Ella estaba ahí, esperándome en la orilla, pues... ¡No una ilusión espectral, sino la mujer en persona, en carne y hueso! Braxton le había disparado y la había herido. Mas la herida no podía haber sido mortal, pues no había cadáver alguno entre la maleza, y la terrible hipnosis que me arrastraba hacia adelante no se había debilitado. Aturdido, me pregunté si las armas del hombre podían matarla. La luna se había ocultado. La luz de las estrellas apenas lograba penetrar las ramas que se entrelazaban. Ya no había más arroyos en mi camino, sólo pequeños arroyuelos a través de los que me lancé sudando, lleno de premura. Con todo, no esperaba ser atacado. Por dos veces, el que moraba en las profundidades había pasado de largo junto a mí para atacar a mi compañero. Lleno de un

gélido desespero, supe que se me reservaba un destino más espantoso. Cada arroyuelo que cruzaba podía ocultar al monstruo que había matado a Jim Braxton. Todos los arroyos estaban conectados entre sí formando una telaraña de vías acuáticas. Podía seguirme fácilmente. Pero el horror que me producía tal idea era menor que el del magnetismo nacido de la jungla que acechaba en los ojos de la hechicera. Y mientras avanzaba dando tumbos por entre la espesura, oí ante mí el rugido del tambor, cada vez más y más alto, mofándose diabólicamente. Luego una voz humana se mezcló con su murmullo, en un prolongado grito de horror y agonía que hizo estremecerse en simpatía cada una de las células de mi cuerpo. Riachuelos de sudor me corrían por la pegajosa y fría piel; pronto mi propia voz se alzaría así bajo una tortura inenarrable. Pero seguí adelante, mis pies moviéndose como autómatas separados de mi cuerpo, motivados por una voluntad que no era la mía. El tambor sonó más alto y un fuego empezó a brillar entre los negros árboles. Finalmente, agazapado entre los matorrales, miré más allá de la negra extensión de agua que me separaba de una escena salida de una pesadilla. El detenerme allí fue algo tan involuntario como lo había sido el resto de mis actos. Sabía vagamente que el escenario del horror había sido dispuesto, pero el momento de mi entrada en él no había llegado aún. Cuando ese momento hubiese llegado, sería llamado. Una pequeña isla cubierta de arbolado y conectada a la costa que se hallaba frente a mí por una estrecha lengua de tierra dividía el negro arroyo. En su extremo inferior el arroyo se dividía en una multitud de canales que se abrían paso entre masas de vegetación, troncos putrefactos y cubiertos de musgo, grupos de árboles cubiertos de lianas entrelazadas. Justo enfrente de mi refugio, la costa de la isla dejaba entrar profundamente un brazo de aguas negras y profundas. Árboles cubiertos de musgo amurallaban un pequeño claro, ocultando parcialmente una cabaña. Entre ésta y la costa ardía una hoguera que lanzaba hacia las alturas extrañas llamas verdosas que se convulsionaban como lenguas de serpiente. Decenas de negros estaban acucillados bajo las sombras del ramaje. Cuando el fuego verde iluminaba sus rostros les daba el aspecto de cadáveres ahogados. En el centro del claro se alzaba un negro gigantesco, una imponente estatua de mármol negro.

Vestía unos harapientos pantalones pero en la cabeza llevaba una diadema de oro labrado con una gran piedra roja, y sus pies estaban calzados con bárbaras sandalias. Sus rasgos reflejaban una titánica vitalidad en nada inferior a la de su cuerpo colosal. Mas todo en él pertenecía a la raza negra: su nariz achatada, sus labios gruesos, su piel de ébano. Sabía que estaba viendo a Saúl Stark, el hechicero. Él contemplaba algo que había delante suyo, en la arena, algo oscuro e informe que gemía débilmente. Por fin, alzando la cabeza, lanzó a través de las negras aguas una invocación que resonó como un trueno. De los negros que permanecían bajo los árboles llegó una temblorosa respuesta, como el viento que gime a través de las ramas a medianoche. Tanto la invocación como la respuesta pertenecían a una lengua desconocida..., un lenguaje gutural y primitivo. Lanzó de nuevo su llamada, esta vez como un alarido curiosamente agudo. Un suspiro tembloroso pareció estremecer a los negros. Todos los ojos estaban clavados en las tenebrosas aguas. Y, de pronto, un objeto se alzó lentamente de las profundidades. Me sentí estremecer. Parecía la cabeza de un negro. Uno tras otro, objetos similares se alzaron hasta que cinco cabezas asomaron por encima de las negras aguas ensombrecidas por los cipreses. Podrían haber sido cinco negros sumergidos totalmente excepto sus cabezas..., mas yo sabía que no era así. Aquí había algo diabólico. Su silencio, su inmovilidad, su aspecto entero eran antinaturales. Desde los árboles llegó el histérico sollozo de las mujeres, y alguien pronunció un nombre, gimoteando. Entonces Saúl Stark levantó las

manos y, silenciosamente, las cinco cabezas desaparecieron. Como el murmullo de un fantasma, me pareció oír la voz de la bruja africana: ¡Les mete en el pantano! La voz de Stark sonó sobre las aguas: —Y ahora, para asegurar el conjuro, ¡la Danza de la Calavera! ¿Qué había dicho la bruja? ¡Escondido entre los árboles presenciarás la Danza de la Calavera!

De nuevo sonó el retumbante rugido del tambor. Los negros acucillados empezaron a balancearse, entonando un cántico sin palabras. Saúl Stark caminaba lentamente alrededor de la figura que yacía sobre la arena, tejiendo con los brazos dibujos indescifrables. De pronto, giró en redondo encarándose hacia el otro extremo del claro. Mediante algún truco de prestidigitación, ahora había en su mano un cráneo humano, que arrojó sobre la arena mojada delante del cuerpo. —¡Novia de Damballah! —retumbó su voz—. ¡El sacrificio espera! Hubo una pausa expectante; el cántico cesó. Todos los ojos estaban fijos en el extremo opuesto del claro. Stark permanecía en pie, aguardando, y le vi fruncir el ceño, como sorprendido. Entonces mientras abría la boca para repetir su llamada, una bárbara figura emergió de entre las sombras. Al verla, un estremecimiento helado me recorrió. Por un momento permaneció inmóvil, la luz de la hoguera centelleando sobre sus adornos de oro, la cabeza colgándole sobre el pecho. Reinó un tenso silencio y vi que Saúl Stark la miraba fijamente. De algún modo inexplicable, ella parecía lejos de todo, allí en pie, como si nada le importase y se hubiese marchado a otro lugar, la cabeza extrañamente torcida. Entonces, como si hiciese un esfuerzo por enderezarse, empezó a moverse con un ritmo espasmódico y, finalmente, empezó a describir los remolineantes laberintos de una danza que ya era vieja cuando el océano barrió a los negros reyes de la Atlántida. No puedo describirla. Era lo bestial y lo demoníaco en movimiento, ordenado en el convulso torbellino de unas posturas y unos gestos que habrían asombrado hasta a una bailarina de los faraones. Y aquella calavera maldita bailaba con ella; chasqueando y resonando sobre la arena, saltando y girando como una cosa viva al mismo ritmo que ella saltaba y se movía. Pero había algo que no iba bien. Podía sentirlo. Sus brazos colgaban fláccidamente, su cabeza se inclinaba sin fuerza. Las piernas le flaqueaban, doblándose, haciendo que su baile pareciese carente de ritmo, como el de un borracho. De entre los negros surgió un murmullo, y el asombro se perfiló en los oscuros rasgos de Saúl Stark. Pues el dominio de un hechicero pende de un caballo. Cualquier minúscula variación de la fórmula o el ritual puede romper toda la telaraña de su encantamiento. En cuanto a mí, sentía que el sudor se me helaba en la piel a medida que observaba la espantosa danza. Los grilletes invisibles que me ataban a aquella diablesa y a sus giros me ahogaban, parecían a punto de aplastarme. Sabía que ella se aproximaba a un clímax, en el cual me llamaría para que saliese de mi escondite, para que vadease las negras aguas hasta llegar a la Casa de Damballah y a mi condenación. De pronto, se detuvo, dejando de girar y, cuando lo hizo, alzándose de puntillas, se encaró hacia el lugar donde yo me ocultaba, y supe que podía verme tan claramente como si me hubiese hallado al descubierto; de algún modo, supe también que sólo ella conocía mi presencia. Me sentí tambalear al borde del abismo. Ella alzó la cabeza y vi la llama de sus ojos, incluso a esa distancia.

Tenía el rostro encendido por una horrible victoria. Alzó lentamente la mano y sentí que mis miembros empezaban a moverse espasmódicamente en respuesta a ese terrible magnetismo. Abrió la boca... Pero de esa boca abierta sólo surgió un gorgoteo ahogado y, de repente, los labios se le tiñeron de un rojo carmesí. Y, de pronto, sin ninguna advertencia previa, se le doblaron las rodillas y cayó de bruces en la arena. Y también yo caí con ella, hundiéndome en el suelo fangoso. Algo ardió en mi cerebro como una rociada de fuego. Y luego me encontré

agazapado entre los árboles, débil y tembloroso, pero con tal sentimiento de libertad y tal ligereza en los miembros como jamás soñé que un hombre pudiese llegar a experimentar. El negro hechizo que me tenía prisionero se había roto; el sucio íncubo había desaparecido de mi alma. Era como si la luz hubiese logrado abrirse paso en una noche más negra que la medianoche africana. Al caer la muchacha, un griterío salvaje se alzó de entre los negros y éstos se levantaron de un salto, temblando, al borde del pánico. Vi el blanco de sus ojos desorbitados, el destello de sus dientes a la luz de la hoguera. Saúl Stark había manipulado sus naturalezas primitivas hasta llevarlas a una cima de locura, pretendiendo desviar ese frenesí, en el momento adecuado, convirtiéndolo en la furia de la batalla. Podía, con idéntica facilidad, convertirse en la histeria del terror. Stark empezó a gritarles con firmeza. Pero justo entonces la muchacha, en una última convulsión, rodó sobre la arena mojada y la luz del fuego mostró un agujero redondo entre sus pechos, del que aún brotaba el líquido escarlata. La bala de Jim Braxton había encontrado su blanco. Desde el primer momento había sentido que no era totalmente humana; algún negro espíritu de la jungla la dominaba, proporcionándole la abismal vitalidad infrahumana que la convertía en lo que era. Había dicho que ni la muerte ni el infierno podrían apartarla de la Danza de la Calavera. Y, con un tiro en el corazón, agonizante, había cruzado el pantano desde el arroyo donde había recibido su herida mortal hasta la Casa de Damballah. Y la Danza de la Calavera había sido su danza de la muerte. Tan aturdido como el condenado al que acaban de indultar, al principio apenas entendí el significado de la escena que se desarrollaba ante mí. Los negros habían enloquecido. En la muerte de la hechicera, inexplicable para ellos, vieron un temible portento. No tenían modo de saber que ya se estaba muriendo cuando entró en el claro. Para ellos, su profetisa, su sacerdotisa, había sido fulminada ante los ojos por una muerte invisible. Esta magia era más negra que la brujería de Saúl Stark... Y, obviamente, les era hostil. Fue como una estampida de enloquecido ganado. Aullando, gritando, desgarrándose entre sí, se precipitaron a través de los árboles en dirección a la lengua de tierra y la costa que había más allá. Saúl Stark permaneció totalmente inmóvil, sin prestarles atención alguna, la vista clavada en la mulata, muerta al fin. Y, de pronto, volví en mí, y con mi humanidad nuevamente despierta me llegó la fría furia y la sed de matar. Desenfundé una pistola y, apuntando bajo la incierta claridad, apreté el gatillo. Sólo un chasquido me respondió. La pólvora de las pistolas se había mojado. Saúl Stark alzó la cabeza y se lamió los labios. Los sonidos de lucha se desvanecieron en la lejanía y él permaneció, solo, en el claro. Sus ojos giraban locamente hacia los negros bosques que le rodeaban. Se inclinó, agarró el objeto con forma de hombre que yacía sobre la arena y lo llevó a rastras hasta la cabaña. Cuando desapareció de mi vista me dirigí hacia la isla, vadeando los angostos canales del extremo inferior. Casi había llegado a la costa cuando una masa de madera a la deriva cedió bajo mis pies y me hundí en un profundo agujero. Al instante, el agua remolineó a mi alrededor, y una cabeza surgió a mi lado; un rostro que distinguí borrosamente se hallaba muy cerca del mío..., el rostro de un negro..., el rostro de Tunk Bixby. Pero ahora no era humano, era tan inexpresivo y carente de alma como el de un siluro; era el rostro de un ser que ya no era un hombre, y que ya no era consciente de su origen humano.

Dedos contrahechos y cubiertos de fango resbaladizo me aferraron el cuello, y yo hundí mi cuchillo en aquella boca entreabierta. Los rasgos se borraron bajo una oleada de sangre; muda, la cosa desapareció y yo me icé a la orilla, entre los matorrales. Stark había salido a la carrera de su cabaña, una pistola en la mano. Lanzaba miradas salvajes a su alrededor,

alarmado por el ruido que había escuchado, pero yo sabía que no podía verme. Su piel cenicienta brillaba a causa del sudor. Él, que había dominado mediante el miedo, se veía ahora dominado por el miedo. Temía a la mano desconocida que había matado a su amante; temía a los negros que le habían abandonado; temía el pantano abisal que le había dado cobijo, y a las monstruosidades que había creado. Lanzó una extraña llamada en la que temblaba una nota de pánico. Cuando sólo cuatro cabezas hendieron las aguas llamó de nuevo, pero fue en vano. Pero las cuatro cabezas empezaron a moverse hacia la costa y el hombre que permanecía de pie en ella. Disparó contra ellas. No hicieron esfuerzo alguno para evitar las balas. Siguieron avanzando, hundiéndose una a una. Antes de que la última cabeza se desvaneciese, Stark había disparado seis veces. Los disparos ahogaron el ruido de mi aproximación. Estaba casi detrás de él cuando, al fin, se volvió. Sé que me reconoció; lo vi en su cara y, con el reconocimiento, vi también cómo le invadía el miedo al saber que tenía que vérselas con un ser humano. Con un grito, me lanzó a la cara su pistola descargada y saltó sobre mí levantando un cuchillo. Le esquivé, paré su acometida y contraataqué con un tajo que le hirió profundamente en las costillas. Me cogió la muñeca y yo aferré la suya y así permanecemos, luchando, pecho contra pecho. A la luz de las estrellas sus ojos parecían los de un perro rabioso, y sus músculos eran como cables de acero. Dejé caer mi tacón sobre su pie descalzo, aplastándole el empeine. Lanzó un aullido y perdió el equilibrio, y yo logré liberar de un tirón la mano con la que sostenía el cuchillo y le herí en el vientre. Saltó un chorro de sangre y él me arrastró en su caída. Logré librarme y me puse en pie, en el mismo instante en que él se medio incorporaba, apoyándose en el codo, y me tiraba el cuchillo. Pasó zumbando junto a mi oreja y yo le pateé el pecho. Sus costillas cedieron bajo mi pie. Me arrodillé, viéndolo todo a través de la niebla rojiza del ansia de matar, le eché la cabeza hacia atrás y le corté el cuello de oreja a oreja. Había una bolsa de pólvora seca en su cinturón, así que antes de alejarme recargué mis pistolas. Luego, entré en la choza con una antorcha. Y allí entendí cuál era el destino que la hechicera mulata me había reservado. Tope Sorley yacía gimiendo sobre un camastro. La transmutación que debía hacer de él, uno de los semihumanos habitantes del agua, carentes de mente y alma, no estaba aún completa, pero su mente ya se había extraviado. Algunos de los cambios físicos ya habían sido realizados... No tengo deseo alguno de saber a través de qué hechicería carente de dios y surgida de algún negro abismo africano. Su cuerpo se había alargado y redondeado, las piernas se le habían encojido; los pies se habían achatado y ensanchado, los dedos eran horriblemente largos, y palmeados. Su cuello era varios centímetros más largo de lo que hubiese debido ser. Los rasgos no se habían alterado, pero la expresión no era más humana que la de un gran pez. Y ahí, de no ser por la lealtad de Jim Braxton, habría estado tendido Kirby Buckner. Apoyé el cañón de mi pistola sobre la cabeza de Tope, en espantosa misericordia, y apreté el gatillo. Así acabó la pesadilla, y no voy a prolongar más la horrible historia. Los blancos de Canaan jamás llegaron a encontrar nada en la isla excepto los cuerpos de Saúl Stark y la mulata. Hasta el día de hoy creen que un negro del pantano mató a Jim Braxton, después de que éste hubiese matado a la mulata, y que yo destruí la incipiente rebelión matando a Saúl Stark. Eso es lo que dejo que crean. Nunca sabrán qué formas esconde el agua negra del Tularoosa. Ese es un secreto que comparto con los negros cabizbajos y acosados por el miedo de Goshen, y del que ni ellos ni yo hemos hablado jamás.